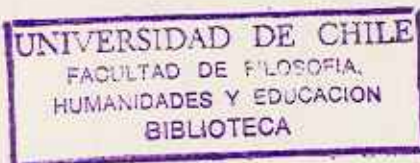


PREHISTORIA DE CHILE CENTRAL
LA LOCALIDAD DE LAS CENIZAS

Alumnos Postulantes: Nuriluz Hermosilla Osorio
José Miguel Ramírez Aliaga

Profesor Guía : Victoria Castro Rojas



101.705

1982

TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE LICENCIADO EN
ANTROPOLOGIA CON MENCIÓN EN ARQUEOLOGIA Y PREHISTORIA

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA, HUMANIDADES Y EDUCACION
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS ANTROPOLOGICAS Y SOCIOLOGICAS

A don ROBERTO GAJARDO TOBAR,
maestro y amigo

A nuestros padres:
Luz Elena, Mirella, Nuriel dín y Ramiro

A María Fernanda,
cuya existencia ha llenado
la nuestra

I N D I C E

	a) Índice	3
	b) Índice de Láminas	4
	c) Prólogo	5
	d) Agradecimientos ..	7
1.	INTRODUCCION	9
2.	ANTECEDENTES	
2.1.	Antecedentes Medioambientales	16
2.2.	Antecedentes Ethnohistóricos	44
2.3.	Antecedentes Etnográficos	87
2.4.	Antecedentes Arqueológicos	
2.4.1.	Prehistoria de Chile Central..	91
2.4.2.	Los sitios con piedras tacitas en Chile Central	101
2.4.3.	Los estudios y las explicacio- nes sobre el problema	111
3.	EVIDENCIAS	
3.1.	Excavaciones en Las Cenizas. Campa- ña 1956-57	125
3.1.1.	Análisis del material óseo hu- mano	131
3.1.2.	Análisis del material lítico...	137
3.2.	Excavaciones en Las Cenizas. Campa- ña 1980	138
3.2.1.	Descripción de los sitios.....	142
3.2.2.	El "Grupo I" de Las Cenizas.	160
3.2.3.	Análisis del material lítico...	174
4.	DISCUSION Y CONCLUSIONES	177
5.	BIBLIOGRAFIA	190

INDICE DE LAMINAS

Lámina		pág.
1	Las Cenizas y otros sitios con piedras tacitas	14
2	Sectores representativos de las condiciones ambientales	21
3	Localidad de Las Cenizas	141
4	Grupo I	154
5	Grupo II	155
6	Grupo III	156
7	Grupo IV	157
8	Grupo VII	158
9	Grupo VIII	159
10	Entierro cuadrícula M-80	161
11	Representación gráfica de cerámica utilitaria en torno a roca M-80	168
12	Material óseo animal en torno a roca M-80 ..	169
13	Vidrio en torno a roca M-80	170
14	Material lítico en torno a roca M-80	171
15	Cerámica colonial y porcelana europea	172
16	Puntas de proyectil	176

Tabla

1	Medidas e índices craneanos	133
2	Caracteres de variación discontinua	134
3	Distribución de materiales por pozos M-80 ...	173

P R O L O G O

Son varias las motivaciones que nos indujeron a realizar este trabajo, pero la principal fue la de mostrar de la mejor manera posible el significado y las proyecciones de la localidad de Las Cenizas, en el contexto de la prehistoria de Chile central.

El punto de partida fue nuestro acercamiento al Dr. Roberto Gajardo Tobar, quien había realizado intensos trabajos en Las Cenizas a mediados de la década del 50. Este contacto fue el resultado de nuestra participación en las primeras campañas de terreno en el sitio cementerio de Cuchipuy, a raíz de la cual realizamos una investigación bibliográfica relacionada con el "Arcaico" en la zona central de Chile.

Nuestro interés por conocer al autor de la "Investigación acerca de las piedras tacitas en la zona central de Chile", nos llevó a Viña del Mar, en donde nos encontramos con todo un personaje, un hombre lleno de bondad y sabiduría. Don Roberto nos acogió con cariño fraternal, y nos abrió las puertas de la Sociedad de Arqueología e Historia "Dr. Francisco Fonck", y de su Museo de Arqueología y Ciencias Naturales, en el cual trabajamos desde hace dos años. La mejor manera de retribuir la confianza depositada en nosotros, será continuar mejorando esta obra que ha significado tanto esfuerzo y sacrificio.

El trabajo de terreno, la mayor parte de los análisis de laboratorio y algunas de las conclusiones prelimina-

res fueron desarrolladas en conjunto con nuestras compañeras y amigas Pilar Alliende y María Pía Galarza, a quienes debemos un especial agradecimiento, al permitirnos presentar el resultado final de las investigaciones en Las Cenizas.

Todo lo bueno que pudiera tener esta memoria se debe a los sabios consejos y a la paciencia de Victoria Castro, nuestra querida profesora guía. Las deficiencias son de nuestra exclusiva responsabilidad.

Por último, deseamos dejar constancia de la colaboración prestada por la empresa Forestal S.A., al permitirnos trabajar durante los meses del verano en un área de acceso restringido. Sin su buena disposición no habríamos podido desarrollar los trabajos que constituyen el origen de esta Memoria.

A G R A D E C I M I E N T O S

Nuestros más sinceros agradecimientos :

A nuestras familias, cuyo respaldo permanente nos ha hecho siempre fácil y llevadero el camino.

A nuestro querido profesor don Alberto Medina, y a Florita, su señora, por la inestimable ayuda que nos prestaron en la revisión del capítulo de antecedentes etnohistóricos. Tal generosidad nos compromete eternamente.

A don Adolfo Fernández, por sus siempre atinados consejos, y por el gran aporte que significó el análisis dentario de la población precerámica de Las Cenizas.

A don Juan Munizaga, nuestro querido profesor de Antropología física, por su elevado espíritu de maestro.

A Catalina Alliende, por su entusiasta y generoso apoyo profesional.

A Mariano Bernal, del Instituto de Oceanología de la Universidad de Valparaíso, por el trabajo de actualización y reordenamiento de los nombres científicos y la clasificación de la avifauna de la zona central.

A don Luis Osorio, siempre preocupado por las ciencias del Hombre y de apoyar a sus nietos.

A Cecilia Cortés, quien con eficiencia y dedicación mecanografió completamente este volumen.

Por último, a todos aquellos que nos ayudaron

con sus opiniones, bibliografía, informaciones diversas y mucha paciencia: Nieves Acevedo, Gonzalo Aliaga, Eugenio Aspillaga, Gloria Dean, Carlos Duque, Eliana Durán, Gonzalo Figueroa, Andrés Pinto, Silvia Quevedo, Norma Sanguinetti, Juan Luis Stegmaier, Carlos Villanelo y Academia "Yacas" del Liceo de La Ligua.

1. INTRODUCCION

La localidad de Las Cenizas se sitúa en la vertiente sur-oriental de los cerros que rodean Valparaíso y Viña del Mar, a 15 km. de esta última y a unos 350 a 400 m.s.n.m. El actual tranque de Las Cenizas, en torno al cual se han ubicado 8 sitios con piedras tacitas, se encuentra inmediatamente al noroeste del Lago Peñuelas, en terrenos dedicados a la explotación forestal.

Los primeros trabajos arqueológicos fueron realizados en esta localidad por el Dr. Roberto Gajardo Tobar entre 1956 y 1958. Sus objetivos básicos fueron averiguar la función de las "piedras tacitas" y su relación con las piedras horadadas. Para ello, se prestaban especialmente los sitios de Las Cenizas.

Con posterioridad a la publicación de su informe preliminar (Gajardo, 1958-59), Las Cenizas fue integrada a la prehistoria local por diferentes investigadores, con mayor o menor acierto. El primero en considerar a "Las Cenizas" en una secuencia cultural para la costa de Chile central fue Jorge Silva (1957:26), estableciendo correlaciones con el sitio Papudo-B, en donde descubrió el mismo tipo de evidencias para el nivel precerámico, también asociadas a piedras tacitas. Posteriormente, cuando Berdichevsky considera este tipo de manifestaciones arqueológicas en la costa central, sugiere que estarían "al parecer casi siempre ligadas con sitios agroalfareros" (1963:27), entre los cuales incluye El Retiro de Quilpué, Las Cenizas y Papudo-B. Al referirse al trabajo del Dr. Gajardo en Las Cenizas, apunta que "se habla de una probable relación con sitio precerámico" (loc.cit).

Por su parte, Julio Montané (1969:9) establece

ciertas vinculaciones entre el nivel superior de Tagua Tagua y Las Cenizas, pero "menos definidas" que aquellas observadas entre Tagua Tagua II y los materiales de la caverna del fundo La Cueva, 60 km al sureste de la antigua laguna. Aunque las evidencias del nivel "Arcaico" de Tagua Tagua II, fechadas en 4.180 ± 115 años a.C. corresponderían a las de la ocupación precerámica de Las Cenizas, Montané considera éstas más recientes, como una especie de derivación tardía de la tradición que habrían introducido los cazadores recolectores de Tagua Tagua II, incluyendo los "morteros colectivos" o piedras tacitas y las piedras horadadas, tradición que habría perdurado hasta la aculturación con los grupos agroalfareros que llegan a la zona central en los comienzos de nuestra Era (ibid:10). Lamentablemente, Montané no especifica los motivos que le inclinan a pensar que Las Cenizas es más tardío que Tagua Tagua II.

Grete Mostny (1971:67) incluye a Las Cenizas en el precerámico de la zona central, pero señala entre los materiales unas "hojas grandes foliáceas" que no aparecen en la publicación del Dr. Gajardo ni entre los materiales conservados en bodega ni en nuestras excavaciones. Finalmente, Claudio Massone (1978:88) incluye a Las Cenizas en el período Agroalfarero temprano, de acuerdo con las correlaciones estadísticas que establece entre los tipos de tacitas y los estratos culturales del Cerro Blanco.

Tales apreciaciones, emanadas de un análisis parcial de las evidencias, y el desconocimiento general de la importancia de Las Cenizas, motivan en gran parte esta revisión del problema.

En este trabajo queremos entregar una visión más completa de la localidad, conjugando las evidencias y conclusiones presentadas por el Dr. Gajardo, los resultados de nuestros trabajos de laboratorio y de terreno, y los antecedentes ambientales, etnohistóricos y etnográficos, presentando algu-

nas conclusiones definitivas respecto de situaciones puntuales -en especial la estratigrafía- pero especialmente plantear nuevos elementos de juicio que conduzcan a hipótesis de trabajo, cuya contrastación permita enriquecer sustancialmente el conocimiento sobre algunas fases del desarrollo prehistórico local.

Así, pretendemos ir más allá de los fines de un re-estudio, a través del planteamiento de los siguientes objetivos generales en torno al problema de Las Cenizas: 1. Caracterización de la localidad; 2. Discusión de la data precerámica de Las Cenizas; 3. Discusión de la data cerámica de Las Cenizas.

Se desprenden de aquí algunos objetivos específicos, tales como:

- a) La descripción de los principales indicadores de los contextos precerámicos y cerámicos de la prehistoria de Chile central;
- b) consignar el potencial de caza y recolección de la zona, a modo de marco de referencia;
- c) explicar la funcionalidad de las piedras tacitas de la localidad a través del tiempo; y
- d) estudiar la situación post-hispánica de la población indígena de la zona central en general, y en la micro-región de Valparaíso en particular.

Este último objetivo específico surge de la necesidad de explicar las novedosas características de la ocupación tardía que descubrimos en un sector no alterado del sitio principal de la localidad, para la cual en la zona central sólo se habían entregado algunas referencias indirectas o parciales, sin que hubiese sido posible realizar hasta ahora un control sistemático y exhaustivo de tales evidencias.

En la primera parte de este trabajo se han

reunido todos los antecedentes necesarios para desarrollar el tema de estudio. El primer capítulo intenta presentar una visión más o menos completa de los elementos constitutivos del ambiente en que se encuentra la localidad, determinando su ubicación y poniendo especial énfasis en los recursos económicos potencialmente utilizables por el indígena. Tratamos en lo posible de descubrir las condiciones ambientales del pasado reciente y remoto. Se utilizan tanto estudios referidos a la zona central en general, como de áreas más restringidas cercanas a Las Cenizas (Peñuelas y Marga Marga), y observaciones directas de los relictos de bosques autóctonos en la misma localidad (Alliende, 1980).

En el segundo capítulo se analizan los diferentes factores que permitirán comprender el panorama indígena de la zona a la llegada de los españoles y su posterior evolución hasta tiempos republicanos.

El tercer capítulo recoge los escasos antecedentes etnográficos que se refieren directamente a la funcionalidad de las piedras con tacitas en la zona centro sur de Chile.

El cuarto capítulo entrega una visión general de la prehistoria de Chile central, con especial referencia a los sitios de características semejantes a las de Las Cenizas y a los problemas que allí se presentan. Se incluyen necesarias referencias al período pre-agroalfarero del norte semiárido. En cuanto a la problemática de las piedras tacitas, se hace una completa revisión de los sitios de la zona central, en base a las informaciones publicadas, no siempre completas, entregando su ubicación general, su relación con determinados accidentes geográficos, los contextos asociados y las probables relaciones. Del mismo modo, se revisa la historia de la investigación y las teorías que se han postulado respecto del fenómeno que nos interesa.

En la segunda parte de este trabajo, se vierte toda la evidencia recogida en el terreno y el laboratorio. Se presenta en primer lugar, un resumen de los resultados de las excavaciones realizadas por el Dr. Gajardo, y nuestro análisis de los materiales extraídos en esa oportunidad. A continuación se exponen los resultados de los trabajos realizados en la localidad durante una larga temporada el año 1980, que dieron origen a las prácticas profesionales de los autores y de María Pía Galarza y Pilar Alliende. Se describe la metodología y cada uno de los sitios detectados.

En la tercera parte y final, se analizan las evidencias a la luz de los antecedentes expuestos en los tres primeros capítulos, haciendo una reevaluación de los primeros trabajos de la localidad, e intentando dar cumplimiento cabal a los objetivos generales y específicos planteados.

Se discuten exhaustivamente los problemas surgidos del análisis de las evidencias y los antecedentes, llegando al planteamiento de conclusiones en algunos casos, pero fundamentalmente a hipótesis de trabajo para los problemas que se visualizan en forma preliminar.

2. ANTECEDENTES

2.1 ANTECEDENTES MEDIOAMBIENTALES

La Zona Central, definida aproximadamente entre los 30° y 40° de Latitud Sur, está caracterizada desde un punto de vista climático como "Mediterránea semi-árida" y "Mediterránea sub-húmeda" (DiCastri, 1975), con marcadas diferencias en sentido transversal debidas a las características del relieve. En efecto se distinguen de este a oeste: la Cordillera de los Andes, el Valle Central o Depresión Intermedia, la Cordillera de la Costa y la Faja Costera.

Desde un punto de vista morfológico, la Zona Central comienza por el norte en la Cuesta Chacabuco, última estribación de los cordones montañosos transversales del Norte Chico, con sus prolongaciones naturales en los macizos del cerro El Roble y La Campana, dando lugar al desarrollo longitudinal de la Cordillera de la Costa y el Valle Central. (ver Lám. 2)

La presencia de la Cordillera de la Costa impide la penetración de las influencias marinas, provocando marcados contrastes entre invierno y verano en el Valle Central, mientras la faja costera se mantiene con un clima más suave y húmedo, con variaciones moderadas de temperatura durante el día y a lo largo del año.

En Las Cenizas nos encontramos ante un clima templado-cálido con estación seca prolongada (Csb1) según la clasificación de Koeppen, con influencia marítima estabilizadora. La temperatura y la precipitación son los factores fundamentales para definir las estaciones, las cuales han sido detenidamente estudiadas para el Lago Peñuelas (ICSA, 1980).

El carácter templado de la zona es ilustrado claramente por su temperatura media, que posee un rango anual de 9,1°C. entre las medias de los meses extremos, de 18,2°C en enero y 9,1°C en julio y con una temperatura media anual de 13,4°C, inferior a la correspondiente a la latitud, debido a la influencia de la corriente de Humboldt.

En cuanto a las precipitaciones, Las Cenizas se encuentra entre las isoyetas de 500 y 450 mm. anuales, curvas que van descendiendo hacia el norte y hacia la costa. La pluviosidad media máxima se alcanza en la parte N-W del Lago Peñuelas.

La estación seca dura aproximadamente 8 meses, presentándose durante este tiempo las más altas temperaturas y la mayor cantidad de días despejados; esta situación sumada a los vientos, influye notablemente en la evaporación y desecamiento del suelo. Por otro lado, hay una concentración muy elevada de precipitaciones en invierno, presentándose un 60% del total anual entre Junio y Julio, y el 81,7% entre Mayo y Agosto. También esta época se presenta un mayor número de días nublados y una oscilación térmica diaria menor a la de los meses secos.

Esto es lo que podemos decir en cuanto a las condiciones climáticas, relevantes en el presente. En el pasado cercano (siglos XVI al XIX) sabemos que, en términos generales, el régimen estacional era muy similar al actual, aunque cabe esperar una pluviosidad un tanto superior y más repartida durante el año. Refiriéndose a los lavaderos de oro en Marga-Marga, Mariño de Lobera decía: "se estimaba en lavar ocho meses del año por no haber agua en los cuatro restantes..."(1865:75). Esta mayor pluviosidad pudo ir disminuyendo paulatinamente junto a los bosques nativos, que cayeron bajo la roza y el hacha, para dar paso a los sembradíos y a las tierras

de pastoreo.

Desde un punto de vista vegetacional, la Zona Central de Chile se ha definido como "Zona Mesomórfica" o "Zona del Matorral Mediterráneo", cuyas características definen el medioambiente típico del Valle Central.

Sin embargo, las "serranías costeras" de la vertiente occidental de la Cordillera de la Costa, en donde se encuentra ubicada la localidad de Las Cenizas, participan de un medioambiente muy diversificado, incluyendo comunidades vegetales que constituyen los últimos relictos de una realidad ambiental muy diferente a la actual.

Estas serranías -debido a la mayor humedad- dan origen a innumerables quebradas y vallecitos de corto desarrollo y régimen pluvioso, que vierten sus aguas (esporádica o permanentemente) a pequeños sistemas de embalses, lagos y esteros. La hoya hidrográfica del tranque Las Cenizas, al igual que la de Peñuelas, se sitúa en una terraza marina que fluctúa entre los 200 y 400 metros sobre el nivel del mar. Se trata de una terraza de abrasión marina cuyo subsuelo presenta una fuerte descomposición de la granodiorita producida hasta gran profundidad (Navarro y Avaria, 1971: 289).

El tranque Las Cenizas tiene como principal fuente un arroyo proveniente de las serranías cercanas al oriente, que pasa por el tranque La Invernada; a éste se suma el curso esporádico de unas pocas quebradas adyacentes y, por supuesto, el agua de lluvias. En Las Cenizas se genera un arroyo que hace un largo recorrido, pasando por el centro de Placilla, y desembocando en la quebrada Salto del Agua, que engrosará junto a muchas otras el Estero El Sauce, el cual desemboca finalmente al mar en Laguna Verde (33°05'30" Lat.Sur - 71°40' Long.W.)

Podríamos decir, por tanto, que el Embalse Las Cenizas se integra al pequeño sistema hidrográfico de El Sauce, colindando al norte con todas aquellas quebradas del fundo "Las Siete Hermanas", que vierten sus cursos esporádicos al Estero Marga-Marga o a la Bahía de Valparaíso. De estas últimas, destaca la quebrada de Las Zorras, que -por lo menos en 1937- era alimentada por el tranque Las Cenizas, según consta en carta de don Jorge Homes, presidente de la Sociedad Agrícola Las Cenizas a don Luis Thayer Ojeda, fechada en Diciembre 15, de 1937.

Al sur, hay suaves lomajes de suelo arcilloso que separan la hoya de Las Cenizas del gran Embalse Peñuelas, que hasta fines del siglo pasado consistía simplemente en "Los Llanos de Peñuelas", y cuyas obras se terminaron de construir en 1900, para abastecer de agua potable a Valparaíso.

Al oriente, hay serranías más pronunciadas que llevan las aguas de sus quebradas al Estero Las Palmas, cuya unión con el Estero Marga Marga se produce inmediatamente al suroeste de la ciudad de Quilpué.

Geológicamente, el tranque Las Cenizas, al igual que el embalse Peñuelas, se encuentra en una cuenca de depósitos aluviales incluida en el Batolito de la Costa -de edad Paleozoica- que cubre prácticamente todas estas serranías costeras de la Zona Central. En las cercanías quedan remanentes de terrazas, como en el lugar llamado Alto del Puerto.

Trazando una línea NE-SW entre Viña del Mar y Quintay, dejamos hacia el mar una gran saliente que incluye a Valparaíso, Laguna Verde y Curauma; en ésta aparece la Formación Quintay, basamento metamórfico

del Paleozoico Inferior, que incluye principalmente anfibolitas y gneises.

En cuanto a la Cordillera de la Costa, sus formaciones se encuentran "cortadas" por los depósitos aluviales de los principales cursos de agua, al igual que el Batolito Costero.







En línea recta, unos 50 kilómetros al oriente de Las Cenizas, nos encontramos con el mayor territorio ocupado por la Formación Lo Prado, que toma su nombre del sector de la conocida cuesta, que se halla más al sur. Se formó durante el Cretácico Inferior, y su importancia radica en que es la mayor fuente potencial de materias primas líticas para todo el sector Cordillera de la Costa-Serranías Costeras de la Zona Central. Desde Las Cenizas, bastaría remontar hasta las fuentes del estero Marga Marga, desde donde se pasa al Cerro Vizcacha, que ya pertenece a la Formación Lo Prado. Está compuesta principalmente por "rocas volcánicas silíceas, ignimbritas, lavas y lavas brechosas, con intercalaciones de areniscas y calizas marinas" (Corvalán y Munizaga, 1972).

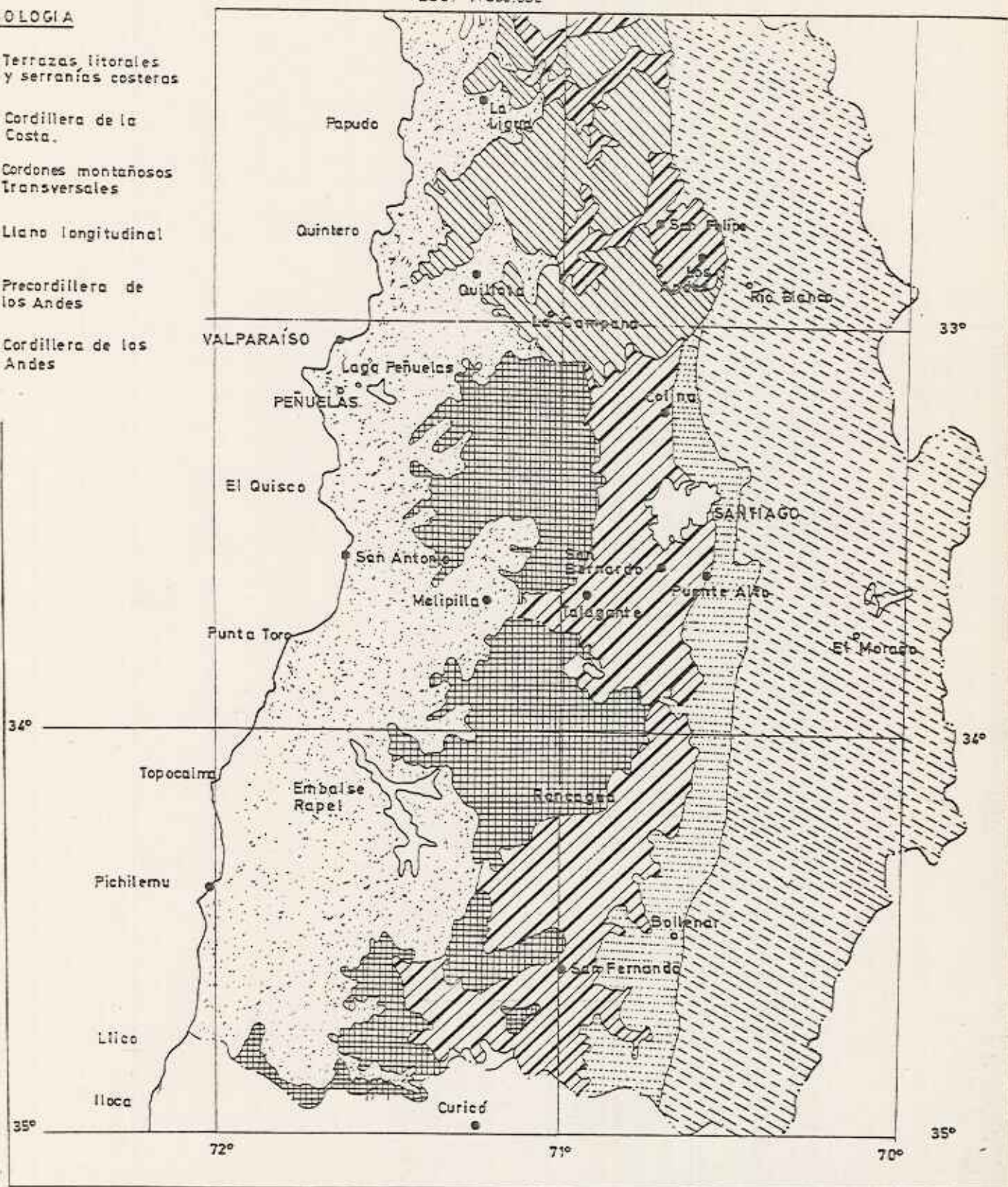
SECTORES REPRESENTATIVOS DE
LAS CONDICIONES AMBIENTALES

LAM. 2

ESC. 1:500.000

SIMBOLOGÍA

-  Terrazas litorales y serranías costeras
-  Cordillera de la Costa
-  Cordones montañosos Transversales
-  Llano longitudinal
-  Precordillera de los Andes
-  Cordillera de los Andes



ICSA 1980

F L O R A :

Acerca de las características de la vegetación de la zona que nos interesa, no cabe duda que la acción destructiva del hombre civilizado fué mucho más rápida e intensa en esta área que en otras, pero también contribuyeron a la degradación del ambiente una serie de fenómenos de la naturaleza, cuyas consecuencias fueron tanto o más radicales que las anteriores. Hacia mediados del siglo pasado, Vicuña Mackenna describía así la costa de Valparaíso:

"Nada podría ser ni más agreste ni más romántico que el aspecto de aquellos sitios, apenas turbada su majestuosa soledad por la presencia de la civilización. El mar, no contenido por los toscos pretiles, penetraba con las mareas hasta besar el pie de los quillayes i los boldos, árboles que todavía predominan a lo largo de nuestro litoral desde el Maipú al norte, mientras que en las desnudas i rojizas colinas (...) mecían sus esbeltas copas (...) las palmas reales, emblemas legítimos de un clima sin igual. En el fondo de aquellas selváticas laderas brotaban por entre las grietas del granito fuentes vivas de esa agua perenne todavía y que no han agotado en tres siglos todos los errores i todas las desidias humanas asociadas, alcanzando sólo a fabricar cloacas donde antes aquella regara verjeles. Los húmedos canelos, los elegantes maitenes i algún aromático culén (...) hacían bóveda a los manatales que bajaban a la arena, mientras que los bellotos i los peumos i algún maléfico litre revestían con su sombrío follaje sus declives" (1869, I:7-8).

Las primeras evidencias que muestran la progre-

siva degradación de la flora autóctona, debida a causas naturales, provienen de mediados del siglo XVII. En efecto, un documento de la época señala que unas lomas y quebradas próximas al "Almendral" (la parte norte de Valparaíso actual, hasta el cerro Barón), se convirtieron en barrancas y no se pudo sembrar más, como consecuencia del terremoto "del Señor de Mayo", ocurrido el 13 de Mayo de 1647. (Apud Larraín, 1946:52).

La intervención humana en el cambio del paisaje natural se hizo sentir desde los primeros años del Siglo XVIII, especialmente en la hacienda de "Peuco", que correspondía a la mitad sur de la "Viña de la Mar", desde el estero de Marga-Marga y su conexión con el estero de Las Palmas, hasta los cerros que rodean Valparaíso. En un litigio sobre estas tierras el año 1738, un testigo declara sobre la obra del dueño anterior de la estancia de Peuco, don Rafael Veas Durán (1711-1728), señalando que cuando éste la compró:

"estaba muy montuoso el palmar i por esta causa no se podía en muchas partes lograr el fruto de ellas i que aunque desde ese tiempo hasta el presente se han cortado muchas palmas para hacer nivel, han sido las que no daban frutos o estaban en lugares fragosos i barrancosos, fiando siempre en redondear los sitios i coqueaderos porque los que están distantes de éstos, no se vió fruto ni para ladrones (...) i por lo que tiene visto palmo a palmo, en dichas quebradas había más de un mil palmas frutales i más de tres mil pequeñas (...). Fue el primero que empezó a plantar la viña arboleda i toda suerte de árboles, desmontó i limpió i edificó una casa, con sus paredes de piedra (...) que antes no había más que un rancho viejo, (...) i que sacó el agua de una quebrada,

haciendo una acequia para regar la viña i demás plantas que puso; i en la quebrada que llaman El Salto del Agua sacó otra acequia para regar unos tablones (...) para sembrar i para esto rozó i arrazó muchos árboles grandes i malezas silvestres..." (en *ibid*: 85).

Tal como se puede deducir de esta cita, la escasez de terrenos aptos para la agricultura significó la destrucción de la flora autóctona en la mayoría de los lomajes con ciertas posibilidades de cultivo, reduciéndose a las inaccesibles quebradas que rodean Valparaíso, en donde se pueden apreciar en la actualidad. Por otra parte, las otrora abundantísimas palmas chilenas, también llamadas "de miel" o "de coquitos" (*Jubaea chilensis*), comenzaron a ser explotadas en forma más o menos sistemática para la extracción de miel -lo que provoca su muerte- hacia mediados del siglo XVIII, cuando la hacienda de Pouco pasó al dominio de la Compañía de Jesús por segunda vez (1752-1776).

Un buen indicador de la riqueza vegetal que caracterizó la zona hasta los comienzos del siglo XIX, es que durante toda la Colonia sus bosques proporcionaron buena madera para los astilleros y para leña. La rapidez con que ocurrió el cambio del paisaje se refleja en la siguiente cita de Vicuña Mackenna:

"Frezier admiraba a principios del siglo XVIII, la abundancia con que esos cerros, hoy mustios collados, crecían el verde laurel, el belloto de blanda madera, favoritos de las canoas pescadoras, el quebradizo peumo, el raulí fuerte i ligero, y especialmente el maitén, apropiado para las curvas por su dureza, y el litre que, privado cuando seco del humor viscoso que hace

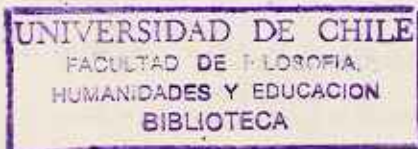
aciaga su sombra, es según Feuillée (1710) cuando empleado en el mar, tan firme como el acero". (en Larraín, 1946: 196-6).

Estas extraordinarias formas del paisaje se mantuvieron hasta los comienzos del siglo pasado, cuando aún el estero de Marga-Marga corría encajonado entre altos barrancos cubiertos de feraz vegetación, tal como lo vió María Graham a comienzos del siglo XIX.

"Pero el hacha, i especialmente los aluviones que se sucedieron desde el terremoto de 1822 hasta 'el año 27' que fué año del Diluvio, arrasaron esas selvas primitivas i engendraron, al derramarse, los arenales donde antes crecían en húmeda vega las pataguas, los canelos i el maitén". (Graham, 1956: 44-46).

Esta antigua comunidad natural que describe Vicuña Mackenna ha sido definida como "Bosque Laurifolio Costero" (ICSA, 1980:D.6), y ocupaba originalmente la ladera occidental de la Cordillera de la Costa y los sectores más favorables de las terrazas litorales y las serranías costeras, pero ha sido muy alterada por los fenómenos antes mencionados, aunque se conservan algunos relictos que pueden agruparse en tres unidades:

- a) Los "Bosques de Galería"; en el fondo de las quebradas y en laderas húmeras de exposición sur, con abundancia de enredaderas, helechos y musgos. Sus especies más características son: Belloto (*Beilschmedia miersii*); patagua (*Crinodendron patagua*), peumo (*Cryptocarya alba*), lingue (*Persea lingue*), boldo (*Peumus boldus*), arrayán (*Myrceugenia obtusa*), maitén (*Myrceugenia ferruginea*), canelo (*Drymis winteri*). etc..



- b) Los matorrales arborescentes, constituídos por renovales de especies tales como boldo, peumo, molle (*Schinus molle*), litre (*Lithraea caustica*) y arbustos como corcolén o lilén (*Azara celastrina*), lun (*Escallonia revoluta*), lechón o coliguay macho (*Adenopeltis colliguaya*), romerillo (*Baccharis linearis*), quebracho (*Cassia closiana*), etc..
- c) La pradera natural, que se presenta en aquellos lugares en que la cobertura arbórea ha sido totalmente eliminada y la cobertura arbustiva seriamente disminuída. Sus numerosas especies corresponden a Gramíneas, Leguminosas, Crucíferas y Geraniáceas.

Otra comunidad natural, que se encuentra bastante bien conservada en un sector de la localidad de Las Cenizas, constituyendo un verdadero bosque relictual, es el que se encuentra asociado al Grupo VIII de piedras tacitas (ver Mapa localidad y Tabla especies reconocidas en el sitio). Se trata del denominado "Bosque Esclerófilo Mixto", actualmente muy degradado en su estructura, y originalmente distribuído a lo largo de la cordillera de la costa y también en el pie de monte andino al sur del río Maipo. Está caracterizado por un matorral arborescente compuesto por boldo, litre, peumo, quillay (*Quillaja saponaria*), etc., y por arbustos como el trevu (*Trevoa trinervis*), madroño (*Escallonia pulvurulenta*), mitique (*Podanthus mitique*), salvia macho (*Eupatorium salvia*), oreganillo (*Satureja gilliesii*), etc..

Los palmares de *Jubaea chilensis* constituyen una comunidad que hasta fines del siglo XVII mantuvieron prácticamente intacta su distribución y abundancia originales. Actualmente se encuentran reducidas en los valles de Ocoa, Cochalán y las quebradas próximas a Valparaíso.

En los cerros más altos de la Cordillera

de la Costa, como El Roble y La Campana, sobre los 1.000 msnm, es posible encontrar bosques relictuales de Roble pellín (*Nothofagus obliqua* var. *macrocarpa*), cuya área típica de distribución se encuentra ubicada al sur del río Tinguiririca, en la precordillera andina, y constituye junto a otras especies menores tales como litrecillo (*Schinus crenatus*), lilen, codocoypu (*Myoschilos oblongum*), el "Bosque Caducifolio Septentrional" (loc.cit.).

La presencia actualmente muy restringida del "Bosque Caducifolio Maulino" en el macizo montañoso al noreste del Alhué, confirma que la estructura vegetacional de la zona central era mucho más rica en el pasado no muy remoto. Su especie característica es el roble colorado o maulino (*Nothofagus glauca*), acompañado de especies de distribución más austral, como el nogal silvestre o radial (*Lomatia hirsuta*) y el piñol o avellanillo (*Lomatia dentata*), (loc.cit.)

Una comunidad característica de la zona, presente en la actualidad en la Reserva Forestal del Lago Peñuelas, que colinda por el norte con la localidad de Las Cenizas, es el "Bosque y Matorral Espinoso Caducifolio", compuesto por bosques abiertos de algarrobo (*Prosopis chilensis*) en sectores de pie de monte o cuencas de depositación con influencias calcáreas, y por matorrales altos de espino (*Acacia caven*), preferentemente sobre lomajes y suelos planos, (ibid:D.8).

La localidad de Las Cenizas tiene acceso también al denominado "Matorral de Cactáceas y Arbustos en Roseta", ubicado especialmente sobre afloramientos rocosos y en laderas de exposición norte, y caracterizado por especies como cactus (*Trichocereus chilensis*), y varias especies de chagual, puya o cardón (*Puya chilensis*, *P. berteroniana*), (loc.cit.).

En la zona costera, se ubican especies resistentes a medios salinos, con hojas y/o tallos carnosos, que conforman la "Estepa Costera Psammófila", con especies como la doca (*Carpobrotus chilensis*), vautre (*Baccharis concava*), manzanilla

cimarrona (*Bahia ambrosioides*), hierba sosa (*Salicornia fruticosa*), monte espino (*Salsola kali*), etc. (ibid:D.5).

Otra comunidad muy importante es el "Matorral Ripícola", cuyo hábitat preferencial son los bordes de ríos y esteros y los sectores bajos pantanosos. En estas condiciones se desarrollan las chilcas (*Baccharis salicifolia* y *B. paniculata*), la brea (*Tessaria absinthioides*) y diversas especies de Compuestas, Cyperáceas y Juncáceas.

Entre las abundantes hierbas que se desarrollan en primavera junto a los arbustos y matorrales descritos, destacan las Gramíneas, con una gran variedad de géneros y especies: quila (*Chusquea cumingii*), teatina (*Avena barbata*), lanco (*Bromus unioloides*), coironcillo (*Piptochaetium panicoides*) y cebadilla (*Hordeum murinum*); las Liliáceas como el huilli (*Leucocoryne ixiooides*) y el azulillo (*Passiflora coerulea*); las Amarilidáceas como la papita del campo o ngao (*Conanthera campanulata*), la flor de la viuda (*Conanthera* sp.), la flor del águila (*Alstroemeria pulchra*) y el amancayo o añañauca (*Hippeastrum bicolor* o *Phicella magnifica* y *H. advenum* o *Rhodophiala advena*); las Iridáceas como el huilmo o ñuño (*Sisyrinchium graminifolium*); Las dioscoreáceas como el huanqui (*Dioscorea humifusa*).

Una gran variedad de árboles, arbustos y plantas tienen frutos comestibles, algunos de los cuales tienen un gran valor alimenticio, como el del algarrobo, que es muy rico en proteínas, (Vid. Alliende, P.1980a). Hemos podido identificar al menos 32 especies vegetales cuyos frutos comestibles pudieron ser utilizados por el indígena de la zona, desde la faja costera hasta el Valle Central. Por otra parte, una gran variedad de plantas o hierbas poseen raíces bulbosas, como las Liliáceas, las Amarilidáceas, las Dioscoreáceas, las Iridáceas y las Orquidáceas, de las cuales existen por lo menos 16 especies comestibles.

Varias plantas presentan hojas o tallos carnosos que son comestibles, como los apios chilenos (*Apium australe*, *A. panul* y *Pastinaca sativa*); los pecíolos del Pangue (*Gunera chilensis*) llamados vulgarmente "nalcas", los brotes tiernos del chagual y la quila, etc..

Las gramíneas potencialmente utilizables por el indígena no son muy numerosas, pero en tiempos históricos fué muy importante el mango (*Bromus mango*) y el lanco (*Bromus unioloides*). Según Mélica Muñoz (com.pers.), también son comestibles la poa (*Poa pratensis*) y la cola de zorro (*Hordeum crososum*).

Un rubro muy importante entre los vegetales comestibles son los hongos, que aparecen en los meses de otoño e invierno, y de los cuales se encuentran en la zona unas 8 especies comestibles, incluyendo los conocidos como "dihueñes" (*Cyttaria berteroi* y *C. Espinosae*) del roble pellín.

Entre las fibras que el indígena pudo utilizar para amarrar, construir sus refugios, cordeles, etc., se destacan la quila, la tola blanca, la puya, los juncos y totoras, la palma chilena, etc.

Las plantas medicinales constituyen un capítulo aparte en cuanto a variedad, pero se pueden mencionar el peumo, el canelo, el maqui, el huingan, el boldo, el bollen, el radial, el algarrobo, el guayacan, el culén, el sauce, el codocoypu, la ñipa, el siete camisas rojo, la uva de cordillera, el palo amarillo, el crucero, el matico, el quilo, el pichi, el horizonte, la jarrilla, el oreganillo, la malva del cerro, el voqui, el pircun, el cactus, el chagual, etc.

FRUTOS :

Algarrobo	<i>Prosopis chilensis</i>
Arrayan	<i>Myrceugenia obtusa</i>
Belloto	<i>Beilschmedia miersii</i>
Boldo	<i>Peumus boldus</i>
Cactus	<i>Trichocereus chilensis</i>
Capulí	<i>Physalis pubescens</i>
Cardoncillo	<i>Ochagavia Lindleyana</i>
Chaura	<i>Pernettya mucronata</i>
Chequen	<i>Myrceugenella chequen</i>
Cogüil	<i>Lardizabala biternata</i>
Copihue	<i>Lapageria rosea</i>
Culle	<i>Oxalis articulata</i>
Doca	<i>Carpobrotus chilensis</i>
Frutilla	<i>Fragaria chilensis</i>
Granadilla, Pasionaria	<i>Passiflora pinnatistipula</i>
Huingan	<i>Schinus polygamus</i>
Litre	<i>Lithraea caustica</i>
Lucumo silvestre	<i>Lucuma valparadisiaca</i>
Maqui	<i>Aristotelia chilensis</i>
Michay	<i>Berberis actinacantha</i>
Molle	<i>Schinus latifolius</i>
Palma chilena	<i>Jubaea chilensis</i>
Palo amarillo	<i>Berberis montana</i>
Parrilla	<i>Ribes punctatum</i>
Perlilla	<i>Margyricarpus pinnatus</i>
Peumo	<i>Cryptocarya alba</i>
Pichi, peta, romero	<i>Fabiana imbricata</i>
Pingo Pingo	<i>Ephedra andina</i>
Quilo, mollaca, voqui negro	<i>Müehlanbeckia hastulata</i>
Quisco	<i>Cereus litoralis</i>
Vinagrillo, culle colorado	<i>Oxalis rosea</i>
Voqui	<i>Cissus striata</i>

HOJAS O TALLOS CARNOSOS:

Apio, apio silvestre	<i>Apium australe</i>
Apio del campo	<i>Pastinaca sativa</i>
Pangue	<i>Gunera chilensis</i>
Panul	<i>Apium panul</i>
Placa, berro amarillo	<i>Mimulus luteus</i>
Puya o chagual	<i>Puya chilensis</i>
	<i>Puya berteroniana</i>
Quila	<i>Chusquea cumingii</i>
Romasa	<i>Rumex sp.</i>

BULBOS COMESTIBLES:

Amancay, ñañauca	<i>Phicella magnifica</i>
Ñañauca, a. de la gloria	<i>Rhodophiala advena</i>
Ñañauca de cordillera	<i>Rhodophiala rhodolireon</i>
Ñañauca de fuego	<i>Phicella ignea</i>
Cebolleta	<i>Fortunatia biflora</i>
Flor de la viuda, ngao	<i>Conanthera sp.</i>
Flor de mayo, de la perdiz	<i>Oxalis perdicaria</i>
Huanqui	<i>Dioscorea humifusa</i>
Huilli	<i>Leucocoryne ixioides</i>
Lahue	<i>Trifurcia lahue</i>
Liuto, ligtu	<i>Alstroemeria ligtu</i>
Papa cimarrona	<i>Solanum maglia</i>
Placea	<i>Placea arzae</i>
Porotillo	<i>Hoffmanseggia falcaria</i>
Tahay, violeta	<i>Calydorea xiphioides</i>
Violeta del campo, ngao	<i>Conanthera campanulata</i>

GRAMINEAS COMESTIBLES:

Cola de zorro
Lanco
Mango
Poa

Hordeum comosum
Bromus unioloides
Bromus mango
Poa pratensis

HONGOS COMESTIBLES:

Callampa
Callampa de las vegas
Callampa violeta
Cajeta, polvillo del
diablo
Dihueñes (roble pellín)

Hongo de crin erizado
Lengua de vaca
Sombrero de tinta

Agaricus campester
Volvaria speciosa
Tricholoma personatum

Calvatia cyathiformis
Cyttaria berteroi
Cyttaria Espinosae
Coprinus comatus
Fistulina hetapica
Coprinus atramentarius
Lepiota naucina

FIBRAS UTILIZABLES:

Cogüil
Don Diego de la noche
Estoquilla, tagua-tagua
Junquillo
Palma chilena
Puya, chagual

Quila, colihue
Quilo, mollaca,
voqui negro
Tola blanca
Totora
Voqui

Lardizabala biternata
Oenothera acaulis
Scirpus californicus
Gilliesia graminea
Jubaea chilensis
Puya chilensis
Puya berteroniana
Chusquea cumingii

Muehlenbeckia hastulata
Proustia pyrifolia
Typha angustifolia
Cissus striata

ESPECIES AUTOCTONAS IDENTIFICADAS EN
EL SECTOR DEL GRUPO VIII DE LAS CENIZAS

Arrayan	<i>Myrceugenia obtusa</i>
Belloto	<i>Beilschmedia miersii</i> Kosterm
Boldo	<i>Peumus boldus</i> Mol.
Colliguay	<i>Colliguaya odorifera</i> MOL.
Daín	<i>Baccharis</i> sp.
Lilén	<i>Azara celastrina</i> Don.
Litre	<i>Lithraea caustica</i> Hook. et. Arn.
Madroño	<i>Escallonia pulvurulenta</i> R.et Pav.
Maqui	<i>Aristotelia chilensis</i> Mol.
Molle	<i>Schinus latifolius</i> Engler.
Mitique	<i>Podanthus mitiqui</i> Lindl.
Parrilla	<i>Ribes punctatum</i> R.et Pav.
Perla	<i>Margyricarpus pinnatus</i> Lam.
Peumo	<i>Cryptocarya alba</i> MOL.
Quillay	<i>Quillaja saponaria</i> Mol.
Quilo	<i>Müehlenbeckia hastulata</i> M.Johnston
Romerillo	<i>Baccharis rosmarinifolia</i>
Tola blanca	<i>Proustia pyrifolia</i> Lag.
Vautro	<i>Baccharis concava</i> D.C.

* Las especies fueron catalogadas por Catalina Alliende E.
(vid. Alliende, P., 1980a).

F A U N A :

Parece ser una regla común el que la avifauna silvestre sobrepase con creces a las otras especies nativas del país. En la Zona Central nos encontramos ante una extraordinaria diversidad de aves y avecillas que ocupan variados ambientes y, por el contrario, una variedad infinitamente menor de mamíferos, anfibios, ofidios, etc.

Las especies observadas en la zona que rodea a Las Cenizas son comunes en las regiones centrales del país, de manera que la información que entregaremos a continuación se basa tanto en estudios generales de fauna de la zona central, como en dos investigaciones realizadas en áreas adyacentes al sector de nuestro interés. Uno es el estudio de las aves del Marga Marga (Jaffuel y Pison, 1927), que también tiene la ventaja de encontrar la zona con menor influencia humana a la actual; y el otro es el estudio de aves y mamíferos presentes en la Reserva de Peñuelas (en ICSA, 1980), realizado en este embalse de mayor tamaño que Las Cenizas, pero de similar edad y características.

En la Reserva de Peñuelas se observaron 14 especies de mamíferos autóctonos y tres especies ya silvestres, pero introducidas. Estas son la laucha (*Mus musculus*), el guarén (*Rattus rattus*) y el conejo (*Oryctolagus cuniculus*). En cuanto a las especies nativas, se registraron ocho roedores: la lauchita de los espinos (*Oryzomys longicaudatus*), el ratoncito peludo (*Akodon longipilis*), el ratoncito oliváceo (*Akodon olivaceus*), el lauchón orejudo (*Phyllotis darwini*), el cururo (*Spalocopus cyanus*), el degu (*Octodon lunatus*), el coipo (*Myocastor coypus*) y el ratón chinchilla (*Abrocoma bennetti*). Un quiróptero; el murciélago (*Myotis chilensis*); un marsupial: la llaca (*Marmosa elegans*), y cinco carnívoros: la chilla (*Dusicyon griseus*), el quique (*Grison cuja*), el chingue (*Conepatus chinga*) y el gato montés (*Lynchailurus pajeros*).

A estas especies podemos agregar otras que sabemos poblaron las serranías y valles y que fueron exterminadas por el hombre. Es el caso del guanaco (*Lama guanicoe*), el puma (*Felis concolor*), la güiña (*Felis guigna*), el zorro grande (*Dusicyon culpaeus*) y la viscacha (*Lagidium viscacia*).

De todas estas especies, son comestibles el degu, que vive en arbustos y matorrales; el guanaco, que pacía en el valle central y en las serranías costeras en su ciclo trashumante; el puma, que gusta de los sitios boscosos y las altiplanicies rocosas con hierbazales; y la vischacha, que tiene su guarida bajo rocas. Fueron perseguidos por su piel el guanaco y el puma; también el coipo, que tiene su madriguera de crianza en una "buhardilla" seca bajo el agua; la llaca, que construye suguarida en los troncos de los árboles; la chilla o zorro chico, que gusta de zarzales y matorrales; el zorro grande que tiene su madriguera en las quebradas pobladas de arbustos; y el gato montés, que construye su guarida sólo para criar, pasando la mayor parte del día en las copas de los árboles.

Debemos pensar también en la posibilidad de que otras especies que han sido observadas en los riachuelos nativos pudieron servir de alimento; como por ejemplo algunos peces, el camarón y el chorito de río, la apancora y la rana gigante (*Calyptocephalus gayi* o *Caudiverbera caudiverbera*), que vive en las pozas profundas y tranquilas de los arroyuelos, escondiéndose en la vegetación espesa.

De las especies domésticas introducidas por los europeos, parecen haber tenido importancia en el sector de Las Cenizas, alrededor de los siglos XVII y XVIII, el ganado lanar y mular. Hoy pacen en los pastizales cercanos a los tranques del fundo sólo un número reducido de ganado vacuno y caballar. Algunos perros viven en estado semi-domesticado, sumándose a los cazadores en la merma de la avifauna del lugar.

En cuanto a las aves, el año 1927 Jaffuel y Pirion observaron un total de 85 especies autóctonas en el valle de Marga Marga, las cuales enumeramos a continuación:

NOMBRE COMUN

Perdiz	(+)	<i>Nothoprocta perdicaria</i>
pimpollo	(+)	<i>Podiceps rolland</i>
blanquillo	(+)	<i>P. occipitalis</i>
huala	(+)	<i>P. major</i>
picurio	(+)	<i>Podilymbus podiceps</i>
yeco	(+)	<i>Phalacrocorax olivaceus</i>
garza grande	(+)	<i>Casmerodius albus</i>
garza chica	(+)	<i>Florida thula</i>
huairavo	(+)	<i>Nycticorax nycticorax</i>
huaravillo	(+)	<i>Ixobrychus involucris</i>
bandurria		<i>Theristicus caudatus</i>
pato jergón grande	(+)	<i>Anas georgica</i>
cóndor		<i>Vultur gryphus</i>
jote de cabeza negra	(+)	<i>Coragyps atratus</i>
jote de cabeza colorada	(+)	<i>Cathartes aura</i>
bailarín	(+)	<i>Elanus leucurus</i>
peuquito		<i>Accipiter bicolor</i>
águila	(+)	<i>Geranoaetus melanoleucus</i>
aguilucho	(+)	<i>Buteo polyosoma</i>
peuco	(+)	<i>Parabuteo unicinctus</i>
vari	(+)	<i>Circus cinereus</i>
tiuque	(+)	<i>Milvago chimango</i>
traro		<i>Polyborus plancus</i>
halcón peregrino		<i>Falco peregrinus</i>
halcón perdiguero		<i>F.femoralis</i>
pidén	(+)	<i>Rallus sanguinolentus</i>
tagua	(+)	<i>Fulica armillata</i>
tagua chica	(+)	<i>F. leucoptera</i>
becasina pintada	(+)	<i>Nycticryphes semicollaris</i>
queltehue	(+)	<i>Vanellus chilensis</i>
cernícalo	(+)	<i>F. sparverius</i>

pitotoy chico	(+)	<i>Tringa flavipes</i>
becasina		<i>Gallinago gallinago</i>
perrito	(+)	<i>Himantopus mexicanus</i>
gaviota dominicana	(+)	<i>Larus dominicanus</i>
torcaza		<i>Columba araucana</i>
tórtola	(+)	<i>Zenaida auriculata</i>
tortolita cuyana		<i>Columbina picui</i>
tórtola cordillerana		<i>Metriopelia ceciliae</i>
choroy		<i>Enicognathus ferrugineus</i>
lechuza	(+)	<i>Tyto alba</i>
tucúquere		<i>Bubo virginianus</i>
chuncho	(+)	<i>Glaucidium nanum</i>
pequén	(+)	<i>Athene cunicularia</i>
concón		<i>Strix rufipes</i>
nuco		<i>Asio flammeus</i>
gallina ciega	(+)	<i>Caprimulgus longirostris</i>
picaflor gigante	(+)	<i>Patagona gigas</i>
picaflor	(+)	<i>Sephanoides galeritus</i>
pitío	(+)	<i>Copaltès pitius</i>
carpinterito		<i>Picoides lignarius</i>
minero	(+)	<i>Geositta cunicularia</i>
bandurrilla	(+)	<i>Upucerthia dumetaria</i>
churrete	(+)	<i>Cinclodes patagonicus</i>
rayadito		<i>Aphrastura spinicauda</i>
trabajador		<i>Phleocryptes melanops</i>
tijeral	(+)	<i>Leptasthenura aegithaloides</i>
canastero	(+)	<i>Thripophaga humicola</i>
turca		<i>Pteroptochos megapodius</i>
tapaculo		<i>Scelorchilus albicollis</i>
churrín	(+)	<i>Scytalopus magellanicus</i>
mero	(+)	<i>Agriornis livida</i>
diucón	(+)	<i>Pyrope pyrope</i>
dormilona tontito	(+)	<i>Muscisaxicola macloviana</i>
colegial	(+)	<i>Lessonia ruffa</i>
siete-colores		<i>Tachuris rubrigastra</i>

cachudito	(+)	Anairetes parulus
viudita		Colorhamphus parvirostris
fío-fío	(+)	Elaenia albiceps
rara	(+)	Phytotoma rara
golondrina chilena	(+)	Tachycineta leucopyga
golondrina bermeja		Hirundo rustica
chercán	(+)	Troglodytes aedon
tenca	(+)	Mimus thenca
zorzal	(+)	Turdus falcklandii
tordo	(+)	Curaeus curaeus
trile	(+)	Agelaius thilius
loica	(+)	Sturnella loyca
chirihue	(+)	Sicalis luteola
diuca	(+)	Diuca diuca
cometocino patagónico*		Phrygilus patagonicus
yal	(+)	P. fruticeti
platero	(+)	P. alaudinus
chincol	(+)	Zonotrichia capensis
jilguero	(+)	Carduelis barbatus

En Peñuelas (ICSA, 1980:anexo 3) se registraron 62 especies coincidentes con las de Marga Marga (las que llevan un asterisco en la tabla precedente), junto a otras 23, todas ellas nativas (1), las que presentamos a continuación:

NOMBRE COMUN

<u>CUCA</u>	Ardea cocoi
cuervo de pantano	Plegadis chihi
flamenco chileno	Phoenicopterus chilensis
cisno de cuello negro	Cygnus melancoryphus
pato jergón chico	Anas flavirostris
pato real	A. sibilatrix
pato colorado	A. cyanoptera

1) También se observó la codorniz (Lophostix californica) que fué introducida en Chile en 1870.

pato cuchara	<i>A. platalea</i>
pato negro	<i>Netta peposaca</i>
pato rana de pico ancho	<i>Oxyura jamaicensis</i>
pato rana de pico delgado	<i>O. vittata</i>
pato rinconero	<i>Heteronetta atricapilla</i>
tiuque cordillerano	<i>Phalacrocorax megalopterus</i>
tagüita	<i>Porphyriops melanops</i>
pitotoy grande	<i>Tringa melanoleuca</i>
playero de Baird	<i>Calidris bairdii</i>
perdicita	<i>Trinocorus rumicivorus</i>
gaviota de Franklin	<i>Larus pipixcan</i>
gaviota cáhuil	<i>L. maculipennis</i>
rayador	<i>Rynchops nigra</i>
churrete acanelado	<i>Cinclodes fuscus</i>
dormilona chica	<i>Muscisaxicola maculirostris</i>
golondrina de dorso negro	<i>Notiochelidon cyanoleuca</i>

Por otro lado, hay una serie de aves que habitan permanentemente en la Zona Central, o la visitan en algunas épocas del año; ya sea para anidar o no. Se trata de 29 especies, que deben sumarse a las anteriores:

pato silbón	<i>Dendrocygna bicolor</i>
piuquén	<i>Chloephaga melanoptera</i>
pato anteojo	<i>Anas specularis</i>
pato gargantillo	<i>A. bahamensis</i>
pato capuchino	<i>A. versicolor</i>
pidencito	<i>Laterallus jamaicensis</i>
tagua de frente roja	<i>Fulica rufifrons</i>
pilpilén	<i>Haematopus palliatus</i>
pilpilén negro	<i>H. ater</i>
chorlo ártico	<i>Pluvialis squatarola</i>
chorlo dorado	<i>P. dominica</i>
chorlo nevado	<i>Charadrius alexandrinus</i>
chorlo de doble collar	<i>C. falklandicus</i>
chorlo de collar	<i>C. collaris</i>

chorlo de campo	<i>Oreopholus ruficollis</i>
playero vuelvepiedras	<i>Arenaria interpres</i>
playero de las rompientes	<i>Aphriza virgata</i>
playero de lomo blanco	<i>Calidris fuscicollis</i>
playero pectoral	<i>C. melanotos</i>
playero blanco	<i>C. alba</i>
zarapito	<i>Numenius phaeopus</i>
zarapito boreal (ext.)	<i>N. borealis</i>
zarapito de pico recto	<i>Limosa haemastica</i>
pollito de mar rojizo	<i>Phalaropus fulicarius</i>
trichahue	<i>Cyanoliseus patagonus</i>
chiricoca	<i>Chilia melanura</i>
dormilona fraile	<i>Muscisaxicola flavinucha</i>
run-run	<i>Hymenops perspicillata</i>
bailarín chico	<i>Anthus correndere</i>

Todas las especies mencionadas en las tres tablas anteriores pertenecen a las aves que -permanente o estacionalmente- están presentes en la zona central. Sin embargo, por su ubicación y el año en que se realizó la observación, creemos que aquellas de Marga Marga corresponden con mayor seguridad a las aves al alcance de los habitantes de la localidad de Las Cenizas, cuando ésta se centraba en un simple arroyo rodeado de bosques y matorrales nativos. De aquellas 23 especies presentes en Peñuelas -y no registradas en Marga Marga- 9 son claramente acuáticas, y 6 de ambientes lagunares o pantanosos, y fueron con mucha probabilidad atraídas por el embalse; situación que puede extrapolarse al tranque Las Cenizas que presenta condiciones similares.

Por otro lado, las 30 especies no registradas en los estudios mencionados, pero que sí son propias, aunque sea temporalmente, de la zona central, no debieron ser desconocidas para los indígenas, que superaban con creces los territorios de este pequeño sector de las serranías costeras, alcanzando ambientes diferentes y no muy lejanos.

De todas las especies mencionadas, sabemos que un gran número ha sido cazado por su carne; la perdiz, la garza grande, la garza chica, el pato jergón grande, el pato real, el pato jergón chico, el pato cuchara, el pato colorado, el pato negro (que ocasionalmente anida en Chile), el pato rana de pico delgado, el pato rinconero, la bandurria, la huala, la tagua, el queltehue, la becasina, el pitoitoi grande (visitante de verano), la perdicita, la tórtola (más abundante en verano), la torcaza (que llega entre Junio y Julio), la tórtola cordillerana, la tortolita cuyana (que algunos años llegaba en gran cantidad al valle de Marga Marga), la tenca, el zorzal, el tordo, la loica, el jilguero, el chirihue, la diuca, el chincol, el choroy (*), el tricagüe (*), el chorlo del campo, el zarapito boreal (*), el cometocino, el piuquén (tipo de ganso que visita en invierno), el pato gargantilla (ocasional en la zona), el pato capuchino y la becasina pintada, que vive en lugares apartados y vegosos, el yal y el pelícano.

En cuanto a los huevos, sabemos que se consumen los de perdiz (que anida en el suelo), garza grande y garza chica (que anidan en los árboles); pato jergón grande, pato real, pato jergón chico, pato cuchara, pato colorado, pato negro, pato rana de pico ancho y de pico delgado, pato rinconero, yeco, jote (según Larraín, 1939, eran apetecidos por los habitantes del litoral), que anida en Marga Marga; tagua, gaviota, torcaza, (que anida en las quebradas de la zona), y pato gargantillo, que anida en Chile.

También se utiliza la piel, plumas y/o huesos de los patos, las garzas, el cisne de cuello negro, el flamenco, el jote cabeza colorada y la becasina.

(*) En la actualidad no aparecen en la zona.

Por último, no debemos olvidar que el litoral y el océano se encuentran a sólo 15 kilómetros de Las Cenizas, y que son fuente de innumerables recursos alimenticios: aves litoraleñas (que han sido incluidas en las tablas anteriores), peces, y diversas especies fácilmente recolectables, que mencionaremos a continuación.

Las macroalgas son muy frecuentes en los roqueríos, pero sólo dos de ellas tienen interés nutritivo: el lucbe (*Ulva* sp.), y el cochayuyo (*Durvillea antarctica*), cuyo tallo es conocido como "ulte".

De los moluscos comestibles, se adhieren a las rocas el picoroco (*Balanus psittacus*), que vive bajo el límite de la marea baja; las lapas (*Fissurella maxima* y *F. latemarginata*), que viven en la zona eulitoral -entre los límites de ambas mareas-; el chitón (*Chiton granosus*) también eulitoral; el chorito maico (*Perumytilus purpuratus*), que se adhiere apretadamente en la zona eulitoral; el loco (*Concholepas concholepas*), habitante de la zona sublitoral; así como el piure (*Pyura chilensis*) y el erizo (*Lexechinus albus*). En las zonas bajas del litoral de las "playas de bolones", encontramos tres especies de caracoles comestibles: *Tegula atra*, *T. tridentata* y *Diloma nigerrima*. En las playas arenosas habitan la macha (*Mesodesma donacium*), la navajuela (*Tajelus dombeii*) y la almeja (*Ameghinomya antiqua*).

En cuanto a los crustáceos, hay una gran variedad, como la jaiba corredora (*Leptograpsus variegatus*), que vive en el litoral rocoso; la jaiba mora (*Homalaspis plana*) y el "panchote de huiro" (*Taliepus dentatus*), componentes de la fauna sublitoral; el camarón disparador (*Alpheus chilensis*), propio de las pozas, el paguro (*Paguristes* sp.) y una gran cantidad de jaibas que viven a diferentes niveles en las playas de bolones: *Cyclograpsus cine-*

reus, y las "tijeretas"; *Petrolisthes laevigatus*, *P. granulosus*, *P. violaceus*, *P. tuberculatus* y *P. punctatus*. En las playas arenosas se encuentran dos especies de jaibas colectadas como alimento: la jaiba blanca o jaiba de arena (*Ovalipes punctatus*) y la jaiba filigrana (*Bellia picta*). Y en los sectores sublitorales arenosos, la apetitosa jaiba reina (*Cancer plebejus*).

2.2 ANTECEDENTES ETNOHISTORICOS

En este capítulo se entregarán los antecedentes necesarios para comprender el proceso de cambios en la estructura de la población autóctona de la zona central de Chile, como resultado de la Conquista española, y su evolución hasta tiempos tardíos.

Es de todos conocido que el contacto entre ambos grupos fue bastante violento, y que provocó, especialmente en Chile central —en donde se instaló la capital del Reino— un acelerado proceso de desintegración del grupo indígena local.

Ya en el año 1558, un español, el primer cronista chileno, reconoce el fenómeno y señala las principales causas:

"No hay tanta gente en esta provincia como cuando los cristianos entraron en ella a causa de las guerras y alzamientos que con los españoles tuvieron. Fué parte para disminuillos que, de tres partes, no hay la una, y las minas han sido también parte que lo uno con lo otro se ha juntado el destruimiento de ellos".

Gerónimo de Bibar (1966:135)

Para comprender en toda su magnitud esta realidad, tanto a nivel local como a nivel continental, es necesario considerar que, de acuerdo con las más recientes investigaciones, "los intereses privados de los conquistadores fueron el verdadero motor expansivo del amplio movimiento de ocupación del continente americano" (Jara, 1981:17). En efecto, este movimiento se fundamentó en un tipo de ejército característico de la edad feudal, dependiente de un "Señor" cuyos intereses económicos y sociales se complementaban con la necesidad de la Corona de ampliar sus territorios.

La monarquía recompensaba generosamente los esfuerzos de los conquistadores, cediéndoles parte de las nuevas tierras y un número de naturales que les permitiera sacar provecho de ellas, es decir, la mano de obra. Estas recompensas se tradujeron en dos instituciones básicas de la vida española en América: las mercedes de tierra y las encomiendas de indígenas.

Según Amunátegui (1909,I:69), "la merced de las encomiendas de Chile descansó, desde los primeros tiempos, sobre una base esencialmente feudal. Los agraciados recibían en depósito un número más o menos grande de servidores, que quedaban bajo su guarda, a condición de que ellos mismos continuarían combatiendo en la conquista del país". En consecuencia, no es casualidad que se designara a los encomenderos con el nombre de "feudatarios" o "comendadores", dado su privilegio a percibir una renta. ¹

Hacia 1630, el Licenciado Francisco de Barreda definía la encomienda como:

"Un contrato que hace el rey con el encomendero, que obliga a ambos contrayentes: al rey a que ceda al encomendero la percepción de los tributos; al encomendero, a que instruya al indio, que recibe debajo de su amparo en ambas prudencias, divina y humana". (Apud Jara, 1981:22)

Sin embargo, aunque la institución fue concebida con el ánimo de reducir a los indígenas a la "verdadera fé", al mismo tiempo que como fuente de entradas económicas, las múltiples evidencias indican que el beneficio económico sobrepasó el ideal religioso, convirtiéndose en una fuente riquísima de abastecimiento de mano de obra y de tributos, a la cual los españoles recurrieron compulsivamente, hasta agotarla.

La zona central de Chile sufrió esta realidad con más fuerza que ninguna otra:

"Allí sentó sus reales el Adelantado don Diego de Almagro y llevó consigo gran número de sus habitantes; sostuvo la guerra con los primeros años de la conquista; suministró trabajadores para las minas de Quillota y más tarde soldados para la guerra de Arauco". (Thayer Ojeda, 1917: 122).

Si consideramos que la población indígena original de la jurisdicción de Santiago, esto es, del Choapa al Maule, se estima en unos 80.000 habitantes (cf. *ibid*:119), las evidencias documentales muestran una decadencia extraordinariamente rápida. Sin embargo, el cálculo de la población puede considerarse algo exagerado, a la luz de los primeros datos que se registraron en la zona central de Chile, y que don Tomás Thayer no pudo conocer. Se trata por supuesto de Gerónimo de Bibar (1558) quien, a propósito del levantamiento indígena que se tradujo en el asalto e incendio de la ciudad de Santiago -el domingo 11 de Septiembre de 1541- consignó de esta manera los preparativos indígenas:

"Para efectuarlo concertaron que se ayuntasen por provincias y que se diesen avisos a los que convenía darse. Fueron luego ayuntados diez mil indios en el valle de Aconcagua del mismo valle y de los más cercanos a la voz del cacique Michimalongo así mismo por parte del cacique Quilicanta. Ayuntáronse más todos los indios del valle de Mapocho y otros que llaman los Picones (...), que eran diez y seis mil indios".

(Bibar, 1966:50)

Estos 16.000 "indios de guerra" pertenecían al área comprendida entre el Aconcagua y el Maule. El propio Bibar (1966:138) ubica el territorio de los picones (del viento sur) o "pomaucaes" ² (lobos monteses), nombre que recibieron

de los Incas, entre Angostura de Maipo y el río Maule.

La extrema diferencia de potencial bélico entre ambos bandos queda de manifiesto en el recuento de las bajas del asalto a Santiago: "En esta batalla murieron ochocientos indios, y los indios mataron dos españoles y catorce caballos." (ibid:56).

Cuatro años después de este suceso, en 1545, Pedro de Valdivia manifestaba que "habrá agora quince mil indios, porque de la guerra, hambre y malas venturas se han muerto y faltan más de otros tantos" (Apud Thayer, 1917:114). Posteriormente, en el proceso que se le sigue el año 1548, Valdivia declaraba que "en la visita jeneral de los indios de Santiago, desde Choapa al Maule no se hallaron doce mil." (ibid:115).

Hacia mediados del siglo XVI, la situación era dramática. Según Gerónimo de Bibar, (1966:37), para esta fecha el otrora densamente poblado valle de Aconcagua, "tiene pocos indios, que no pasan de mil y quinientos. Solía haber mucha gente".

La crítica escasez de indígenas en la zona central, que iba en perjuicio directo de los encomenderos, al disminuir la mano de obra disponible, motivó la petición del Procurador y del Cabildo de Santiago a Valdivia en Julio de 1546 para reducir

"El número de los encomenderos de la ciudad a la mitad, o con más exactitud a treinta y dos, atendiendo a que no les tocaba arriba de ciento y cincuenta y aun sólo treinta indios a algunos" (Apud Thayer, 1917:115).

"Viendo el general que había hecho muchos vecinos en la ciudad de Santiago y que los indios

eran pocos, y que eran gran trabajo estar repartidos en sesenta vecinos, acordó por el bien de los naturales desmenuyllos en menos, e hizo treinta vecinos".

(Gerónimo de Bibar, 1966:100)

Otro factor importante de alteración fue la desnaturalización de los indígenas. Este fenómeno tuvo su origen, entre otros, en el carácter temporal de la encomienda (dos vidas o generaciones), lo que se tradujo inevitablemente en el traslado de los indígenas a las tierras de su nuevo encomendero. Sin embargo,

"En Chile, la majestad de Felipe IV autorizó (...) para que, mediante ciertas contribuciones de dinero, pudieran las encomiendas ser prorrogadas por una tercera vida. Los reyes hicieron además concesiones especiales a los principales encomenderos por una cuarta y hasta por una quinta vida; y, a su vez, los gobernantes se arrogaron la facultad de aumentar nuevas vidas a las familias ricas, aunque esta ampliación era por tiempo determinado, mientras resolvía el soberano". (Amunátegui, 1909, I:74).

Así, "se explica que las encomiendas más importantes permanecieran en nuestro país en manos de una misma familia, hasta la completa extinción de los naturales, o bien, hasta la abolición de las encomiendas por el rey". (ibid:75-76).

En Chile central, este fue el caso Pullalli, La Ligua, Purutún, Talagante, Puangue, Pico, Chiñigue, Angostura de Paine y Codao (loc.cit.).

El 4 de Diciembre de 1528, el Emperador Carlos V firmó numerosas ordenanzas para el buen tratamiento de los

indígenas, prohibiendo expresamente el servicio personal, la esclavitud y el traslado, al mismo tiempo que ordenaba su adoc-trinamiento religioso. La prohibición de sacar de sus tierras a los indígenas fue completada con una real cédula firmada el año 1541, en la cual se ordenaba "que no se trasladara a los naturales, aún dentro del propio país, de tierras frías, donde hubieran nacido, a tierras calientes, ni viceversa" (ibid:136).

En parte, estas prescripciones fueron desobedeci-das desde los primeros años de la Conquista. El traslado de indígenas comenzó en la escala local, entre valles vecinos, y llegó hasta el nivel continental y transcontinental, con el aporte de esclavos africanos.

A nivel local, los documentos de la época seña-lan, por ejemplo, que con motivo de la fundación de Santiago, los grupos indígenas del valle del Mapocho fueron trasladados a Quillota y a Pico, cerca de Melipilla (cf. ibid:139). Según Tha-yer Ojeda (1917:122), en la encomienda de Valdivia habría que incluir unos 70 tributarios del pueblo de Pico ("picones"), unos 70 de Lampa y otros 70 de Puangue, todos los cuales fueron trasladados a sus tierras de Quillota, además de los mapochoes y nombrados, que serían unos 75, y los 75 tributarios del mismo valle, sumando 360. Don Tomás Thayer Ojeda sugiere que "es probable que de los ciento cincuenta tributarios por lo menos la mitad fuesen naturales del mismo valle a juzgar por el número de sus caciques: Tanjalongo, señor del valle; Chigamanga; Le-bearongo, padre de Cadquitipay; Guamicara; Atama y Tabon; Chincapillán y Colluma de Mallaca (Moyaca, en Quillota)". (ibid: 122-23).

Gerónimo de Bibar (1966:38) recoge los nombres de los señores principales de valle del Aconcagua, junto a infor-mación valiosísima respecto de la estructura político-administrati-va de estos "señoríos".

"el uno Tanjalongo, éste manda a la mitad del valle a la mar; el otro cacique se dice Michimalongo; éste manda y señorea la mitad del valle hasta la sierra. Este ha sido el más temido señor que en todos los valles se ha hallado".

En el valle del Mapocho, existieron los siguientes "caciques" y "curacas":

"Huara-Huara", que tiene sus tolderías un poco hacia el oriente (La Dehesa); Huelén Huara, que viene de orillas del cerro Huelén, en la otra ribera del río; el curaca Incagorongo del pueblo de Apochame (Los Cerrillos); Quilicanta, curaca incaico también, de Colina; Millacura, de Maipo; los caciques de Pico y Poangué; APOquindo, de las faldas cordilleranas, también curaca incaico; Guachumpilla, de Tango; el curaca Vitacura; Quiñalpangui, de Lampa, y los caciques de Talagante y Melipilla". Más al sur: "Maiponolipillán; Teno y Gualemo; Chingaymangue, Peumo y Cachapoal".

(León Echaíz, 1965, I: 13)

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA,
HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
BIBLIOTECA

Hacia 1630, en una gran hacienda del valle de La Ligua, había indígenas del sur (beliches), de Putaendo y Codegua, además de los naturales del mismo valle (cf. Silva Vargas, 1962:75). También se trasladó a la hacienda de Pullally un gran número de indígenas de La Ligua, Curimón, Apalta y Llopeo (cerca de Melipilla) (loc.cit.) Para el año 1621, los indígenas de los pueblos de Aconcagua, Curimón y Apalta se encontraban dispersos en las estancias vecinas a La Ligua, así como en las minas cercanas (ibid:76). El año 1694, los naturales del pueblo de Aconcagua fueron trasladados a Codao, en Rancagua. De acuerdo con los antecedentes recogidos por Mario Góngora (1970:53), en la estancia de Pico (Melipilla), "en 1610 viven

ahí 12 naturales de Choapa, 2 de Maipo, 1 de Santiago, 1 del Perú y 7 beliches (5 de ellos provenientes de Itata, 1 de Milla-poa, y 1 de Villarrica)".

Los indígenas de Tagua Tagua, encomendados originalmente al capitán Juan Bautista Pastene, fueron trasladados por los descendientes de éste a Peñalolén y luego a Puan-gue (cf. Amunátegui, 1909, I;143). "Los Bravo de Saravia trasladaron en el curso del siglo XVII a los indígenas de las encomiendas de doña Isabel Osorio de Cáceres (esposa de Ramiria-ñez Bravo de Savaria) a las diversas propiedades concedidas a esta señora, hasta que, por último, en el siglo XVIII quedaron concentrados en las haciendas de Pullalli e Illapel, del marqués de la Pica". (loc.cit.).

En este punto es interesante entregar alguna información más detallada, porque la actitud final de doña Isabel Osorio de Cáceres y de su hermana Mariana se consideraron excepcionales respecto del tratamiento del indígena, y porque dan origen a dos asentamientos cuya importancia estuvo vigente hasta tiempos tardíos.

Doña Isabel disfrutó de las encomiendas de Curimón, Apalta y Llopeo, heredadas de su padre, don Diego García de Cáceres, a quien Valdivia distinguió especialmente, nombrándolo su capitán de justicia, administrador y albacea.

En 1599 consiguió por sí misma la merced de tres estancias: Pullalli, Los Flacos, Illapel y Pama. Para hacerlas producir, la única encomienda cercana que pudo obtener estaba en La Ligua, con 12 tributarios. Debió pues trasladar sus indígenas encomendados del valle de Aconcagua. Las tres estancias alcanzaron en poco tiempo un formidable desarrollo, testimonio suficiente de la capacidad empresarial de doña Isabel. Sin embargo, al morir en 1620, quedó de manifiesto otra cualidad extraordinaria de su carácter, al legar a sus indígenas encomen-

dados de Curimón y Apalta la viña y casa de Curimón :
"para que los susodichos la hayan y gocen,
y tengan beneficio, reparada de todo lo neces-
ario, perpetuamente, con sus vasijas y enseres,
sin poder vender y enajenarla". (Apud Larraín,
1952: 112-113).

Además, dejó encargado a su hijo, don Jerónimo de Saravia, el cumplimiento del pago de las deudas a los indí-
genas por concepto de sus servicios en las minas, que ascendían
a 4.500 pesos, traducidos en vestuarios y misas por los falleci-
dos. (cf. Keller, 1978: 42-48).

Por otra parte, debemos recordar que la hermana
menor de doña Isabel, doña Mariana García de Cáceres, viuda
del general Alonso de Riberos, dueña de la hacienda "Viña del
Mar", en 1619 legó a sus indígenas encomendados una parte de
su estancia en Olmué, "a donde se retiraron después de su falle-
cimiento los naturales reducidos en las tierras de Peuco."³ (La-
rraín, 1946: 44-45).

"Los naturales de Colina, encomendados en 1625
a una nieta del conquistador Santiago de Azócar,
fueron instalados por ella en su hacienda de
Chiñigüe (vecina del Pueblo de Indios de Pomai-
re), donde permanecieron hasta fines del siglo
XVIII" (ibid:144). En 1680, se concedió el repar-
timiento de Loncomilla (Linares) al general Pe-
dro de Prado Lorca, quien los trasladó en 1685
a su estancia de Acuyo o Tapihue en el valle
de Casablanca (cf. de Ramón, 1960:59). Según
Cunill (1964:23), hacia 1702 "existen indios de Huasco Alto que
están encomendados en Quillota".

La Economía:

En los primeros años de la Conquista, la econo-

mía de los españoles estuvo sustentada básicamente por la minería, concentrada en los lavaderos de oro de Marga Marga, cerca de Quilpué. Los indígenas encomendados de la zona pacificada, los trasladados de otras comarcas y los cogidos como esclavos en la guerra de Arauco, debieron esforzarse para saciar la sed de oro de los conquistadores. Según Mariño de Lobera (1865:75), Rodrigo de Quiroga tenía en los lavaderos de Marga Marga, dados en dote por Pedro de Valdivia a Inés Suárez cuando la casó con Quiroga "seiscientos indios de su repartimiento, la mitad hombres, y otras tantas mujeres, todos mozos de quince a veinte y cinco años, todos los cuales se ocupaban en lavar oro ocho meses al año", esto es, durante la llamada "demora"⁴.

La intensidad del laboreo produjo una rápida prosperidad, y hubo "hombres a quien dieron sus indios trescientos mil pesos de oro fino, ultra de las demás cosas que tributaban" (loc.cit.). Sin embargo, la decadencia también fue rápida, motivada según Barros Arana (1884-85, III:164-165), por "la considerable reducción de los indios de servicio (...) y seguramente también por el agotamiento relativo de las tierras auríferas".

La Guerra:

Sin duda, la reducción de los indios de servicio se debió también, a que fueron utilizados en la guerra contra los araucanos. En 1594, Miguel de Olavarría informaba que en Santiago quedaban "4.000 indios naturales y tenía cuando se pobló más de 60.000, han venido en tanta disminución por ser los indios más trabajados que hay en aquel reino y los que más han acudido con sus personas y haciendas al sustento de la guerra y cargas de ella" (Gay, 1852, II:14).

Cuando Gerónimo de Bibar se refiere en su Crónica a las campañas de los conquistadores en la zona sur, apunta que

"Cuando los españoles entraron en esta tierra

había más de XXV mil indios y no han quedado en los términos de esta ciudad (Valdivia) ni a ellos sirven sino es 9 mil indios porque, con las guerras pasadas y también el trabajo de las minas, ha disminuido su parte" (1966:213).

Las epidemias:

Indudablemente, entre los factores que contribuyeron al exterminio de los indígenas, éste fue uno de los más dramáticos, dada la total indefensión del indígena frente a gérmenes que en ellos se expresaban con toda su virulencia.

Según Carlos Larraín (1952:103), como consecuencia de

"la terrible hambruna de 1555 y la espantosa peste de viruelas ocurrida en 1561, que hicieron estragos y diezmaron en forma pavorosa la población indígena (...) hubo pueblos y encomiendas que se redujeron a una décima parte". Para Mario Góngora (1970:3), "la tremenda caída demográfica indígena (...) se precipitará sobre todo hacia 1590, con las grandes epidemias de los años anteriores e inmediatamente posteriores a esta fecha".

En efecto, las epidemias de alfombrilla, viruelas, sarampión y lentejuela (Peste cristal) de los años 1620-1622 dieron un nuevo golpe a la población indígena de Santiago. (ibid:56).

Para el año 1595, según Mariño de Lobera (1865: 49-50) los indígenas habían disminuído tanto "que apenas llegan los deste valle (Santiago) a siete mil (...), con haber hallado en él los españoles el año de cuarenta y uno pasados de cincuenta mil, y aun los deste sitio son los mejor librados; porque los de otras partes han ido y van en mayor disminución con

nas que se resistían a someterse al conquistador". (Jara, 1981:93).

La economía colonial y la esclavitud indígena:

Desde los primeros tiempos de la conquista, la minería fue la fuente económica primordial de los españoles, quedando la agricultura como una ocupación secundaria de los indígenas encomendados. Sin embargo, para fines del siglo XVI, con la decadencia de la minería, la agricultura comenzó a tener cada más importancia. Paulatinamente se fue produciendo la sustitución de una actividad por otra, hasta llegar a convertirse los recursos agrícolas en recursos de exportación, especialmente al mercado peruano, además de abastecer al creciente ejército y población española en Chile.

En su importante obra "Guerra y Sociedad en Chile", Alvaro Jara prueba con abundantes antecedentes la "efectividad del sistema español en cuanto a obtener de los indígenas rendimientos de cierta importancia. Pero, si éstos iban en continua disminución, por diversas razones, el problema que se planteaba con verdadera premura era el de su reemplazo, pues en caso contrario sucedería con la agricultura y la ganadería lo mismo que con la minería: no habría brazos y las faenas descenderían a un nivel de indigencia" (1981:41). Según este autor, "las soluciones que buscaron los españoles fueron esencialmente prácticas. La guerra de Arauco proporcionaba un excelente campo para la obtención de los brazos que necesitaba la agricultura. En la misma medida en que los indígenas de la zona central disminuían, se tendió a reemplazarlos por otros traídos de la región sur".(loc.cit.)

Efectivamente, ya en los primeros años del siglo

XVII, "la principal presa de guerra eran los prisioneros que se ganaban en ella". (ibid:91).

La cooperación de grupos indígenas de las zonas pacificadas fue fundamental no sólo para el mantenimiento de las hostilidades, sino también en las victorias sobre los guerreros araucanos. Estos eran los llamados "indios amigos", perfectamente diferenciados de los "indios de servicio", que no participaban en las batallas, sino que se encargaban del transporte de la carga, el cuidado del ganado, buscar agua y leña, preparar la comida, trabajar el campo y como dependientes de las casas, chacras y estancias.

La participación activa de los "indios amigos" fue ampliamente reconocida y apreciada por los españoles. La referencia más interesante para nosotros es la aportada por Mariño de Lobera (1865: 112-113), respecto de una campaña organizada por el propio Valdivia al territorio de Arauco, hacia 1550. En esa oportunidad, llevaba un buen número de indígenas de la zona central, "cuyo capitán era el famoso Michimalonco, que había sido capitán general del ejército contrario a los mismos españoles antes de estar la tierra asentada, pero como había algunos años que estaba ya pacífica, servían los indios a los españoles no solamente de sacar oro y lo demás arriba dicho, sino también de coadjutores en la guerra contra los indios que estaban adelante, cosa no poco notable, mayormente siéndolo con tanta fidelidad, sin hallar jamás traición en alguno dellos". Por su parte, también González de Nájera (1889:227) describe minuciosamente la variedad e importancia de la ayuda que dispensaban los "indios amigos".

Mariño de Lobera (1865:131) menciona compañías de indios yacanocas ⁵ participando como tales en las operaciones

militares. Sin embargo, también actuaron como guerreros en las batallas, provocando sobre ellos las más sangrientas represalias de los araucanos, sobre todo cuando se trataba de yanaconas chilenos.

Un hecho que es necesario destacar es que los indígenas de la zona pacificada no sólo participaron como "amigos" o como servidores en la guerra contra los araucanos, sino que también ayudaron a su financiamiento, mediante "erogaciones y empréstitos de su propia hacienda" (Jara, 1981:102). Según Rosales (1877-78, II: 203-204), en 1580 "propuso el Gobernador a los vecinos de Santiago para obligarles a echar alguna derrama, lo cual oyó bien el Cabildo y generosamente concurrieron todos con la parte que le cupo, y asimismo los indios del partido de Santiago, que entonces había muchos muy ricos, que se servían como los del Perú con vajillas de plata, muchos criados y tenían grandes rentas de la comunidad y daban con mucho gusto las derramas que se echaban para su Majestad y su real ejército. Lo cual ya se acabo, sin que haya quedado indio que tenga semejante ostentación ni riqueza, porque demás de haberse consumido los indios, la guerra los ha igualado a todos y dejado pobres".

Diez años más tarde, el Lic. Maldonado, enviado secretamente por el virrey del Perú don García Hurtado de Mendoza para conocer la actuación del gobernador de Chile, don Alonso de Sotomayor, le informaba que "los indios de paz han sido por el dicho gobernador muy mal tratados en las derramas de oro y ganados que les han tomado y otras cosas de pertrechos, caballos y bastimentos que les han echado y llevándoles las personas a las poblaciones de los fuertes, donde por el mucho trabajo que les han dado

se han muerto y consumido muchos indios y los que han quedado están muy pobres y disipados y con tanta carga de trabajos que de ordinario les ponen con camaricos⁶ y otras cosas, que no lo pueden llevar y así se consumen". (Información y Comisión de don García Hurtado de Mendoza, virrey del Perú, al Lic. Maldonado para que averigüe con secreto cómo procede don A. de Sotomayor en el gobierno de Chile, 30/IV/1590. Col. Manuscs. Gay-Morla, t.101: 156-240, Apud Jara, 1981:103).

La gran sublevación araucana de fines del siglo XVI, que dejó reducido al Reino de Chile a su mínima expresión, reflejó el fracaso del sistema bélico señorial y privado, haciendo imprescindible la ayuda del Estado para mantener el ritmo de la guerra. Sin duda, el grave error táctico que significaba la excesiva dilatación de la conquista con hueste tan reducida, y que al final resultó fatal para el propio Valdivia y muchos de sus compañeros, así como para innumerables "indios amigos", sólo se explica por las ambiciones señoriales de los españoles, porque "más que un problema territorial era un problema de abarcar hombres, indígenas" (Jara, 1981:20).

El siglo XVII trajo cambios radicales en el ejército español, que se tradujeron en una mayor efectividad en su tarea de cazar esclavos, "el mejor negocio complementario a que podían aspirar los soldados que combatían en Arauco", tal como se concluye del análisis realizado por Alvaro Jara en el capítulo sobre "La maloca, el estilo guerrero del siglo XVII" (1981: 144-150).

La esclavitud fue legalizada por la monarquía el año 1608, fuertemente presionada por los interesados, quienes esgrimieron todo tipo de argumentos para darle un marco legal y moral algo que estaban practicando desde hacía mucho tiempo. (cf. Jara, 1981, IX "La justificación doctrinal de la esclavitud de los indios", 186-230). En realidad, la real cédula sólo vino

a legitimizar una situación del hecho, permitiendo su ejercicio con plena libertad de conciencia. González de Nájera definía a los esclavos como aquellos "tomados prisioneros en la guerra, que sirven a nuestros españoles en la cultura y labor del campo y en otros oficios, en que como a tales esclavos los emplean" (1889:253).

Alvaro Jara (1981:186-280) entrega abundantes pruebas documentales de la esclavitud, la desnaturalización de los indígenas y su asentamiento en los términos de Santiago y La Serena antes de la cédula de 1608. Para los fines del presente trabajo, algunos de estos antecedentes son muy valiosos. En un documento de 1600, Domingo de Erazo llamaba la atención sobre el peligro que representaba para la seguridad de la población de Santiago la presencia de tantos indígenas desterrados, y no habiendo "en la dicha ciudad treinta hombres de provecho que puedan subir a caballo para la defensa de ella ni veinte arcabuces y están siendo más de tres mil los indios veliches de su comarca repartidos en las estancias, chacras y haciendas y en el servicio de las casas, los cuales y los propios naturales tiene hechas las ceremonias y visto ordinarios de alzamiento para asolar la dicha ciudad". (Apud Jara, 1981:180).

González de Nájera coincide con esta apreciación, al considerar "los muchos esclavos de que está poblada toda la jurisdicción de la ciudad (Santiago), especialmente en el muy fértil valle que llaman de Quillota, donde en las haciendas, alquerías o cortijos y otras rústicas casas de campaña de los españoles, vecinos y moradores de la ciudad, hay muchos indios esclavos traídos de la guerra, mezclados entre los de paz encomendados, que en la voluntad que nos tienen, son todos unos y de un mismo ánimo para lo que

es desear victoria a los suyos... pues della se les ha de seguir su libertad, porque todos asisten en continua servidumbre de los ciudadanos" (1889:81-82).

Otro testimonio que avala lo expuesto es el aportado por el oidor Celada, quien describe hacia 1610, la disminución de los indios de paz de Santiago, indicando que sus pueblos estaban abandonados y sus habitantes trasladados a las haciendas entre 40 y 100 tributarios, "y se han apurado y consumido de modo que no han quedado en todo el distrito de esta ciudad dos mil ochocientos indios tributarios y de estos mas de los mil son Aucaes cojidos en la guerra" (Carta del Dr. Gabriel de Celada, de 6/I/1610. Gay, 1852, Documentos, II:197).

A fines de 1609, la Real Audiencia de Santiago definía 8 categorías de indígenas, lo que nos permite reconstruir la composición étnica de la población indígena a comienzos del siglo XVII; aunque desconocemos las proporciones:

1. "naturales de los términos y ciudades de Santiago y de otras de paz";
2. "guarpes de la provincia de Cuyo";
3. los "que se han desmembrado de sus repartimientos";
4. los "tomados en la guerra, en tiempo del señor gobernador Rodrigo de Quiroga, a los cuales S.M. por una real cédula mandó que como indios mitimaes ⁷ sirviesen por diez años";
5. los "que en tiempo de señor gobernador Alonso de Rivera se tomaron en la guerra a los que se dio por esclavos por pregon público" (antes de 1608);
6. los "tomados en la guerra en tiempo del señor gobernador presidente (A. García Ramón, que firma el acuerdo), a los cuales por una real cédula de S.M. se dan por esclavos";
7. los "indios beliches en grande cantidad, que se han bajado

- de las ciudades asoladas de arriba; y
8. los "indios que se han bajado de la ciudad de Chiloé a esta de Santiago que goza de mayor paz". (Apud Jara, 1981:183-184).

De acuerdo con estos y otros antecedentes, resulta evidente que el traslado de los indígenas del sur a las zonas central y norte tuvo una magnitud bastante apreciable, al punto de considerar, ya en 1589, como pertenecientes a las ciudades de La Serena y Santiago a grupos de indios "beliches" (cf. Jara, 1981:157).

De los registros revisados por Rolando Mellafe (1959) en el Archivo de Escribanos de Santiago, correspondientes a los años 1565, 1585, 1595, 1605 y 1615, se desprende que en esos cinco años seleccionados había asentados en Santiago 225 indígenas, de los cuales "sólo 39 (hombres y mujeres) eran oriundos de esta ciudad y sus términos; 111, de otras regiones del país, y 75, de otros reinos vecinos, incluyendo entre estos últimos los provenientes de la provincia de Cuyo" (1959:142).

De los 150 indígenas del Reino de Chile, 16 provenían del norte, es decir, de La Serena, Coquimbo, Huasco y Aconcagua. Otros 45 eran naturales del partido de Santiago, Talagante y Lampa. De la zona sur, se registraron 51 naturales, provenientes principalmente de Maule, Putagán, Chillán, Concepción, La Imperial, Villarrica, Arauco, Valdivia y Chiloé. Del total de indígenas del Reino de Chile, 38 no especificaron su procedencia. (ibid:143).

De los 75 indígenas de otros reinos asentados por esos años en Santiago, la mayoría eran Huarpes de Cuyo (29) y Juríes de la provincia de Tucumán (24); 13 fueron traídos del Perú; 4 del distrito de Audiencia de Las Charcas, después Alto Perú; 3 del Paraguay; 1 de Quito, y 1 de Panamá (loc.cit.)

Es posible afirmar, que ya en la segunda mitad del siglo XVI, y comienzos del XVII, sólo un 20% de los indígenas asentados en Santiago era originario de esta ciudad, lo que muestra la disminución de la población local, al mismo tiempo que "un movimiento migratorio de gran envergadura, especialmente si se piensa que estas cifras son sólo una parte de la realidad, más aún, una parte de las soluciones parciales a la demanda de mano de obra" (ibid:144).

En esta parte debemos recordar que la esclavitud legalizada tuvo un primer período muy corto, entre 1608 y 1612, al que le siguieron los quince años de la llamada "guerra defensiva", que suspendía la cédula que daba por esclavos a los indios. Sin embargo, el reglamento de la guerra defensiva permitía hacer esclavos a los indios que pasaran la línea fronteriza defensiva del río con armas y con intenciones bélicas. No es de extrañar que los españoles aprovecharan esta oportunidad para provocar a los indígenas y declarar esclavos a los que se defendían (cf. ibid:125). Se desprende, además, de la historia de este período que ilegalmente se maloqueaba a los indios y se les traía de contrabando hacia Santiago y el Perú.

Aunque hubo serias restricciones de la corona a esta práctica, eran constantemente burladas, hasta que en 1621, con la vuelta del padre Luis de Valdivia a España, el más tenaz defensor de los derechos indígenas, se consideró abolido el sistema de guerra defensiva, volviendo abiertamente a la antigua costumbre legalizada en 1608. "No tardó un nuevo reconocimiento legal de la esclavitud por una real cédula fechada en Aranjuez, el 13 de Abril de 1625" (loc. cit.). Dos años después se proclama nuevamente en Chile la guerra total, resurgiendo en gran escala la esclavitud indígena que caracteriza al siglo XVII (cf. Jara, 1981:236).

La importación de esclavos:

Tal como se puede apreciar en los antecedentes

expuestos, la "solución nacional" al problema de la mano de obra "no fué una fuente única y excluyente de otras soluciones parciales" (ibid:42).

En efecto, la importación de indígenas en calidad de esclavos se realizó en escala apreciable, y afectó principalmente a los Huarpes de la provincia de Cuyo. Este fenómeno ha sido ampliamente estudiado por Alvaro Jara en su obra "Importación de trabajadores indígenas en el siglo XVII" (1956).

Sin embargo, ya en el siglo XVI, el capitán Pedro Lisperguer había establecido "a los puelches, o patagones septentrionales, de su encomienda, en las de Putagán y Cauquenes, de este lado de la cordillera. Más tarde, todos estos indígenas, tanto los puelches como los de Putagán y Cauquenes, fueron transplantados en la estancia de Peñaflor, donde se conservaban sus descendientes al empezar el siglo XVIII" (Amunátegui, 1909, I;143). Este mismo importante personaje de la Colonia, abuelo de "La Quintrala", llegó incluso a maloquear indígenas al Chaco, según consta en los relatos de misioneros jesuitas, reunidos por Furlong (1938), en su obra "Entre los Abipones del Chaco" (Comunicación personal de don Alberto Medina).

La importancia de los Huarpes de Cuyo como aporte al complejo cuadro étnico de la zona central, se debió en buena parte a que la trata de esclavos fue para los colonos españoles de la provincia la más provechosa fuente de entradas económicas, tal como se desprende de la petición que realizaron en 1613, para "que no se impida el sacar las mitas⁸ de indios a la ciudad de Santiago, como se ha acostumbrado siempre desde que se pobló, porque en ello se ha sustentado y sustenta esta ciudad (Mendoza), vecinos y moradores de ella, siendo como es en pro y utilidad de la ciudad de Santiago, cabeza de esta gobernación, y de los naturales de esta provincia, porque de lo procedido de

ella se les da doctrina y se visten los dichos indios y ser como es esta provincia muy pobre, por no correr plata ni oro en ella, ni otro género de mercadería y si se le pusiese estanco en lo susodicho sería causa de que se despoblase esta ciudad, por no poder sustentar en ella" (Apud Jara, 1956:185).

Hacia 1614, había en Santiago 501 Huarpes de Cuyo, 481 beliches, 225 de los Juríes, Tucumán y Paraguay, así como quechuas del mismo Cuzco (Vásquez de Espinoza, 1848: 680). Según Alvaro Jara (1956 :194), los antecedentes recopilados permiten postular que "los juríes deben haber representado en Santiago un número más o menos respetable", al punto que hacia 1626 el Cabildo de Santiago "cometió al señor depositario general el hacer padrón de todos los cuzcos y juríes que hay en esta ciudad".

Aunque la Tasa Real de 1625 prohibió nuevamente las "Mitas" se indios huarpes para servir en Santiago, "hasta 1630 hay constancia en las Actas del Cabildo de Santiago que los huarpes se seguían trayendo casi anualmente para las obras públicas de la ciudad. En 1624 el permiso del gobernador era por cien indios, en 1629 era un indio por cada encomendero, para la obra del tajamar, y en 1630 se hablaba de treinta indios" (ibid:195). Al respecto, es interesante revisar la obra de Juan Espejo (1954, I: 59-62), quien consigna toda la documentación contenida en las Actas del Cabildo de Santiago sobre traslado de Huarpes a Santiago, entre 1622 y 1630.

Evidentemente, la decadencia demográfica indígena fue bastante rápida, y se verifica hacia fines del siglo XVII, haciendo necesaria la importación masiva de esclavos negros del Africa (cf. Jara, 1956:212). Así, aunque numéricamente los Huarpes de Cuyo fueron el aporte más importante al proceso de transformación de la estructura étnica de la zona central

de Chile , no fueron suficientes, y debieron traerse brazos de otras partes de América y, especialmente, del continente africano.

Los negros:

La importancia de esta solución al problema de la escasez de mano de obra indígena, que gravitó profundamente en la vida colonial del reino de Chile, está demostrada en la monografía de Rolando Mellafe "La introducción de la esclavitud negra en Chile" (1959).

Desde luego, debemos recordar que en la empresa de don Pedro de Valdivia venían 154 españoles, 300 yanaconas y 10 negros, de manera que su presencia acompañó al español desde los primeros años de la Conquista, apareciendo "como uno de los rasgos característicos del sentido señorial de los que la realizaron" (Mellafe, 1959:48). Según el autor citado, "casi todos los conquistadores que figuraron señaladamente en las crónicas y documentos chilenos de los primeros decenios, fueron poseedores de esclavos negros" (ibid:49).

Sin embargo, muy pronto se hizo necesaria su importación sistemática para el trabajo de las minas, como una solución parcial al problema de la escasez de mano de obra indígena.

En 1598, el procurador Domingo de Erazo presenta al Consejo de Indias los argumentos que apoyan la internación de negros esclavos al Reino de Chile:

"Item, sería de grandísimo interés y importancia llevar de Angola alguna cantidad de negros por el Río de la Plata, que hay mucha comodidad para ello y valen de 20 a 30 cruzados y llevando de acá los géneros de ropa con que se resca-

tan, salen de doce a catorce ducados, y demás de valer en Chile a 300 pesos oro, poblándolos en La Serena y Santiago, en nombre de S.M., sacarían en todo el año y metales de cobre y plomo y otros materiales de mucho aprovechamiento. Lo cual es imposible de hacer sin este medio porque la guerra y el tiempo han acabado los naturales de Chile y hay muy pocos dellos y cada día seran menos" (en *ibid*:147).

Las peticiones continúan a lo largo de toda la primera mitad del siglo XVII. En todas ellas se habla del trabajo de las minas, de la escasez de mano de obra y de la pobreza de los vecinos de Chile. Con motivo de la ordenanza dictada por el oidor licenciado Laya Bolivar durante su visita al distrito minero de Colliguay (cabecera del río Puangue), hacia 1690, se comprueba que "la mano de obra más importante (...) corresponde a negros y mulatos esclavos" (Carmagnani, 1962:154).

Dada su condición de esclavos, al principio estuvieron en una situación mucho peor que los indígenas encomendados. En 1565, Gonzalo de los Ríos tenía una cuadrilla de negros que trabajaban en sus minas todo el año, mientras que sus indígenas lo hacían sólo durante los meses de la demora (cf. Mellafe, 1959:151)

Por otra parte, aunque fueron destinados preferentemente al trabajo de las minas, "en la práctica se dispersaban por toda la gama de la actividad productora" (*ibid*:146).

Basado en los registros del Archivo de Escribanos de Santiago, Mellafe (*ibid*:196) calcula en 3000 el mínimo de esclavos africanos vendidos en Santiago entre 1550 y 1615. De los años seleccionados y revisados por el autor citado, sólo tres daban cifras completas e significativas. En 1565, se registran 18 esclavos negros, de los cuales 7 fueron traídos de diversos

territorios africanos (tierra Gelofe, Berberí, Cafre, Novo y Mozambique); 10 eran criollos, de los cuales 7 habían nacido en Chile, 2 en Perú y 1 en España. En 1605 se registran 14 esclavos, 9 de los cuales provenían de Angola, y 2 criollos del Perú. El año 1615 muestra un notable incremento en la importación de esclavos, con un total de 83. De éstos, 146 eran "bozales", es decir, recién llegados de Africa, la mayoría de Angola. Sólo uno, originario del Congo, fue traído desde el Perú. Otros 18 eran criollos de diferentes reinos, de los cuales 10 habían nacido en Chile. (cf. *ibid*:199, 200, 201).

Evolución demográfica del Reino de Chile:

En esta parte, es de interés presentar un cuadro general de la población del Reino de Chile entre los años 1540 y 1620, construido por Rolando Mellafe sobre la base de las fuentes más dignas (*ibid*:226);

Año	españoles	negros y mestizos	indios de paz	encomenados y otros	indios rebelados	Total
	europesos mestizos blancos					
1540	154	10			1.000.000	1.000.164
1570	7.000	7.000	450.000		150.000	624.000
1590	9.000	16.000	420.000		120.000	582.000
1600	10.000	19.000	230.000		270.000	549.000
1620	15.000	22.000	230.000		250.000	557.000

Es evidente que al culminar el siglo XVI, la población indígena ha sufrido fuertemente el fenómeno de la Conquista, con todos los factores analizados anteriormente, pero, al mismo tiempo, es muy notable el aumento de los dos sectores mestizos (con sangre indígena y con sangre negra).

Hacia 1600, los indígenas de paz, es decir, la mano de obra, han disminuído en forma extraordinaria, mientras aumentan los indígenas rebelados, debido al alzamiento general

iniciado en 1598. Ante esta difícil situación, los españoles incrementaron la importación de esclavos negros y el traslado de los indígenas cogidos en la guerra de Arauco. Hacia 1620, aunque se mantiene la cifra de los indígenas de paz, su población real ha disminuído mucho, dado que se incluyen entre esos 230.000 indígenas los traídos del sur, así como los importados de los reinos periféricos. Se aprecia también un gran incremento de los mestizos blancos con predominio cultural indígena, y en menor grado los negros y mestizos de color.

La zona central:

En cuanto a la zona central de Chile en particular, un documento de 1613 anota la presencia de 1717 españoles y criollos, 8.600 indígenas y 300 negros en la jurisdicción de Santiago (cf. *ibid*:2210.) Según Ponce de León (1954:136), en el libro parroquial de Quillota, entre los años 1640 y 1800, es posible verificar la abrupta disminución de la población negra a partir del decenio 1661-1670, al mismo tiempo que aumenta el porcentaje relativo de mulatos. La población indígena por su parte, se mantiene dominante hasta el decenio 1671-1680, con un 55% del total, pero hacia fines del siglo XVII comienza a ser desplazada gradualmente por la población europea. En todo caso, es claro que, a medida que pasa el tiempo, la población clasificada como española y criolla, que hacia fines del siglo XVIII constituye el 90% del total, está fuertemente mestizada.

Mestizaje:

Sin duda, el fenómeno de mestizaje -que podríamos llamar "multiétnico"- fue uno de los factores más importantes en la decadencia de la población indígena original. Un testimonio de comienzos del siglo XVIII es concluyente: "sacan los indios de sus pueblos, los tratan tal y usando para sus torpezas de las indias, nacen mestizos y se acaban los indios" (Apud

Cunill, 1964:23).

La mezcla no es sólo racial, sino también cultural, de donde nacen las costumbres y tradiciones refundidas que identifican a una nueva población, heredera de múltiples fuentes de origen.

Los "pueblos de indios":

Al llegar Almagro al "valle de Chile", encontró rancheríos indígenas compuestos de diez a quince chozas, el más importante de los cuales era el de "Canconcagua" (cf. Silva Vargas, 1962:30). Este antiguo asentamiento indígena dió su nombre al valle, que fue llamado "valle de Chile" o "de Quillota" por los cronistas. Estos recogen muchas variantes del nombre original ("Concunicagua", "Conconcagua", "Cuncancagua", "Concagua", según Keller, 1959:114).

Sin embargo, la primera referencia al nombre del valle es del propio Valdivia, en su famosa carta a Carlos V, escrita en La Serena el 4 de Septiembre de 1545. En ella, entrega el topónimo "Canconcagua". (Gay, 1846:52).

Por su parte, Gerónimo de Bibar (1558) consigna reiteradamente uno distinto: ANCONCAGUA⁹. Su traducción en quechua sería "mirador blanco" (Carlos Duque, comunc.pers.) Por otra parte, es curioso que la primera referencia de Bibar al nombre del valle sea otra, que no se repite después: Acocanga (1966:33).

Según Astaburuaga (1899: 4 y 566), el "pueblo de indios" de Aconcagua estaba ubicado unos 5 km al poniente de la actual ciudad de Los Andes, y fue durante un tiempo el asiento de una guarnición española, hasta la fundación de la villa de "San Felipe el Real" en 1740, fecha desde la cual se conoce como "Plaza Vieja".

Es necesario advertir que la denominación "pueblo de indios", aplicada a los asentamientos originales, es claramente equívoca, ya que no pasaban de ser rancheríos dispersos. Los verdaderos "pueblos de indios" fueron creados por los españoles con el objeto de concentrar los recursos de mano de obra y tributos.

Según los antecedentes recogidos por Thayer Ojeda (1917:223), en la "provincia de los picones", esto es, en la zona de Melipilla, en la época de Almagro habría quince a veinte "pueblos" de diez casas cada uno, mientras en Talagante eran seis: "Camblanque, Reñaca, Ranquigua, Quito y Quinguangue, y en ellos vivían sólo 70 a 80 tributarios".

Por lo demás, ya don Ricardo Latcham (1928:137) hacía saber que los llamados "pueblos de indios" sólo "eran pequeños grupos de ranchos dispersos, uno a vista de otro, a la orilla de algún curso de agua corriente o a poca distancia de él. Raras veces pasaban de diez a doce habitaciones en un solo lugar y las más importantes no contaban con más de veinte o treinta". Por otra parte, explica que estos ranchos rectangulares eran construídos de "quincha", es decir, con las paredes formadas por enramados que podían estar revestidos con barro en uno o ambos lados. El techo se construía con totora, teatina o junco (ibid:138). Este tipo de asentamiento disperso fue claramente descrito por Mariño de Lobera (1865:45) cuando menciona que cada familia se instalaba "en el sitio que mejor le parecía para tener su sementera y ganado. Y así no tenían más comunicación unos con otros, ultra de la de cierto día señalado, en que se juntaban como a ferias, en un lugar diputado para ello".

En la zona central, el valle de Aconcagua presentaba las mejores condiciones para el asentamiento humano estable. Gerónimo de Bibar lo describía en los siguientes términos:

...

"es mejor y más abundoso que todos los pasados; tiene tres leguas de ancho por las más partes y por otras partes poco menos. Tiene de la sierra a la mar xx leguas; tiene ovejas y mucho maíz y algarrobales. Corre por este valle un río caudaloso; tienen sacado los naturales xx y dos acequias grandes para regar todas las tierras que cultivan y siembran..."(1966:37)

La riqueza de estos terrenos contrasta con la mala calidad de las zonas circundantes, especialmente hacia la costa. Al respecto hay una información muy interesante en un documento del año 1579, que consigna la venta de unas tierras en el valle de "Queupoa" (Quilpué), pertenecientes a Cadquitipay, cacique principal de la encomienda de Quillota. Un declarante afirmaba que en esas tierras

"jamás han querido cultivar en tiempo de que avía gran suma de jente en este Reyno, sino que en aquel sitio-bibian los goanaqueros por ser tan malas tierras i de otro provecho ninguno". (Apud Silva Vargas, 1962:215-224).

Coincidiendo con esta información, don Carlos Keller (1959:122) afirmaba que "grandes sectores de la Cordillera de la Costa, sobre todo en la zona de Casablanca, carecían totalmente de población".

De los antecedentes revisados anteriormente se desprende que los pueblos de indios debían sucumbir rápidamente. Según Vásquez de Espinoza (1948:68 y ss.), hacia fines de 1613 había en Santiago 48 pueblos que sumaban una población de 2.345 indígenas. De ellos, solamente 696 vivían en sus pueblos, el resto estaba viviendo en chacras y estancias de los españoles, o trabajando libremente.

Finalmente, hacia mediados del siglo XVII se establece el "pleno triunfo de la estancia sobre el pueblo" (Góngora, 1970:3). Las buenas intenciones de la monarquía respecto a mantener o crear pueblos de indios, mediante la entrega de terrenos individuales y comunales, se vieron enfrentadas a la institución básica de la vida indiana: la encomienda. El traslado de los indígenas, debido al pago de su tributo en la forma de servicio personal, sujetó cada vez más a los indígenas a las estancias de los encomenderos, abandonando paulatinamente sus propiedades, fenómeno que culminó hacia el primer decenio del siglo XVIII (cf. Silva Varas, 1962:205).

Los deseos de la corona de proteger los pueblos de indios se concretaron en las mensuras de Ginés de Lillo (1602-1605) -quien delimitó algunos de ellos de acuerdo al número de sus habitantes-, y en la ordenanza dictada por la Real Audiencia en 1642, pero en la práctica su eficacia fue muy relativa y en todo caso efímera (cf. Silva Vargas, 1962:205-206). En 1636, con la dictación de la Tasa de Laso de la Vega, se pretendía impedir que el indígena quedara sujeto a las estancias, fijando un tributo líquido, pagadero en dinero o especies, pero tampoco surtió el efecto deseado, dado que, de acuerdo con los estudios de Mario Góngora (1959:28), "sigue existiendo una 'política de encomiendas' al menos hasta los tiempos de Ibáñez de Peralta, a comienzos del siglo XVIII".

Durante la primera mitad del siglo XVII, los pueblos del valle de Aconcagua eran: "Quillota y Mallaca en la doctrina de Quillota; Curimón, Aconcagua, Putaendo y Apalta en la doctrina de Aconcagua" (Silva Varas, 1962:117). Hacia fines del mismo siglo, "los pueblos de naturales habían prácticamente desaparecido, y los indios se habían radicado en las haciendas y estancias de sus encomenderos". (Carmagnani, 1962:154).

Los indígenas de la zona de Casablanca no tuvieron mejor suerte. Ya se habían extinguido hacia 1753, época

de la fundación de la villa "Santa Bárbara de Casablanca", en tierras del valle de Acuyo, que don Pedro de Prado y Carrera había cedido a los naturales de su encomienda, a cambio de la que éstos gozaban en Tapihue. (Apud Silva Vargas, 1962:151).

Volviendo al valle de Aconcagua, en sus "Apuntes para la crónica del siglo XVIII en Chile", don José Toribio Medina (1952:362) afirma que hacia 1778 "en Curimón del Marqués de Pica, había apenas dos familias, y en la encomienda de Llay-Llay de don Alondo Prado, 9 indios. En la estancia de Illapel del Marqués de la Pica, no alcanzaban a 50; en la del Ingeniero de La Ligua, no llegaban a 40; en Pullally, también del Marqués de la Pica, existían como 80; en la estancia de Valle Hermoso... unos 30. En Purutún (cerca de Calera)... no alcanzaban a 50; en la estancia de Ránquil, también de la jurisdicción de Quillota... había 20".

El "Documento sobre pueblos de indios en el obispado de Santiago en 1795" (Cunill, 1955:16-22), muestra la presencia de los pueblos existentes desde el partido de Copiapó hasta el partido de Maule. En el partido de Quillota, existían: el pueblo de Valle Hermoso, la Hacienda del Ingenio, el pueblo de La Palma, el pueblo de Agua Clara, el pueblo de Puregue y el pueblo de Pullally, los que reunían una población total de 930 indígenas. En el partido de Aconcagua, el único pueblo, Curimón, reunía sólo 55 indígenas.

Lo interesante de este documento respecto de nuestra zona, es que indica la supervivencia de una comunidad que tuvo gran preponderancia demográfica desde el siglo XVI, como es el caso de Curimón. Aunque fue muy afectado por el proceso global que analizamos en este capítulo, lo que se aprecia en el escaso número de sus habitantes, con la abolición definitiva de la encomienda, el año 1789, tuvo un transitorio crecimiento debido a las nuevas mensuras de tierras y el asentamiento en ellas de los indígenas dispersos en las comarcas cer-

canas. Este crecimiento se tradujo también en la formación de nuevos pueblos, como es el caso de Valle Hermoso (cf. Cunill, 1955:16).

La historia de Valle Hermoso comienza con la abolición de las encomiendas por el Gobernador de Chile, don Ambrosio O'Higgins, mediante un edicto de 7 de Febrero de 1789, luego de la visita al norte del territorio:

"Tuve mucho cuidado de instruirme acerca de este interesante asunto, vi por mí mismo las quejas y recursos de los miserables indios oprimidos (...) y de todo esto el resultado fue siempre que lo que se llamaba encomienda en estas partes no era (...) sino un número de infelices que trabajaban todo el año sin intermisión en las minas, en los obrajes, en la labranza de los campos y en todo lo que era de la comodidad y ventaja de éstos (los encomenderos) que llaman sus amos para que nada faltara a la esclavitud"

(Apud Larraín, 1952:129)

El resultado de esta visita fue la abolición del servicio personal en quince encomiendas y la orden de que los indígenas incorporados a las haciendas como peones fueran establecidos en terrenos propios, restituyendo así el concepto de "pueblo de indios".

Don José Santiago de Irarrázaval, cuarto marqués de la Pica, había heredado las encomiendas de Curimón, Huechuraba, Huechún, Apalta y Llopeo, cuyos indígenas estaban asentados en Pullally desde hacía mucho tiempo, concedidas en quinta vida por el Rey, a cambio de 15.000 reales de vellón y la renta de la encomienda durante dos años (ibid:124). El año 1789, la matrícula de los indígenas que debían trasladarse especifica que los de Pullally eran 277. El marqués decidió establecerlos

en las haciendas vecinas de Vallehermoso y Varas, que había comprado el año 1788. En la práctica, seguían sirviendo al encomendero, pero ya no como esclavos.

Sin embargo, la ambición de los hacendados vecinos sobre las tierras de los indios, sumada al proceso mismo de mestizaje, abortaron en corto tiempo este renacimiento de los "pueblos de indios". Algunos desaparecieron, absorbidos por las ciudades cercanas, aunque conservaron el topónimo "pueblo de indios", como ocurrió con La Palma, junto a Quillota, y Tagua-Tagua, del cual se conserva incluso el cementerio. La mayor parte se desintegró totalmente, como es el caso de Pullalli, Agua Clara y Puregue, debido a la asimilación de sus indígenas al inquilinaje local (cf. *ibid*:17).

Valparaíso:¹⁰

El territorio de la bahía (desde la punta de Concón hasta Punta Angeles) era llamado Aliamapu o "tierra quemada", y estaba habitado por "esa raza especial de aborígenes que conserva todavía su tipo, su nombre y hasta su humilde ejercicio de la mar: los antiguos changos" (Vicuña Mackenna, 1869, I:6). Estos indígenas "tenían sus chozas diseminadas por las quebradas, aprovechando el riego en sus sembradíos de maíz y se dedicaban a la pesca en primitivas embarcaciones como balsas, hechas de cuero de lobo marino" (Larraín, 1946:27).

El enclave donde habría de nacer la ciudad de Valparaíso se llamaba Valle de Quintil. Según Vicuña Mackenna (1869, I:8), "en un claro de aquellas boscosas cañadas existía un pueblo de indios, que este propio nombre le da una provisión oficial de Pedro de Valdivia, si bien el mayor número de sus habitantes tenían sus cabañas esparcidas en los declives o en sus escasos sembradíos de maíz".

Este mismo estudioso señala que ya para mediados del siglo XVI los indígenas de Quintil habían desaparecido, "fuera que se les arrastrase a los vecinos minerales, fuera que huyesen hacia el sud en sus balsas de lobos, fuera que perecieran los pocos que aún así permanecieran bajo el látigo y la pira del cruel Juan Gómez (de Almagro) (ibid:22).

Sincretismo:

Ya en las postrimerías del siglo XVII, la población española de la zona estaba sufriendo un fuerte proceso de ruralización y mestizaje, fenómeno que implica una adaptación sincrética de las costumbres y tradiciones indígenas y europeas:

"... muchos vecinos con el poco freno que pueden tener de la justicia viven a su albedrío y se hacen a muchas costumbres de los indios de que se sigue abundan estos corregimientos de mestizos que es gente depravada y poco sujeta..."

(Carta de Martín Poveda al Rey,
Concepción, 16 de Noviembre 1692.

Apud. Cunill, 1964: 24)

Hacia 1710, "la vida rural tiene un colorido especial; mestizos e indígenas juegan chueca, se mezclan 'moros, indios y mulatos convidándolos para jugar a la taba', existen cofradías de indígenas, en la fiesta del Rosario se juntaban los indios del Valle de Quillota y celebraban juntas de cófrades, se efectúan mingacos, y se mantiene la creencia en las curanderas" (Cunill, 1964: 23).

Frezier (1902:72-73) presencié las fiestas del Rosario en Octubre de 1712, y las de Semana Santa el año siguiente, dejando sus impresiones de aquellas ceremonias "mitad

jentil mitad cristiana" (cf. Vicuña Mackenna, 1869, I: 360, y Ovalle, XX, 1646: 83-86).

En los primeros años del siglo XVIII, en Valparaíso había unas ciento cincuenta familias, entre las cuales "apenas se cuentan treinta de blancos, el resto de compone de negros, mulatos y mestizos" (Frezier, 1902:70). Según Vicuña Mackenna (1869, I:341), en Quillota, en cambio, "el número de blancos pasaba de ciento cincuenta i de más de trescientos el de las otras castas".

En 1714, "los indios desposeídos del antiguo litoral de Aliamapu" fueron agrupados temporalmente "en el paraje llamado EL Rastrojo, en el fondo del Almendral, bajo la administración de un cacique llamado Alonso Ventura" (ibid:376). En opinión de Vicuña Mackenna (loc.cit.), "la denominación de Calaguala que se conserva todavía en una quebrada de Barón, es también indicio de que allí habitó otra reducción. Era ésta tal vez la de los changos pescadores de la Caleta".

Alrededor de 1774, los naturales "no pasaban de 19 (...) últimos restos aquellos de los pobladores del Valle de Quintil, y aún sólo dos de éstos, llamados Santos Ñarlufe y Martín Urmuy conservaban junto con la sangre de su raza el nombre de sus mayores. Los demás llamábanse con los apellidos de sus amos y dominadores: Torres, Rojas, Ramírez, y uno de ellos José Pajarito" (ibid; II:172).

Sin embargo, hacia fines del siglo XVIII se aprecia un repoblamiento indígena en la naciente ciudad de Valparaíso, de acuerdo con las cifras que aportan los primeros censos de la población. En efecto, en 1781 Valparaíso tenía 2.973 habitantes, incluyendo 182 indígenas. En un lapso de poco más de 30 años, el número de indígenas se había triplicado, llegando a 546, según el Censo de 1813.¹¹

Supervivencias indígenas y aportes europeos en el siglo XIX:

El colorido y los detalles cotidianos de la vida durante los primeros años de Independencia, en Valparaíso y en la zona central en general, fueron captados con maestría por la ciudadana inglesa María Graham, durante su estadía entre 1822 y 1823. En Valparaíso, los campesinos vivían en "ranchos" hechos a la manera descrita por Latcham (1928:137) para los indígenas, aunque blanqueadas las paredes con cal u ocre blanco. Los techos llevaban vigas que soportaban una capa de ramas revocadas con barro y cubiertas con hojas de palma chilena (*Jubaea chilensis*), llamada también "palma tejera". Las "casas", de mejor consistencia pero menos flexibles ante los terremotos, hechas de adobes y techadas con tejas.

En el centro de Valparaíso ya había tiendas importadoras, y cada colonia tenía sus especialidades: la quincallería, la loza y los géneros de lana y algodón eran ingleses; la ropa era francesa, y la cristalería de uso corriente era alemana. Es necesario recordar aquí, que los productos importados comenzaron a llegar en los primeros años del siglo XVIII, y de ellos tuvieron gran aceptación los vestidos franceses, "por variadas capas sociales" (cf. Vicuña Mackenna, 1869, I: 353 y 366). Aunque recién en 1778 Carlos III dictó el llamado "Reglamento del comercio libre", el intercambio directo con Europa se comenzó a realizar ampliamente desde 1750. La excención de impuestos acrecentó el flujo de importaciones y exportaciones entre América y Europa. Entre los artículos españoles que quedaron libres de impuestos se cuentan el acero, la loza, los vidrios, la quincallería, el azúcar, etc.. Algunos productos americanos admitidos sin tasa en los puertos españoles eran el algodón, las lanas, el cobre y, especialmente, las hierbas medicinales (cf. Vicuña Mackenna, 1869, II: 49, 94, 96).

Para el abastecimiento de utensilios domésticos, existía un sector del Almendral -que en ese entonces estaba se-

parado de Valparaíso -llamado "La Rinconada", al pie del Cerro Las Cañas, en la quebrada Pocuro, en donde se fabricaban vasijas de greda: ollas de cocina, cántaros para el agua, lámparas, braseros de greda, etc. Este lugar se encontraba en un ángulo entre dos cerros, cercano a la actual avenida Santos Ossa (camino a Santiago). La organización laboral era familiar, teniendo cada casa su propia venta, y, por lo menos en lo que se refiere a los elementos pequeños, los hombres no participaban en su fabricación, reservándose la elaboración de las "grandes tinajas de Melipilla para el vino" y otras piezas especializadas.

Se trabajaba frente al rancho, sentados en cuecos y "cada cual, según sus años y su capacidad". La greda que se obtenía de los cerros cercanos era modelada totalmente a mano, sin la utilización del torno, y pulida con una conchuela. En cuanto a la decoración, María Graham (1956: 50-51) dice:

"Los adornan con listas y varios dibujos blancos y rojos cuando la tierra es negra, y donde la tierra es roja o café van decorados con blanco y negro. Algunos jarros rojos van guarnecidos con una sustancia brillante que tiene el aspecto de un polvo de oro, y que, según creo, es greda que contiene piritas de hierro; muchos tienen cabezas grotescas con imitaciones de brazos humanos a modo de asas".

Con respecto a la cocción, "en ocasiones se cuece la loza (...) en grandes hornos contruídos para el objeto; pero, la mayor parte de las veces las hoyos que quedan en los cerros de donde se ha extraído a mano la arcilla... sirven para este objeto. La leña que se usa principalmente para estos sencillos hornos es la de espínela, arbusto distinto del espino, que es la leña común del país y cuyas flores son sumamente aromáticas.

La espinela (¿Adesma arborea?) tiene más bien la apariencia de una coronita espinosa y se dice que, de las maderas del país, es la que da mejor fuego". (ibid:50).

Esta misma viajera, al recorrer la zona de Melipilla, anota que la cerámica se fabrica con una arcilla roja muy dura, y que junto a la fuente de materia prima se encontraban los grandes hornos para cocer las vasijas, y los alambiques para destilar. El trabajo era de tipo individual, en proporción con los recursos y la destreza de cada uno. De acuerdo con sus excelentes observaciones:

'No hay diferencia entre los procedimientos que aquí se emplean para la fabricación de la loza ordinaria y los que se practican en Valparaíso, salvo que aquí requiere mayor trabajo el amasijo de la arcilla. Visité el taller de una de las más famosas alfareras, a quien hallé con su nieta en pulir su trabajo del día con una bella ágata. Allí ví arcilla negra con que fabrica pequeños artículos, como mates, azafates, platos y jarras, que suelen adornar con cabezas y brazos grotescos y matizar con las tierras blancas y rojizas que abundan en estos lugares. Los hombres fabrican las grandes botijas para el vino y los alambiques, cuya factura demanda fuerzas varoniles, tanto más, cuanto que el trabajo se hace sin tornos, los que ni siquiera conocen. Los artículos pequeños se cuecen ordinariamente en hoyos abiertos en la tierra; los grandes en los hornos. Por lo general, los obreros los trabajan y modelan en el

mismo sitio donde deben ser cocidos". (ibid:162)

En Valparaíso, las vasijas decoradas de Melipilla y La Rinconada, debieron distinguirse por la apariencia más fina de las primeras, ya que, según María Graham (ibid:42), en el mercado de Valparaíso, la gente vendía vasijas de greda locales, "y algunas veces, jarros de greda fina de Melipilla o de Penco". De manera que en la microregión de Valparaíso se seguía una tradición que duró hasta nuestro siglo; esto es, que cada hacienda, localidad, caserío o ciudad se procuraba las vasijas toscas de uso doméstico, a través de una o más "loceras", en tanto traía de otras regiones las vasijas de greda más fina.

NOTAS CAPITULO Nº 2

1. "En la parte central de Chile, cada indio varón de 18 a 50 años de edad (excepto los caciques) pagaba una capitación anual de ocho y medio pesos. De esa suma correspondían seis al encomendero, uno y medio al doctrinero, medio al protector de indios y medio al corregidor. El pago se hacía por medio de trabajo, computándose la jornada a real y medio". (Keller, 1978:32).
2. El término proviene del quechua: "purum" y "aucca": enemigos no conquistados, según Patrón (1912:115).
3. Peuco es el antiguo nombre de lo que hoy es Viña del Mar. El valle de Peuco mencionado en las crónicas corresponde a la sección inferior del estero de Marga Marga. Se llamó también "viña de Riberos", por las plantaciones de parras que hizo don Alonso de Riberos cuando fué dueño de la hacienda (1580-1620), en donde hoy existe la "Quinta Rioja". Posteriormente, se llamó "viña de la mar" de donde nace el actual nombre. (cf. Larraín, 1946: 21-41).
4. La "demora" eran los ocho meses durante los cuales no se realizaban trabajos agrícolas, dedicándose los indígenas intensivamente al lavado del oro. "En Chile debía comenzar a fines de enero, cuando ya estaban guardadas las cosechas en las trojes, y terminaba por fines de septiembre cuando comenzaba el sembradío de chacaras" (Vicuña Mackenna, 1881:68).
5. La expresión "Yanacona" fue traída desde el Perú "para designar a los indios peruanos que acompañaron como domésticos a los conquistadores, se extendió luego a los indios chilenos que habían perdido el domicilio de

su pueblo" (Góngora, 1970:47).

6. Camarico "la obligación que tenían los indios de llevar alimentos y animales de transporte y carga a los españoles en viaje, y las cosas ofrecidas en tal ocasión". Esta costumbre fue tomada de los incas. Proviene del quechua "camaricui" alistarse para un viaje, y "camariy" alistar, preparar". (Patrón, 1912:118).
7. El término quechua mítmac define a los indígenas trasplantados, tanto los colonos instalados en los nuevos territorios conquistados, como los grupos locales llevados a otras zonas: "a estos indios, trocados de esta manera, llamaban mítmac, así a los que llevaban como a los que traían: quiere decir trasplantados o advenedizos, que todo es uno" (Garcilaso de la Vega, 1943, II: 86-88).
8. La institución incaica llamada "Mita" o "Mitachanácuy" consistía en un servicio de trabajo por turnos, "que es mudarse a veces por su rueda o por linajes; la cual mandaba que en todas las obras y fábricas de trabajo que se hacían y acababan con el trabajo común, hubiese la misma cuenta, medida y repartimiento que había en las tierras, para que cada provincia, cada pueblo, cada linaje, cada persona, trabajase lo que le pertenecía y no más, y aquel trabajo fuese mudándose a veces, porque fuesen trabajando y descansando" (Garcilaso de la Vega, 1943, I:245).
9. Aparece como Anconcagua en las páginas 35, 37, 38, 42, 50, 53, 71*, 72*, 73*, 74*, 76*, 82*, 152, 157, 165 y 191. El asterisco significa que aparece así en el original, y corregido en la transcripción.
10. Respecto del nombre del puerto de Santiago, es Pedro Mariño de Lobera (1594) quien da inicio a un equívoco

que el peso de la tradición hace difícil reparar. En efecto, según este cronista, estando Valdivia en La Ligua (1541), envió a Francisco de Aguirre para que se adelantase

"corriendo la tierra por la parte marítima, hasta llegar a una bahía llamada Aliamapa, a la cual había llegado antes el capitán Juan de Saavedra (1536), natural de Valparaíso que era uno de los capitanes de don Diego de Almagro. Y por ser la fertilidad, hermosura y abundancia de arroyos de este sitio (...) le puso por nombre Valparaíso, el cual se le ha quedado hasta hoy" (1865:43).

Desde luego, el texto de Mariño es lo suficientemente ambiguo como para atribuir el famoso bautizo a cualquiera de los cuatro conquistadores aludidos. Solamente la indicación del lugar de origen de Juan de Saavedra permite apoyar la hipótesis, pero este punto también está en discusión.

De cualquier manera, el problema viene a resolverse con la aparición de una nueva fuente documental, mucho más fidedigna que Mariño de Lobera, porque resulta de un contacto mucho más directo con los hechos y los actores: la Crónica de Bibar. A propósito del asunto del navío de Alonso de Camargo, Gerónimo de Bibar manifiesta en forma muy precisa, que desde un puerto de Arauco (el "puerto del carnero")

"vinieron al de Valparaíso, el cual nombre le puso el general Pedro de Valdivia cuando le fue a buscar porque, viendo como había venido caminando tantas leguas por tierra por ésta del Pirú y que todo era arenales y sin árboles y sin hierbas y sin agua, y como vio este puerto: que todo lo tenía, le puso este nombre" (1966: 37).

Además, esto se confirma en el poder que entrega Valdivia a Juan Bautista Pastene para descubrir la costa desde el puerto de Valparaíso hasta el estrecho de Magallanes, el 3 de Septiembre de 1544:

"... y ahora de nuevo nombro y señalo este puerto de Valparaíso para el trato desta tierra, y ciudad de Santiago..." (Gay, 1846: 36).

11. Comunicación personal de don Juan Luis Steigmaier, según datos extraídos de documentos de la Colección Gay-Morle y de "El Monitor Araucano".

2.3 ANTECEDENTES ETNOGRAFICOS

Las evidencias etnográficas que hablan del significado de las piedras con tacitas, son escasas pero muy ilustrativas, y se refieren especialmente al área centro sur.

A comienzos del presente siglo, don Tomás Guevara recogió de los indígenas y criollos de Picoiquén (Angol), donde se halla la piedra de "El Retiro", la tradición de que las cavidades "servían a los antiguos araucanos para llenarlas de sangre de animales sacrificados i untar con ellas las flechas y lanzas" (1910:587).

En la Araucanía, y principalmente en el área pehuenche, identificamos la expresión de un culto particular en torno a piedras con oquedades naturales o artificiales, o de formas especiales, ubicadas generalmente en pasos cordilleros. En estas piedras los viajeros indígenas o criollos depositaban sus ofrendas, consistentes en alimentos, ramitas, tabaco, dinero, cuero, acompañadas generalmente de invocaciones y danzas, para tener un viaje venturoso y sin novedades (cf. Cañas Pinochet, 1902; Guevara, 1910; Alvarez, 1960; Casamiquela, 1972-73).

Orelie Tournens en su libro "L'Araucanie" (1873) afirmaba:

Adoran en especial al sol y enseguida a los jeroglíficos, cada vez que pasan por donde los hay dejan alguna ofrenda y hacen invocación. Las ofrendas en frutas o un puñado de harina; las demás suelen ser jirones, ramitas de árboles o arbustos. Las dejan al lado de los jeroglíficos o en los hoyos de las piedras y después

de hacer una invocación se retiran." (Apud Latcham, 1924:442).

Casamiquela (1972-73:491) recoge el relato de un viajero del siglo XIX, quien dice que los huecos cóncavos de la piedra "yalalei-curá" eran considerados los "ojos de las piedras" por los indígenas pehuenches. Cañas Pinochet (1902:199) dice refiriéndose a la piedra tacita de Curalhue, que también queda en un lugar de paso:

"Los indios dicen que esta piedra tiene su calcu, que es, según ellos, un espíritu invisible, capaz de hacer bien i mal".

"Cuantos viajan por el boquete, indios, arrieros chilenos o argentinos i demás jente sencilla, pagan tributo a esta piedra, de adoración primero, en especies en seguida.

Consiste el primero, rendido solo por los indios, en dar vueltas alrededor de la piedra, en uno i otro sentido, pronunciando palabras suplicatorias o peticiones para que la piedra les procure un viaje feliz.

Viene en seguida lo que los indios llaman el marimari o el depósito en los hoyos de las ofrendas, que consisten en carne, pan, harina, dinero, cigarros, etc., i el viajero no tuviese de estas especies, debe depositar en las excavaciones un pedazo de cuero de su montura."

"La falta de tributo hace el viaje desgraciado, pues la piedra se enoja i el calcu que la custodia no protege al viajero mezquino."

Más cercanos a nuestra zona son los testimonios de rituales en torno a tacitas en los antiguos asentamientos indígenas más importantes del valle del Mataquito: Palquibudí y La Huerta. A principios de este siglo, Cañas Pinochet recogió

el testimonio de dos indígenas de edad muy avanzada, uno de los cuales incluso había participado en las danzas en honor de las piedras en su juventud.

"Estas afirmaciones nos dicen que hasta no muy retirados tiempos, en cierto día del mes de Junio de todos los años, los indios de la costa de Vichuquén se venían al valle del Mataquito, a cuyos naturales se unían para celebrar sus fiestas i rendir el culto a sus dioses.

"Consistían estas manifestaciones en cantos i danzas alrededor de las piedras que comenzaban por la que se encuentra cerca de La Huerta, que acaso por su especial forma i por lo de recibir manifestaciones preferentes fuese considerada de más alto valor en la jerarquía de la teogonía indígena del valle.

"Así que todos habían cumplido con este deber, se despedían de su dios por medio de una rendida jenuflexión i se dirijían en seguida cantando hacia otro gran peñasco que a corta distancia se halla hacia el Oriente (Piedra de la Zorra).

"Probable es que la romería alcanzase a Palquibudi i hasta que comprendiese otras piedras del valle..." (ibid: 220-221).

2.4 ANTECEDENTES ARQUEOLOGICOS

2.4.1 PREHISTORIA DE CHILE CENTRAL

Los primeros pobladores de la zona central de Chile fueron identificados en la ex laguna de Tagua Tagua, y corresponden al período "Paleoindio", que se caracteriza por la coexistencia del hombre con la megafauna del Pleistoceno. Este nivel cultural fue fechado en el año 9.430₊₃₂₀ A.C. (Montané, 1968).

Después de la desaparición de la fauna pleistocénica se desarrolla el período, o más bien -puesto que no tiene implicaciones cronológicas- el estadio de desarrollo "Arcaico", identificado en el nivel superior de Tagua Tagua, y fechado en el año 4.180₊₁₁₅ a.C. (Montané, 1969, Durán, 1980). El cambio fundamental se refiere a la diversificación de los recursos de subsistencia, con un énfasis mayor en la recolección de especies vegetales, señalado por la importante presencia de los metates y manos de moler. Por otra parte, la presencia de moluscos de agua dulce y de la costa, evidencian el desplazamiento del grupo para aprovechar integralmente un medioambiente diversificado, o el contacto e intercambio con grupos contemporáneos de cazadores recolectores y pescadores de la costa. La caza menor se diversifica y probablemente se especializa, de acuerdo a la notable variedad de tipos de puntas de proyectil, dentro de un patrón apedunculado. En el nivel superior de Tagua Tagua también aparecieron puntas con pedúnculo, sin diferenciación estratigráfica, pero en el sitio cementerio de Cuchipuy, a unos 7 Km. de distancia en la misma laguna, este tipo aparece únicamente en el nivel inferior, fechado entre el 6.000 y 4.000 a.C. (Kaltwasser, Medina y Munizaga, 1982b:279). Otro rasgo diagnóstico muy importante son las piedras horadadas, consideradas durante mucho tiempo como un elemento cultural agroalfarero tardío. Sin embargo, informes etnográficos nos dicen que los mapuches las utilizaban, pero nos las hacían, por estar en el suelo ya hechas. Su ubicación

en niveles precerámicos está claramente establecida en el nivel superior de Tagua Tagua, nivel II de Cuchipuy, Cerro Blanco, Alero de los Llanos, Alacranes I (Ventanas), Arrayanes I (Papudo), Ritoque, Longotoma, Mata Gorda (Los Vilos), etc.

Acerca de las relaciones con la costa, Montané (1969:9) sugiere que elementos culturales de Tagua Tagua II se vinculan con hallazgos de puntas similares "encontrados (...) en la zona litoral del sitio en referencia..." Además, afirma que también se pueden establecer relaciones con el sitio de Las Cenizas, aunque "menos definidas".

La primera ocupación de la costa de la zona central por bandas de cazadores recolectores habría ocurrido entre el comienzo de nuestra era y 4.000 años a.C., asentándose sobre las terrazas marinas entre 15 y 30 m.s.n.m., de acuerdo al fechamiento tentativo realizado por Montané (1964:121).

Según Berdichewsky, habría dos fases en la secuencia cultural del preagroalfarero de la zona central. En primer lugar, el denominado "Complejo Precerámico I" caracterizado por una economía fundamentalmente recolectora de productos marinos, correspondiente a una población dolicoide asentada especialmente sobre caletas rocosas. Según este investigador, estos primeros habitantes "vivían prácticamente aislados y casi sin contacto con las poblaciones existentes en el interior, que corresponderían probablemente a cazadores superiores y tal vez ya agricultores incipientes" (1963:30). El instrumental es tosco y poco variado, confeccionado en guijarros trabajados a percusión, y huesos aguzados para mariscar.

La segunda fase o "Precerámico II" implicaría un mayor aprovechamiento de los recursos marinos, así como un enriquecimiento del instrumental de caza y recolección. Según Berdichewsky, este desarrollo se habría debido al contacto de los pueblos de

la costa con los grupos más adelantados del interior, ya en posesión de cerámica, o debido a la llegada de nuevas oleadas de población, aunque "aparentemente corresponderían a poblaciones también dolicoideas" (ibid:31) de acuerdo a los restos encontrados en Longotoma y Papudo. Se sugiere que un factor interesante de considerar es la probable correlación de este cambio cultural con un cambio ecológico, ya que la primera ocupación estaría caracterizada por el énfasis en la recolección del loco, mientras que la segunda se centraría en la recolección de machas.

El patrón de enterramiento es un buen elemento diagnóstico del cambio cultural, aunque las evidencias de la primera fase son bastante escasas; Alacranes I y Cáhuil. La sepultura se disponía bajo el piso del conchal, y en ambos casos contenía una mujer con el cuerpo en posición flectada, y cuyo único ajuar consistía en una concha de ostión sobre los pies. En Alacranes I, la mujer tenía en sus brazos a un niño, con un canto rodado teñido de rojo sobre el cráneo.

Complejo Papudo
La segunda fase está muy bien caracterizada en el sitio Papudo B2 excavado por Jorge Silva el año 1955 (Silva 1957). Corresponde a dos conchales asociados cada uno a un grupo de piedras tacitas. Bajo uno de ellos se encontró un cementerio, del cual se rescataron 21 cuerpos en posición flectada, colocados sobre piedras naturales, y cubiertos por 70 cm. de tierra negra, traída al parecer del estero cercano, formando pequeños túmulos. EL ofertorio incluía piedras horadadas, percutores y manos de moler, algunas de las cuales estaban teñidas de rojo, y dos puntas de proyectil apedunculadas, colocadas cada una en la mano de un muerto.

Basado en los elementos precerámicos de Papudo, Ventanas, Concón, Mata Gorda (Los Vilos), Longotoma y otros, Bahamondes postula la existencia de un "Complejo Papudo" para la secuencia cultural temprana de la costa central de Chile, corres-

pondiente al segundo nivel precerámico de Berdichewsky, y ubicándolo hacia el 3.500 a.C. (cf.1969:268-273). Hacia el norte, Bahamondes extendió la dispersión de este complejo hasta Guanaqueros, en Coquimbo, de acuerdo a los hallazgos de Schiappacasse y Niemeyer (1964). Como límite meridional señala el río Maipo, de acuerdo al estado de las investigaciones hacia fines de la década del sesenta.

En el interior, un sitio clave para el precerámico es el de Cuchipuy, en el borde noreste de la ex laguna de Tagua Tagua (cf.Kaltwasser, Medina y Munizaga, 1980; 1982a y b). Este cementerio arcaico presenta una primera ocupación, fechada en 6.120 ± 100 años a.C., correspondiente a una población hiperdolicoide, portadora de una tradición de puntas de proyectil y cuchillos pedunculados que podrían provenir del nivel de cazadores paleoindianos asentados en la laguna 3.000 años antes, y que podrían vincularse también con el Complejo Huentelauquén, fechado hacia el 7.500 a.C. (Quebrada Las Conchas), y caracterizado por litos geométricos, puntas triangulares cortas con pedúnculo ojival, manos de moler y percutores, algunos de los cuales estaban teñidos por una sustancia roja (cf.Llagostera, 1977:99).

El segundo nivel precerámico de Cuchipuy muestra una población dolicoide con tendencia a la mesocranea. El tipo de enterratorio está caracterizado por túmulos de piedra entre las que se incluyen metates, manos de moler y piedras horadadas, algunas quebradas y otras teñidas con pigmentos rojos. Los cuerpos están en posición genuflexa, unos sobre otros, separados por especies de emplantillados de piedra. Las acumulaciones formaban pequeños túmulos muy compactos, de alrededor de 1 metro de altura. Esta segunda ocupación está fechada entre 4.000 y 5.000 años a.C. aproximadamente (cf.Kaltwasser, Medina y Munizaga, 1982b:279).

En el Norte Chico también se encuentran cementerios precerámicos asociados a piedras tacitas. El contexto cultural

y el tipo de enterratorio confirman las evidencias de la zona central, especialmente aquellas que caracterizan la ocupación de las terrazas de 15 m.s.n.m., definida como "Complejo Papudo" o "Precerámico II". Este "precerámico de la costa" del Norte Chico corresponde a una población dolicoide con tendencia a la mesocra-nea, con bóvedas altas (Munizaga, 1972-73:346).

Schiapacasse y Niemeyer (1964) han dividido en dos fases el período precerámico del Norte Chico, los que resultan plenamente asimilables al desarrollo de la zona central. La primera fase está representada por los cementerios de Guanaqueros y La Herradura (Iribarren, 1960), y el nivel inferior del conchal del Pueblo de Guanaqueros (Schiappacasse y Niemeyer, 1964). Se caracteriza por la utilización de sustancias colorantes y ofrendas en la inhumación de los cuerpos, abundancia de utensilios de pesca y caza marina, y predominio de puntas pedunculadas y con limbo excurvado ("taltalenses").

La segunda fase, representada por el nivel superior del conchal de Guanaqueros, los sitios El Pimiento y El Sauce de Tongoy, y en el conchal y cementerio de Punta de Teatinos (Schiappacasse y Niemeyer, 1965-66). Se caracteriza por una pérdida de popularidad en el uso de colorantes y ofrendas fúnebres, predominio de puntas apedunculadas, y gran popularidad de manos de moler y tacitas. También pertenecen a esta fase las piedras horadadas. El patrón mortuario está caracterizado por la inhumación sencilla sobre una pequeña fosa en el piso natural, en donde se depositaba el cuerpo flectado, generalmente en decúbito lateral, con las piernas unidas al tronco. La mayoría de los entierros son sencillos, pero también los hay múltiples. Algunas sepulturas están enmarcadas o cubiertas por estructuras de piedras de regular tamaño (bolones), entre las que se incluyen manos de moler, metates y piedras horadadas, generalmente quebradas, y algunas teñidas por una sustancia roja (cf. Quevedo, 1976).

Finalmente, es importante señalar que para el Norte Chico también se ha establecido una continuidad en el uso de las piedras tacitas, al menos para el Molle (Iribarren, 1962).

En resumen, se observa claramente que la dinámica del precerámico de la zona central presenta límites mucho más amplios, involucrando a una población numerosa que va evolucionando paralelamente en un espacio de gran movilidad, manteniendo una serie de tradiciones culturales. Las diferencias son el resultado de la acción de múltiples factores, tanto locales como extraños al grupo, pero se pueden reconocer algunos elementos básicos, constituyentes del verdadero "Núcleo Cultural", especialmente vinculados con el sistema ceremonial de la comunidad, representado por las costumbres mortuorias y los elementos materiales asociados: uso de colorantes, quiebre de objetos, piedras horadadas, piedras tacitas.

Las evidencias presentadas permiten reconocer dos momentos de desarrollo en la población del Prealfarero, que al mismo tiempo va evolucionando en sus caracteres morfológicos (hiperdolicoide-dolicoide-mesocéfalo). La adaptación a las diferentes condiciones ambientales va generando respuestas fácilmente observables; desde una tradición con énfasis en la caza, representada por los niveles inferiores de Cuchipuy, probablemente muy cercana al Paleocindio y caracterizada por un tipo de patrón mortuario, hasta un estadio de desarrollo plenamente Arcaico, con énfasis en la recolección de productos vegetales y caza menor, con implementos altamente diversificados para la explotación de más recursos y con nuevas categorías respecto del tratamiento de los muertos.

Esta continuidad no termina aquí, sino que se prolonga hasta muy tarde, con la misma población o con aportes de otras, que readapta algunos elementos, logrando la supervivencia.

Aunque Berdichewsky postulaba que el desarrollo "Prece-
rámico II" estaba vinculado a una población del interior que
ya poseía cerámica, entre los comienzos de nuestra era y el pri-
mer milenio anterior, las primeras evidencias cerámicas de la
zona central corresponden a lo que durante mucho tiempo se llamó
"horizonte molloide" cuyo centro de origen se asentaba en el Norte
Chico.

Las nuevas evidencias muestran un nivel de cerámica
marrón para el interior, con una fecha de 180 años a.C. obtenida
en el sitio de la Quinta Normal (Stehberg, 1976), mientras en
la costa se presenta el llamado "Complejo Llolleo" con fechas
de 140 y 280 años d.C. En el sitio Arévalo, cerca de San Antonio,
Fernanda Falabella y María Teresa Planella han caracterizado
un desarrollo local con fechas tan tempranas como 320 ± 120 y $255 \pm$
 80 años a.C. Aunque son las evidencias de cerámica más tempr-
nas para la zona central, no se trata de formas incipientes,
sino de un nivel tecnológico bastante desarrollado.

Fernanda Falabella y María Teresa Planella (1979:167)
caracterizaron el Complejo Cultural Llolleo por los siguientes
rasgos: deformación craneana intencional de tipo tabular erecta;
entierros bajo el lugar de habitación; recubrimiento de arcilla
sobre algunos cuerpos, los que están puestos en posición flecta-
da; urnas funerarias; tembetá. La alfarería presenta una varie-
dad de combinaciones a partir de un patrón básico; jarros glo-
bulares con cuello, abultamiento del cuello, formas asimétricas
y discontinuidad central del cuerpo, pintura negativa con hierro
oligisto, superficies monocromas pulidas, diferentes tonos de su-
perficie logrados mediante el proceso de cocción, modelados con
tendencia a las representaciones realistas, caras demarcadas,
ojos en forma de grano de café, asas modeladas en forma de
ala o pata de ave, incisión reticulada oblicua del cuello, incisio-
nes paralelas en la boca del cuello.

El agroalfarero tardío está definido por el desarrollo en la zona de un Complejo Cultural cuyo centro político administrativo parece asentarse en el valle central. Ha sido caracterizado básicamente por el tipo cerámico "negro sobre naranja" o "Aconcagua salmón" en sus variedades utilitaria, monocroma, bicroma y tricroma; con el característico motivo decorativo denominado "trinacrio". Sus sepulturas en túmulos son típicas en los yacimientos del interior de la zona central, presentándose sólo ocasionalmente en la costa, en donde hemos identificado dos entierros de esta fase, en Viña del Mar. Por otra parte, la presencia de cerámica "Aconcagua salmón" en diversos sitios de la costa indicaría algún tipo de contactos o relaciones con la población caracterizada por el "Complejo Llolleo". Hasta el momento, la única fecha para el "Complejo Cultural Aconcagua Salmón" proviene del cementerio de María Pinto: 990[±] 80 d.C.

Finalmente, se hace sentir sobre la población local la influencia de la cultura Inca. De acuerdo con los recientes estudios de Osvaldo Silva (1978), esta influencia sería efectiva en la zona central en un momento bastante más tardío del considerado hasta ahora, acortando considerablemente su permanencia aquí. En efecto, los antecedentes recogidos por este investigador indican que la conquista inca de la zona central sólo se habría producido después del año 1525 (cf. 1978: 219). Por otra parte, del análisis de las fuentes documentales y arqueológicas, el autor citado deduce una serie de "vacíos estructurales" en la organización impuesta por la dominación inca en esta zona, y argumenta que esta situación se explicaría por un tipo especial de relación entre los señores locales y la autoridad imperial, es decir, que la zona central fué "una región colonizada para el rey y no para el estado" (ibid:237).

Dentro de este modelo, la dominación efectiva del Inca habría alcanzado sólo hasta el valle del Mapocho, siendo coartados sus intentos de dominar el valle del Maipo

con la llegada de los conquistadores españoles en 1541.

De esta efímera presencia incaica han quedado bastantes vestigios, algunos de caracteres muy puros, tales como el santuario del cerro El Plomo (Mostny, 1957), pero la mayoría de las evidencias corresponden a la población trasladada como mitimae a la zona, perteneciente en general a la etnia diaguita del Norte Chico. El fenómeno de aculturación diaguita-incaico-picunche a lo largo de unos quince años de convivencia, quedó reflejado, por ejemplo, en la cerámica encontrada en sitios tales como Rautén, Quilicura, Nos y Quillota.

Por otra parte, las crónicas de la conquista muestran aquellos aspectos de la organización sociopolítica que fueron alterados por la dominación inca, los adelantos aportados en materia de canales de regadío, nuevos cultivos, minería, así como aquellos relacionados con el ámbito religioso y secular. Respecto de la vestimenta, por ejemplo, Mariño de Lobera (1865:45) señala que algunos se vestían a la usanza incaica y otros con las ropas araucanas. Según Bibar (1966:133) los indígenas de la zona central habían adoptado el culto inca al Sol y la Luna, pero señala expresamente que los habitantes del valle del Mapocho "no tienen casa de adoración ni ídolos". Sin embargo, este mismo cronista resalta la identidad cultural que caracteriza a los indígenas de la zona central: "la lengua de estos valles no difiere una de otra y lo mismo en ritos y ceremonias, todos son uno" (ibid:38).

Lamentablemente, las investigaciones de arqueología histórica han tenido escaso desarrollo en la zona central. En el nivel superior del sitio Rayonhil, junto a la desembocadura del río Maipo, los ceramios de esta época se caracterizaron por sus "bordes evertidos y redondeados muy anchos cerca del borde mismo y que se adelgazan bruscamente hacia el cuerpo... Las superficies son pulidas y su tonalidad característica está dada por el negro en una cara y rojo en la otra". (Falabella y Planella, 1979:113). Cuando los fragmentos llevan

decoración, sobre la superficie roja hay motivos pintados lineales rectos y curvos, a modo de franjas, en color blanco. Estos fragmentos de cerámica se encontraban asociados a grandes clavos, loza y vidrio hispánicos.

El único análisis de loza colonial arqueológica para la zona central es el efectuado por Andrés Pinto (1976) para un sitio de encomienda tardía en la cuenca de Santiago.

2.4.2.- LOS SITIOS CON PIEDRAS TACITAS
EN LA ZONA CENTRAL DE CHILE

A pesar de que tanto el fenómeno piedras tacitas como la Zona Central misma, extienden sus límites más allá de los 32°30' y de aproximadamente 33°50' de Lat.Sur, es la zona comprendida entre estas latitudes la que presenta para nosotros una mayor densidad de sitios e información.

Hacia el sur de los 34°, es importante destacar los sitios con tacitas en el curso inferior del río Tinguiririca (cf. Medina, 1882; Bravo, 1921; Guevara, 1925; Latcham, 1928 y 1929), en el curso medio e inferior del río Mataquito (cf. Medina, 1882; Cañas, 1902; Guevara, 1925; Latcham, 1929; Barros, 1943; León, 1957 y 1976), y en la cordillera y la costa de Talca (cf. Medina et. al., 1964; Medina y Vergara, 1969; Uhle, 1915; Guevara, 1925; Latcham, 1929; Ortiz, 1964).

A continuación, presentamos los sitios descritos o mencionados que se encuentran entre los límites antes dichos:

SITIOS COSTEROS:

PAPUDO: En la localidad de Papudo, a 15 m.s.n. m. y a alrededor de 500 m de la costa, se han ubicado por lo menos 4 piedras tacitas, asociadas a conchales precerámicos y a cerámica superficial (Cañas, 1902: 204; Guevara, 1910: 500, y 1925: 128; Latcham, 1928: 128 y 1929: 496-506; Silva, 1957: 24-25, y 1964: 266-269-272; Berdichevsky, 1963: 21-30-31; Montané, 1964: 113-114; Bahamondes, 1969: 259-268; Yacas, 1978). En el sitio de Papudo B, Jorge Silva (1957: 24-25) encontró un cementerio -que adscribe al precerámico II de la costa central- con 21 esqueletos flectados, al parecer colocados sobre grandes piedras y cubiertos con tierra negra orgánica; asociados a instrumentos de molienda, piedras horadadas, puntas de proyectil apedunculadas y tintura roja.

ZAPALLAR: En el lecho de la quebrada que provee de agua a Zapallar hay una piedra tacita (Brüggen y Krumm, 1964:182).

CACHAGUA-7: 2 kilómetros al sur de Cachagua, en las lomas que descienden al tranque alimentado por un estero que proviene de Aguas Claras a Cachagua, hay una plataforma con 26 tacitas, asociada a un conchal poco profundo (Brüggen y Krumm, 1964:182; Berdichewsky, 1964: 73-74).

MAITENCILLO: En esta localidad, Silva (1964:267) describe un conchal cerámico ("Camino 2"), con persistencia de caracteres del precerámico II, asociado a piedras tacitas (ver también Brüggen y Krumm, 1964:182; Berdichewsky, 1955:6-31-37 a 39, y 1963:19).

ALACRANES I: En la localidad de Las Ventanas, sobre una terraza de 15 m.s.n.m. hay una piedra tacita con 19 oquedades, en un conchal con 4 niveles ocupacionales: los dos inferiores precerámicos y los superiores cerámicos. El nivel inferior contiene un entierro de una mujer con un niño, asociados a un canto rodado teñido de rojo y una concha de ostión. La piedra tacita parece vincularse al segundo nivel precerámico (Silva, 1964: 263 a 272; Mostny, 1971: 65-66-128).

HACIENDA HUAQUEN: Al norte de la desembocadura del río Aconcagua, Niemeyer (1960: 66 a 68) menciona piedras tacitas en el potrero El Tebal ($\pm 32^{\circ}45' - 71^{\circ}30'$), y 4 bloques con tacitas en la Posesión Los Hinojos ($\pm 32^{\circ}46' - 71^{\circ}22'$).

RITOQUE A-1: También al norte de la desembocadura del río Aconcagua, en la localidad de Ritoque, se menciona la presencia de una piedra tacita a 15 m.s.n.m. Está asociada a un conchal con entierros genuflexos, percutores teñidos de rojo y piedras horadadas, pertenecientes al II período precerámico. Junto a la piedra tacita hay cerámica burda y elementos

modernos (vidrio) en superficie (Silva, 1957:25, y 1964:266-269; Berdichewsky, 1963: 21-25-27-31; Montané, 1964: 112-113-114-119; Mostny, 1971:66).

CONCON: En el área de Concón se han detectado alrededor de 7 sitios con piedras tacitas. Uno de ellos, denominado La Plaza (Silva, 1964:267), es un conchal cerámico, con persistencia de las formas culturales del precerámico II.

REÑACA: En Reñaca Alto, en el Fundo Hospital, hay una piedra tacita (Norma Sanguineti, comunicación personal).

ANTENA 1: En Salinas, sobre una terraza de 15 m.s.n.m., hay piedras tacitas en un conchal cerámico, con persistencia de formas culturales del segundo nivel precerámico para la costa central (Silva, 1964:267).

VALPARAISO: Una referencia menciona la presencia de una piedra tacita en el cerro Los Placeres (Montané, 1964:113).

ALGARROBO: En el pueblo de Algarrobo, Latcham (1929:496) y Gajardo (1939:42) mencionan una piedra con una sola tacita. Este último autor (loc.cit.) describe una piedra con tres tacitas inclinadas en la quebrada del pueblo, que originalmente habría estado en un conchal. Ludeman (1944:82-84) describe otra piedra con tres tacitas en la Quebrada Los Perales, señalando que la superficie contigua está cubierta de pedazos de ollas de greda.

EL TABO: En la localidad de El Tabo son abundantes las piedras tacitas. En el sitio "Carabineros de EL Tabo" hay un total de 7 rocas con estas oquedades, asociadas a un conchal con cementerio cerámico, incluyendo un tembetá. (Guevara, 1925:129-130; Ibáñez, 1939:179; Salas, 1955:3-40-45; Berdichewsky, 1955:1-5-6-21 a 26-37 a 39, 1956: 16, 1963: 19-31, 1964: 90 a 92-95-104).

DUNAS DE CARTAGENA: En las dunas de la Playa Grande que se extiende entre Cartagena y Las Cruces hay datos de piedras tacitas asociadas a conchales cerámicos extensivos (Guevara, 1925:128-130; Latcham, 1928:128-129; Salas, 1955: 2-15 a 18; Berdichewsky, 1955: 6-37 a 39, 1956: 1-2, 1963: 21-25-27-31, 1964: 100-101-106).

FUNDO EL PERAL: En el valle del estero de Cartagena, a cerca de 2 kms. de la playa, en la cima de un montículo, a 20 m.s.n.m., hay 5 rocas en fila, 3 de las cuales tienen tacitas (5, 1 y 1 tacitas) y canaletas. Están sobre un conchal cerámico y posiblemente asociadas a un cementerio (Oyarzún, 1910: 28-30; Guevara, 1910: 500; Latcham, 1929:496-506).

SITIOS EN LA CORDILLERA DE LA COSTA:

LAS OLLITAS: Al costado del estero de este nombre, cercano a Papudo, Cañas Pinochet (1902: 203-204) encontró un conjunto de nueve piedras tacitas, formando cuatro grupos (ver también Latcham, 1929:495).

QUILPUE: En el fundo El Retiro de Quilpué existieron hasta principios de siglo, por lo menos 7 grupos de rocas con tacitas, asociadas a abundante material lítico tallado y pulido, y cerámica tosca superficial. El hallazgo de fragmentos de cráneo humano en el grupo IV hace pensar que muy posiblemente estuvieron asociadas a cementerio (Fonk y Kunz, 1893; Fonck, 1910 a y b; Cañas, 1902). Fonck (1910a:20) menciona otra piedra, con 8 tacitas en el fundo de José Francisco Valencia, "algo distante de El Retiro", en torno al cual encontró restos subactuales y una mano de moler; y, en la hijuela de Segundo Araya (vecina a El Retiro) dos grandes piedras con tacitas, asociadas a instrumentos de molienda, núcleos, posibles fogones y cerámica (ibid; 20-21). Por otro lado, hay referencias a una piedra tacita en Colinas de Oro (Quilpué Sur), y

a otras tres (con 20, 5 y 4 tacitas) en el fundo El Rebaño (Ojeda, 1979, MS).

Además, hay abundantes datos sin mayores precisiones de piedras tacitas en esta zona: Limache, camino Quilpué-Villa Alemana (Fonck, 1910b:51), Marga Marga (Gajardo, comunicación personal), Los Colihues y Las Palmas (Fonck, 1910a: 22; Latcham, 1929:496), Fundo El Belloto (Fonck, 1910a:20), Lepe (Latcham, 1929:498).

ORREGO ABAJO: En el fundo de este nombre, en el Valle de Casablanca hay 2 rocas con 3 y 8 tacitas, algunas un tanto inclinadas (Gajardo, 1939:42).

FUNDO LA VINILLA: En diferentes partes de este fundo, ubicado al SE de la ciudad de Casablanca, hay un total de 5 piedras tacitas, con 3, 3, 1, 1, y 5 oquedades. (ibid:42-43).

HACIENDA SAN JERONIMO: Al SW de la ciudad de Casablanca, en el valle del mismo nombre, hay 3 rocas con 1, 3 y 6 tacitas, en diferentes potreros (ibid:42)

MORRO DEL MEDIO: En el valle de Casablanca, a 1.000 m.s.n.m., hay "nueve piedras de diversos tamaños con una, dos y tres tacitas..."(ibid:43).

CURACAVI: Junto al valle del Puangue, hay 2 piedras con 9 y 3 tacitas, algunas con canaletas (Medina, 1882: 220-415, fig.2; Guevara, 1910:551; Latcham, 1929:497-506-511-512).

SITIOS EN EL VALLE CENTRAL:

MONTENEGRO: A orillas de un curso esporádico de agua, hay 3 piedras con 23, 9 y 8 tacitas, descritas por

Latcham (1929:503), que aún en el primer tercio de este siglo eran ocupadas para majar maíz por diversión, por jóvenes del pueblo del mismo nombre (ver también Latcham, 1928: 143-144, 1929: 496-500 a 503-510, y Silva, 1964:272).

CERRO HUECHUN: A 500 m. de altura, en la falda norte del cerro, en una meseta "defendida por farellones verticales", hay una piedra tacita con 9 oquedades (Latcham, 1929: 493-496-503-504).

LOS GUAYACANES: En el fundo de este nombre (al oriente de Huechún), en la ladera NE del Cerro Casanova, a pocos metros al sur del estero Los Perales, hay "4 núcleos de piedras tacitas de forma cupuliforme y ovoidales, algunas comunicadas entre sí por una pequeña canaleta". En sus alrededores se encontró material lítico (Stehberg, 1977:168).

CALEU: En la quebrada de Caleu hay una piedra tacita; tenía una de sus cavidades y un percutor teñidos de rojo (Latcham, 1929: 498; Silva, 1957:25).

CUESTA DE CHACABUCO: En la localidad que tiene como eje esta cuesta, se han reconocido 3 sitios con piedras tacitas. El sitio "Piedras Tazas" tiene una piedra con 5 oquedades, y a sus pies se extiende un amplio taller lítico con instrumentos de molienda y poca cerámica. El sitio "Casas" tiene un posible mortero sobre un bloque liparítico. El sitio "Ranchillos" consta de un grupo de piedras tacitas labradas sobre las rocas del lecho de un curso de agua; asociados hay un fragmento de metate, unas pocas lascas de sílex y "un pesado cono de piedra que calza en una de las cavidades" (Borries, 1971: 109-110-111).

CERRO BLANCO: En la falda NE de este cerro, ubicado en la parte Norte de Santiago, Claudio Massone (1978) ubicó un gran afloramiento rocoso con 149 taciñas. Logró dis-

tinguir un nivel precerámico tardío, caracterizado por material lítico tallado y pulido (piedras horadadas, manos de moler) y un nivel cerámico, con tres subniveles asimilables a Molle I, Molle II y cerámico tardío (cerámica subactual y Aconcagua Salmón).

MAIPU: En esta localidad habrían existido varias piedras tacitas, incluyendo también canaletas (Guevara, 1910:550; Latcham, 1929: 496-506).

MALLOCO: También aquí había varias piedras tacitas, con canaletas (Guevara, 1910:550; Latcham, 1929:496).

VILUCO: En la localidad de este nombre (\pm 33°47' - 70°47'), casi al pie del cerrito Collipeumo, hay una piedra con tacitas. Según Medina (1882:223) en la cumbre de este cerrito hay "restos de una antigua fortaleza peruana" (ver también Latcham, 1929:497).

CURSO SUPERIOR DEL RIO ACONCAGUA: En la comunidad agrícola de Campo de Ahumada, en la ex comuna de San Esteban, Sanguinetti (1972) describe cuatro sitios con piedras tacitas:

El Llano: una piedra con una tacita (ibid:275).

El Visnagal: dos piedras con una y dos tacitas.
Cercano a ellas hay 7 bloques con petroglifos.

Bajo del Maitén: una roca con 2 cavidades y 5 incipientes. Dispersos por el sitio hay trozos de piedras de moler (ibid:277-279).

Las Represas: una piedra con 3 oquedades. El hallazgo en las cercanías de restos humanos asociados a cerámica hace pensar en la posibilidad de un

cementerio junto a la piedra (ibid: 274-275).

Niemeyer (1964), por su parte, menciona dos sitios con tacitas:

Quebrada Vilcuya: una piedra con 5 tacitas (dos incipientes), a unos 500 m de 19 bloques con petroglifos (ibid:142-143) similares a los de El Visnagal.

Estero Los Azules: un pequeño bloque con dos tacitas (ibid:143-145).

Por último, González (1974:1-2) refiere que hay piedras tacitas en el valle El Maitén, río Colorado, afluente del Aconcagua.

CALETON DE PIEDRA: En el fundo La Dehesa, hay piedras tacitas (Domínguez, 1965:24).

FARELLONES: En varios puntos de esta localidad, Domínguez (ibid: 21-25) y González (1974:3-6) han descrito sitios con piedras tacitas: Casa de Piedra, Piedra del Indio, Vega de Las Vacas, Las Bayas, Quebrada La Hermita, Cancha de Novicios. Están asociados a instrumental lítico y, en algunos casos, a cerámica utilitaria. Según Domínguez (op.cit.) son lugares muy a propósito para veranadas.

EL CONTEXTO:

A pesar de que muchos sitios son sólo una referencia, se pueden rescatar datos interesantes acerca de su contexto. La economía de recolección costera (ver mapa) se evidencia claramente en los sitios de Papudo, Cachagua 7, Ventana-Alacranes I, Ritoque A-1, La Plaza (Concón), Antena I, Algarrobo, Carabineros de El Tabo, Las Cruces, dunas de Cartagena

y Fundo El Peral. Algunos de estos conchales muestran evidencias que permiten adscribirlos al período precerámico II para la costa central: Papudo B, Alacranes I, Ritoque A.

Otros sitios de origen claramente precerámico incluirían a Las Cenizas y Cerro Blanco y, posiblemente los de Ranchillos, Las Bayas, Casa de Piedra, Piedra del Indio y Quebrada La Hermita. Hacia el Sur, en este mismo sentido, los de Las Cañas y Altos de Vilches.

La utilización -o reutilización- de las piedras tacitas por pueblos agroalfareros se evidencia en los sitios de: Papudo, Maitencillo, Alacranes I, Las Represas, Bajo del Maitén, Ritoque A1, La Plaza, Antena I, El Retiro, Hijuela de Segundo Araya, Las Cenizas, Piedras Tazas, Quebrada Los Perales, Vega de las Vacas, Cancha de los Novicios, Cerro Blanco, Carabineros de El Tabo y Las Cruces. Prácticamente todos los sitios descritos junto al río Tinguiririca y Mataquito, y aquellos de la costa y cordilera de Talca, presentan evidencias agroalfareras, incluso coloniales. También se encuentran elementos tardíos en Ritoque A-1 y Cerro Blanco.

Se ha registrado cerámica tosca o utilitaria en los sitios de Maitencillo, Ritoque A-1, Casa de Piedra, Cancha de Novicios, Las Cruces, Alacranes I, Fundo El Peral, El Retiro y Las Represas. Cerámica decorada o diagnóstica hay un Papudo, Alacranes I (roja), fundo El Peral (negro sobre rojo), Carabineros de El Tabo (negro, rojo y probablemente Aconcagua salmón) y Cerro Blanco (Molle I, II y Aconcagua salmón). También se ha detectado la presencia de tembetá en los sitios de Las Represas, Bajo del Maitén y Carabineros de El Tabo.

Muchos de estos sitios se asocian a cursos de agua permanentes o esporádicos: Las Ollitas, Zapallar, El Tebal, Posesión Los Hinojos, Estero Los Azules, Quebrada Vilcuya,

Concón, Montenegro, El Retiro, Las Cenizas, Los Guayacanes, Algarrobo, Quebrada Los Perales, Curacaví, Fundo El Peral, y prácticamente todos los de más al sur (VI y VII regiones).

Es probable la presencia de cementerio o de rituales mortuorios, en los sitios de Las Represas, El Retiro y Fundo El Peral, por los hallazgos en las cercanías de restos humanos dispersos; y lo podemos inferir para los sitios Antena I, Concón y Maitencillo (Silva, 1964:267). Se encuentra un entierro en Alacranes I, y cementerio propiamente tal en Papudo B, Las Cenizas, Ritoque A-1 (precerámicos), y Carabineros de El Tabo (cerámico), y probablemente los hubo también en Quilpué (cf. Fonck, 1910).

Así como hay rocas con tacitas aisladas, cabe destacar los sitios "apiñados" en áreas más restringidas, constituyendo localidades y probables circuitos: Papudo, Concón, Las Ollitas, Quilpué, Casablanca, y posiblemente Hacienda Huaquén, Algarrobo, Cartagena, sector cuesta Chacabuco y Farellones.

2.4.3 LOS ESTUDIOS Y LAS EXPLICACIONES EN TORNO AL PROBLEMA DE LAS PIEDRAS TACITAS

Las primeras referencias a las piedras tacitas, y el inicio de una larga preocupación por ellas, las encontramos a fines del siglo pasado. Es José Toribio Medina, con la publicación de "Los Aborígenes de Chile" en 1882, quien inicia la descripción de rocas con tacitas e intenta explicar su uso y la época en que fueron utilizadas. Describe una piedra tacita en Curacaví, y menciona otras en La Patagüilla, Nancagua, Petorca y Viluco. Postula que la de Curacaví pudo servir como piedra de sacrificios, en tanto las otras pudieron ser un objeto de juego y diversión. Llega a la conclusión que el trabajo de la piedra (tacitas, piedras horadadas, petroglifos), debió ser anterior a la influencia incaica y, más aún, tal vez fuera el producto de un pueblo anterior a los araucanos.

En esta misma época, se publican otros trabajos en relación a la "edad de la piedra" en Chile, motivados principalmente por los espectaculares hallazgos de grupos de rocas con tacitas en "El Retiro", de Quilpué (cf. Fonck, 1889; Fonck y Kunz, 1893).

En 1902, don Alejandro Cañas Pinochet publica un acucioso estudio acerca del culto a la piedra en Chile, recogiendo además testimonios de variadas creencias en torno a las piedras en el Viejo Mundo. Aporta datos, que posteriormente fueron utilizados por diferentes autores, acerca de rocas y grupos de rocas con tacitas en Las Ollitas, Papudo, Cerro Los Higueros, El Quebrachal y El Retiro. Para este último lugar, describe un total de 13 piedras tacitas. Por otro lado, incluye valiosos testimonios etnográficos de culto a estas piedras en Guapalcura, Retricura, Curalhue, Palquibudí y La Huerta. Finalmente, concluye que "los hombres primitivos de Chile, al rendir

culto a la piedra, imaginaron un ser o jenio o espíritu dentro o envuelto en ellas". (1902:231). Además, este genio también habría tenido alguna relación con el agua, ya que "todas estas piedras yacen a inmediaciones de corrientes de agua, todas inclinadas en el sentido de la situación de los arroyos o ríos". (ibid:233). En cuanto al "Olimpo de Quilpué", Cañas afirmaba que "debió tener una población crecida, desde que cada cavidad correspondía a una tribu", y que las manifestaciones del culto, debido a la pobreza del lugar y basado en sus estudios arqueológicos y etnográficos, "debieron ser necesariamente periódicas". Por último, postula como probable la hipótesis de que:

"teniendo en consideración la semejanza de ciertas ritualidades en las costumbres de los indígenas, que por el mes de Junio, en los días de la luna nueva, como los indios de Vichuquén y Mataquito, los del valle del Mapocho, del Aconcagua y del Maipo y los regados por sus tributarios, acudirían todos los años a Quilpué a celebrar con danzas, cantos i ofrendas el poder i la bondad de sus dioses". (...) "Muchos objetos extraídos en escavaciones hechas por el doctor Fonck i fragmentos de útiles de alfarería de igual procedencia, dan mayor fuerza a esta presunción de afluencia de jente alrededor del Olimpo de los dioses de piedra." (ibid:338).

En una publicación posterior (1908), este mismo autor transcribe párrafos de su anterior trabajo, y excluye la posibilidad de que la función primaria de las tacitas haya sido la de mortero, debido a la posición horizontal de algunas, y a que otras se encuentran en lugares casi inaccesibles. En cuanto a si su origen es pre o agroalfarero, dice: "dudo de la coetaneidad de los cacharros de cocina con los orígenes de las piedras..."

En 1910, don Francisco Fonck publica finalmente en castellano los resultados de sus observaciones en EL Retiro, constituyendo un valioso testimonio de estos monumentos arqueológicos que ya se encontraban muy deteriorados y que, finalmente, no fue posible rescatar. En "La región Prehistórica de Quilpué y su Relación con la de Tiahuanaco" describe 6 grupos de rocas tacitas de El Retiro, y otros tres grupos en el área de Quilpué. También menciona que en Las Palmas y Los Colihues (distrito de Marga Marga) habría otros grupos de rocas con tacitas. Este autor se pronuncia en favor de una asociación permanente piedras tacitas-cementerio y quiebre ritual de objetos diferenciados por sexo.

Aunque las evidencias encontradas en Quilpué hicieron afirmar al Dr. Fonck que "las tacitas sirvieron efectivamente para moler el maíz y otros comestibles" (1910a:21), se preocupa al mismo tiempo de establecer las relaciones entre los diferentes grupos que habrían practicado el quiebre de objetos junto a las sepulturas, como parte de un ritual sistemático y definido, en tanto "la fractura de tantos objetos, sean útiles de piedra, ollas y piedras sin uso a la vez, no admite (...) otra explicación que las ceremonias fúnebres" (ibid:27).

De esta manera, el Dr. Fonck asumía las ideas "animistas" ya expresadas por Medina y Cañas Pinochet, luego llevadas a su máxima expresión por Latcham (1915), quien informa de dos costumbres relacionadas: "matar la vasija", para que pueda escapar su espíritu para juntarse con el de su dueño (1915:100); y el quiebre intencional de las piedras de moler antes del entierro, al parecer, "en señal de duelo" (ibid:259).

Las más cercanas evidencias del quiebre ritual asociado a los enterratorios las encuentra el Dr. Fonck en la "Bahía de los Algodonales", al norte de Cobija, y de allí pasa a Tiahuanaco, en donde se habían observado millones de fragmentos de ollas de barro cocido, cuyo quiebre habría sido

la culminación del sacrificio ritual, con lo cual quedaría establecido el nexa entre Quilpué y Tihuanacu (cf:ibid: 39ss).

Ese mismo año el Dr. Fonck publica la descripción de un sangrador encontrado alrededor de las tacitas de "El Retiro", adjuntando el interesantísimo dato de que también junto al camino Quilpué-Villa Alemana-Peña Blanca había varios grupos de piedras tacitas (Fonck, 1910 B: 51).

Don Aureliano Oyarzún (1910: 28-30) describe las piedras tacitas del Valle del Estero de Cartagena y su contexto. El cree que estas rocas fuvieron varios usos: juegos, molienda de maíz, depositación de ofrendas, e incluso plantea la posibilidad de que fueran utilizadas para hacer sacrificios de animales o humanos. En cuanto a su filiación cultural, "lo más seguro es que han sido trabajadas en una época antiquísima, anterior quizás a la misma raza araucana". (ibid:30).

Por su parte, Guevara (1910, IV) revisa las evidencias de sitios aportadas por otros autores hasta esa fecha, agregando como dato etnográfico las ofrendas realizadas a la piedra de Pukilón (Toltén a la costa). Recoge diversas opiniones acerca de la funcionalidad de estas piedras, postulando finalmente que la explicación está "más allá de la creencia actual del indio de que en estas piedras reside un espíritu bueno o malo"; y que las tacitas ya sea "aisladas o unidas por canaletas, i las de los calados en forma ovoidal, han estado destinadas al culto de la lluvia, que se deriva del culto solar". Con respecto a su origen, opina que "son el resultado de una evolución que se operó por influencia peruana en el sentimiento religioso araucano" (ibid:559). Este culto habría incluido el sacrificio de animales, una invocación pública y colectiva, danza y música.

También Max Uhle, en 1915, se pronuncia en torno a la funcionalidad de las tacitas, a raíz de la descrip-

ción de una de ellas de Constitución, expresando que claramente fueron utilizadas como morteros, avalado por la presencia de manos de moler en su cercanía.

Para la antigua provincia de Colchagua, hay algunos datos más o menos precisos del profesor don Anselmo Bravo (1921, MS). Describe una piedra tacita llamada "Piedra del Indio" en los cerros de Nenquén, y varias en el fundo El Huique, aparentemente asociadas a un cementerio de túmulos (apud Latcham, 1929: 504-505).

En 1928, don Ricardo E. Latcham publica "La Prehistoria Chilena". En el capítulo dedicado a los indígenas de la zona central (VII) presenta como propio de ella la concentración de piedras tacitas que, aunque aparecen al norte, al sur y al otro lado de la cordillera, "se encuentran en mayor abundancia... en las provincias de Aconcagua, Valparaíso, Santiago y Colchagua" (Latcham, 1928: 143). Opinaba que fueron hechas por el pueblo cerámico de los túmulos, y que habrían sido

"centros de antiguos ritos religiosos, rogatorias, etc.. y las tacitas eran destinadas a recibir las ofrendas de comidas y licores que los indios acostumbraban a ofrecer a los númenes de sus devociones, los espíritus de sus antepasados o a sus seres tutelares" (ibid:144).

La publicación, en 1929, de "Las piedras tacitas de Chile y Argentina", de este mismo autor, marca un hito que no se repetirá hasta décadas más tarde. Aquí reúne toda la información que se tenía hasta la época en cuanto a sitios con tacitas y a sus interpretaciones. Por otro lado, es importante porque reúne la información transandina, llegando a la conclusión de que allí las piedras tacitas se distribuyen al norte del paralelo 33, llegando hasta los 24° en la Puna de Jujuy y Puna de Atacama, centrándose en la región diaguita-argentina.

Para Chile, en cambio, el límite norte lo ubica en el Departamento de Ovalle (30°03') y por el sur el río Toltén (39°03'). Le parece extraño que no aparezcan más piedras tacitas en el área diaguita-chilena, ya que son abundantes en la zona argentina de esta cultura. En cuanto a su función original, vuelve a pronunciarse en contra de la hipótesis del uso doméstico como morteros comunales, aduciendo que se ha encontrado algunas tacitas horizontales, que a veces las unen canaletas, que su densidad sobre las rocas no permitiría el trabajo de varias personas, que a veces la rocas se encuentran en lugares inhóspitos y de difícil acceso y que, por último, los indígenas poseían morteros portátiles de uso más fácil. En sus propias palabras, concluye:

"Nuestra explicación, que creemos ser la justa, es que dichas piedras deben su origen a los ritos mágico-religiosos relacionados en gran parte con el totemismo y el culto de los antepasados, que eran universales entre los antiguos pueblos andinos". (Latcham, 1929: 513-514).

En las décadas del 30 y 40 disminuye considerablemente la actividad científica. Solamente se describen algunas tacitas de Papudo, El Tabo, el valle de Casablanca y Algarrobo (Fontecilla, 1933; Ibáñez, 1939; Gajardo, 1939 y Ludeman, 1944, respectivamente).

No es sino hasta mediados de la década del 50 que se retoma la problemática en torno a las tacitas, con algunas noticias (Berdichewsky, 1956; León, 1952, 1957 y 1959) y tres investigaciones que reinician los intentos de integración e interpretación de la data.

Es Osvaldo Menghin (1957) quien intenta un análisis universal de estos monumentos de amplia dispersión, en sus aspectos cronológico, morfológico y funcional. Afirmaba

que han sido objeto de sucesivas reutilizaciones y que, en general se asocian a grupos agroalfareros, aunque en Chile distingue:

"grupos de tacitas que se hallan en conexión con industrias líticas prealfareras, probablemente restos de pescadores y recolectores sin conocimiento de cultivo, no debemos olvidar que se trata de culturas atrasadas cronológicamente coetáneas con complejos culturales mucho más avanzados que florecían en la vecindad e influenciaban sobre la población más primitiva". (Menghin, 1957:4).

Dada su variedad formal, concluye que no son sostenibles las teorías que tratan de explicar las piedras tacitas como fenómeno funcionalmente unitario. "En general -dice- ni siquiera las tacitas del mismo país o de la misma época ni de los mismos caracteres morfológicos pueden interpretarse desde un solo punto de vista". (ibid:11).

También en 1957, Jorge Silva publica sus "Noticias sobre investigaciones en Piedras Tacitas", describiendo someramente los sitios de Papudo, Caleu, Ritoque, Las Cenizas y Ventanas, y sus contextos. Finalmente, sugiere una permanencia prolongada del pueblo que utilizaba las tacitas, debido a la existencia de sitios cerámicos y no cerámicos.

En el seno de la Sociedad Fonck es el Dr. Roberto Gajardo (1958-59) quien realizó excavaciones a gran escala en la localidad de Las Cenizas. Trataba de comprobar la filiación precerámica tanto de las piedras horadadas como de las piedras tacitas y la asociación de estas últimas con el ritual mortuorio. Ambas hipótesis son comprobadas con las excavaciones, y contrastadas con otras evidencias para la zona central.

En la década del 60 se acumulan más descripciones de piedras tacitas en la zona central (cf. Brügger y Krumm, 1964; Silva, 1964; Ortiz, 194; Berdichewsky, 1964b; San Martín, 1964; Niemeyer, 1964), incluyendo algunos intentos de estudio a niveles mayores, esto es, por localidades o regiones (cf. Niemeyer, 1960, y Domínguez, 1965). Cabe destacar los estudios de Alberto Medina, Ruperto Vargas y Ciro Vergara en el sitio "Piedra de los Platos", en Altos de Vilches. Estratigráficamente, se logra discriminar 4 niveles y 6 subniveles, correlacionando aspectos geológicos y culturales, reconociendo una tradición de recolectores, otra de cazadores recolectores, un grupo agroalfarero y, finalmente, la presencia de un agroalfarero con influencia española y araucana. Por la abundancia de colorantes y de manos de moler, se adscribe la utilización original de las piedras tacitas al primer nivel de recolectores, sellado por los rastros de un posible avance glacial (Medina Y Vergara, 1969: 463).

Dentro de esta tendencia a ocupar cada vez más los aportes de otras disciplinas, se inserta el trabajo de Julio Montané (1964), intentando fechar las ocupaciones costeras según las terrazas donde éstas se ubiquen. Es interesante que las tacitas detectadas en la costa central en esa época (Ritoque, Ventanas, Los Placeres, Papudo), sólo se encuentran sobre la segunda terraza, fechada tentativamente entre 2.000 y 6.000 años A.P.

En base a similares evidencias costeras, más las de Concón y Mata Gorda, Raúl Bahamondes (1969), plantea en su secuencia cultural para la zona central una segunda ocupación precerámica -el complejo Papudo- que se caracteriza por sepulturas cubiertas con parte del conchal, formando un pequeño túmulo y cuerpos flectados, en decúbito lateral derecho. Entre sus materiales culturales característicos se mencionan las piedras tacitas, piedras horadadas, percutores, horadores, manos de moler, molinos y puntas de proyectil triangulares.

En base a sus restos alimenticios, se concluye que se trataría de un pueblo de "recolectores marinos y terrestres complementadas con actividades de caza y pesca minoritarias" (ibid:270), de carácter nómada, que se habría desarrollado entre el 6.000 AP y el 250 d.C., hasta toparse con la llegada de cerámica de la Zona Central. Estas ideas han sido mantenidas y complementadas hasta el día de hoy por Jorge Silva, en sus trabajos de síntesis para Valparaíso (1980) y la Zona Central (1981).

En el decenio 1970-1980, se obtiene información acerca de un mayor número de sitios con tacitas en la zona central del país (cf. Borries, 1971; Sanguineti, 1972; González, 1974 MS; Stehberg y Durán, 1976 MS; Yacas, 1977 y 1978 MS; Ojeda, 1979 MS); algunos de los cuales son recogidos y caracterizados someramente en el "Diccionario de sitios arqueológicos de Chile Central" (Stehberg, 1975) y su apéndice 1975-77 (Stehberg, 1977).

Al estilo de los antiguos estudios de la prehistoria chilena y sus problemas, León Echaíz (1976), incluye a las piedras tacitas como una manifestación más de la "Cultura de las Piedras Horadadas". Este pueblo habría llegado aproximadamente hace 5.000 años, como parte de una tercera corriente de inmigrantes. Su vida social y económica habría girado en torno a las piedras horadadas; agricultores, con conocimiento de la cerámica, y cuyos entierros habrían sido cubiertos por túmulos. En cuanto a la funcionalidad de las piedras tacitas dice:

"En nuestra opinión, las piedras de pequeño tamaño no han podido tener otro objetivo que el de servir para la molienda; y las de gran tamaño han sido piedras sacramentales para realizar ciertas ceremonias." Y agrega: ..."las piedras tacitas han sido utilizadas por culturas posteriores y por núcleos modernos, lo cual pue-

de inducir a confusiones. Tal es el caso, por ejemplo, de las danzas rituales de tinte incaico realizadas por indígenas de Mataquito junto a tales piedras".(León, 1976:58).

El último trabajo de análisis, interpretación y síntesis acerca de la problemática piedras tacitas se incluye en un estudio antropológico de mayor envergadura, centrado en el asentamiento del Cerro Blanco, en el sector norte de la ciudad de Santiago (Massone, 1978). En la ladera norte de este cerro, se descubrió un gran afloramiento rocoso, con un total de 149 tacitas. Adosados al bloque, y cubriéndolo en parte, se logró determinar claramente la presencia de un nivel cultural precerámico tardío y otro de carácter cerámico, con tres subniveles consecutivos, que van desde los tipos cerámicos Molle I hasta la cerámica subactual y Aconcagua-salmón en su parte superior. Se hace una interesante correlación entre la forma de las tacitas y el estrato asociado, siendo características del precerámico las tacitas elípticas cónicas, en tanto sobre este estrato predominan las circulares cónicas y las incipientes.

Según Massone (1978:95-100), las tacitas de Las Cenizas no presentan un grado de asociación confiable con aquellas correspondientes al estrato precerámico del Cerro Blanco. Por el contrario, existiría un grado de asociación aceptable respecto de aquellas correspondientes a la ocupación agroalfarera, aunque los índices más altos de correlación se establecen con sitios Molle del Norte Chico, tales como El Toldo (Iribarren, 1962:41); La Mollaca (loc.cit.); La Totorita (loc.cit.); Piedra Grande (loc.cit.) y Valle El Encanto (Ampuero y Rivera, 1971:90, 93-96).

Tanto Iribarren (1962) como Ampuero y Rivera (1971) relacionaron las piedras tacitas de tales sitios con el Complejo Molle, asignación que se verifica estratigráficamente

en el Cerro Blanco.

Respecto del precerámico, el sector correspondiente a este estrato en el Cerro Blanco se relaciona claramente con sitios como Quebrada Romeral (Schiappacasse y Niemeyer, 1965-66:302, 303-305) y Guanaqueros (Schiappacasse y Niemeyer, 1964:238, 239, 240, 241-244).

En cuanto a la funcionalidad de la roca, Claudio Massone comprueba en ambas ocupaciones la de molienda, dada la presencia de manos de moler que se corresponden perfectamente con las oquedades. Esta situación es interpretada como el uso del lugar como paradero. Sin embargo, también se postula una función ceremonial, dado el porcentaje de manos, morteros, metates y piedras horadadas quebradas. Aunque no se encontraron evidencias de asociación a un cementerio, que explicara el ritual, la posibilidad no quedó descartada.

3. EVIDENCIAS

3.1. LAS EXCAVACIONES EN LAS CENIZAS. CAMPAÑA 1956-57

Los trabajos realizados por don Roberto Gajardo desde Diciembre de 1956 hasta Marzo de 1957 en la localidad de Las Cenizas, fueron el resultado del planteamiento de cuatro objetivos básicos en torno al problema de las "piedras tacitas" de la Zona Central: su función, su asignación cultural, su definición temporal y su relación con las piedras horadadas.

Este interés por las piedras tacitas estaba motivado por una gran cantidad de estudios sobre este fenómeno arqueológico característico de la zona central, aunque no exclusivo de ella. Estos estudios estaban dedicados fundamentalmente a especular sobre su probable funcionalidad, comparando las diferentes expresiones conocidas en casi todo el mundo.

Después de prospectar la provincia de Valparaíso, y habiendo reconocido las concentraciones de piedras tacitas en las zonas de Limache, Quilpué, Marga Marga, Casablanca y Las Cenizas, se escogió esta última localidad por reunir las condiciones más favorables para el estudio, dadas la cantidad de piedras tacitas no descritas que allí se encontraban, a pesar de que eran conocidas por la Sociedad Fonck desde el año 1937, la cercanía con Viña del Mar y las facilidades otorgadas por los dueños del fundo.

Durante los trabajos del Dr. Gajardo se descubrieron (re-descubrieron) seis grupos de piedras tacitas, es decir, seis afloramientos rocosos en los cuales se habían practicado las famosas horadaciones artificiales. Estas piedras con tacitas se encontraban concentradas en torno al actual tranque de Las Cenizas y en el curso inferior del arroyo que lo nutre, es decir, en torno a la antigua cuenca del arroyo que corre al noroeste del lago artificial de Peñuelas, afluente del estero El Sauce, que desemboca en Quebrada Verde.

Las excavaciones del Dr. Gajardo estuvieron centradas en torno al afloramiento rocoso más importante, llamado GRUPO 1, ubicado sobre una pequeña elevación que domina el valle, en la ribera sur del arroyo, junto al camino que conduce al potrero "La Invernada", a 1,5 km del tranque Las Cenizas en dirección noreste.

Los primeros sondeos fueron realizados en el sector central del afloramiento, donde las rocas dejaban un espacio libre, dando la impresión de un "anfiteatro" de 13 por 8,5 metros. En pleno centro del anfiteatro se encontraba una piedra en cuya superficie plana se habían practicado 19 horadaciones artificiales o "tacitas". Esta piedra aproximadamente rectangular tenía por debajo una forma equillada, y parecía estar sostenida por piedras cilíndricas.

En los primeros diez centímetros de profundidad había una gran cantidad de fragmentos de cerámica utilitaria, monócroma, sin decoración. Aunque se encontraban en todo el sector del "anfiteatro", los fragmentos estaban más concentrados "en la vecindad de la piedra con tacitas" (1958-59:176). Este nivel cerámico tenía una potencia de alrededor de 25 cm en toda la extensión del recinto.

Por otra parte, en el interior de dos tacitas se encontraron, incluidos en la tierra que los cubría, lascas, una mano de moler y dos percutores, "uno de ellos remotamente teñido con alguna sustancia roja. (Además), en el fondo de una tacita, mezclado con tierra, había restos de un polvo rojizo" (loc.cit.).

Entre los treinta cm de prof. y el piso estéril en este sector central, ubicado a alrededor de un metro de profundidad promedio, sólo se encontró material lítico: manos de moler, percutores, puntas de proyectil apedunculadas y piedras horadadas, enteras y fragmentadas. Además, se identificaron

algunos restos óseos de mamíferos terrestres y de aves.

Las excavaciones prosiguieron en la periferia del afloramiento, descubriéndose un gran cementerio en el estrato precerámico, concentrado en el sector inmediato al norte de las rocas. Se practicaron once trincheras, que abarcaron una superficie total de 370 m², hasta una profundidad que oscilaba entre 0.50 y 3 metros.

Se constató la ausencia de cerámica en el nivel superior al alejarse unos pocos metros del afloramiento (cf. ibid: 178), encontrándose sólo material lítico y óseo en toda la deposición cultural.

De acuerdo con las anotaciones del Dr. Gajardo, la posición predominante de los cuerpos era de decúbito dorsal o lateral con las piernas flectadas o "genuflexos", postura que debió lograrse con la ayuda de fuertes amarras. Sin embargo, también aparecieron dos cuerpos totalmente extendidos decúbito dorsal, en el mismo nivel de los genuflexos, y con un ajuar similar al de éstos. La mayoría eran entierros individuales, pero los había también dobles, así como superposiciones que no alteraron los entierros anteriores.

En cuanto a la forma del enterramiento, no se observó las huellas de una excavación para depositar el cuerpo. Al parecer, eran simplemente puestos sobre el suelo o en una pequeña oquedad, y luego cubiertos con una tierra vegetal muy negra y untuosa, formando así pequeños túmulos señalados o protegidos por un grupo de diez a quince piedras naturales de tamaño pequeño, entre las que se incluía a veces algún artefacto: percutores o piedras horadadas quebradas por la mitad. (cf. ibid:187).

Los cuerpos estaban enterrados a diferentes profundidades del piso actual, entre 53 cm y más de dos metros,

pero no se distinguió una estratificación cultural clara. Sin embargo, había cuatro individuos enterrados en el nivel inferior, entre dos y tres metros de prof, que serían "al parecer los más primitivos" (ibid:194). Además, el ajuar lítico asociado a estos restos y a los hallados en el sector noroeste del cementerio era de un tipo más tosco, aparentando "mayor primitivez" (ibid:187).

Estas evidencias materiales estarían avaladas por los caracteres morfológicos de la población allí enterrada. En efecto, según las observaciones del Dr. Gajardo, la mayoría de los individuos tenía huesos de regular grosor, "salvo los del extremo noroeste y los más profundos del cementerio que eran de huesos más gruesos". (ibid:193).

El ofertorio estaba compuesto por material lítico tallado y pulido y material óseo, y las ofrendas consistían en una notable variedad de alimentos marinos y terrestres. EL material lítico incluía núcleos, lascas, raspadores, puntas de proyectil apedunculadas (aunque también apareció alguna con un grueso pedúnculo), manos de moler, piedras horadadas y morteros, algunos de los cuales presentaban "señales claras de tinción con una sustancia roja" (ibid:187). Además, se encontraron trozos de colorante rojo, ocre y blanco asociados a varios entierros. Los adornos están representados por cuentas de collar confeccionadas en piedra, las que se encontraron asociadas a tres individuos. Los instrumentos elaborados en huesos consistían en punzones y probablemente agujas.

Los alimentos están representados por conchas de diversos moluscos (loco, taca, chapas, machas, caracoles de mar, etc.); huesos y vértebras de pescados; huesos de aves (zancudas y ánades); y huesos de mamíferos terrestres, muchos de ellos calcinados y semifosilizados. Estas ofrendas habían sido colocadas preferentemente junto o sobre el tórax de los individuos.

Se pudo identificar, además de los depósitos de alimentos como ofrendas a los muertos, acumulaciones de conchas y huesos quemados, así como fogones bastante grandes, que mostraban la probable utilización del sitio como paradero temporal. También habla en favor de esta hipótesis la presencia de restos de conchas muy molidas sobre el piso original, en un sector bastante extenso, sobre el cual se aprecia la mayor densidad de enterratorios. (Excavación F)

Las evidencias indicaban una relación entre la población precerámica que ocupaba el cementerio, las piedras tacitas y las piedras horadadas. Sin embargo, el Dr. Gajardo decidió comprobar esta hipótesis, ya que podía suceder que no fuera la misma población la que ocupaba simultáneamente el sitio como cementerio y realizaba la molienda ritual en las tacitas. Además, había que explicar la presencia del nivel cerámico y su relación con las tacitas.

Con el fin de comprobar la relación entre la población precerámica y las tacitas, se realizaron excavaciones en torno a cuatro afloramientos rocosos que no presentaban horadaciones artificiales, resultando todas negativas. Luego se realizaron excavaciones en torno a otros tres grupos de piedras con tacitas (Grupos II, III y IV), encontrándose cementerios precerámicos en los dos últimos, ubicados nuevamente al norte del afloramiento, como un patrón de orientación bien definido, con el mismo patrón mortuario y ajuar precerámico que el Grupo I, aunque de menores proporciones.

Sin duda, estas comprobaciones eran concluyentes, pero estaban avaladas además por los hallazgos realizados en otras localidades, tales como "El Retiro" de Quilpué, en donde el Dr. Fonck (1910) encontrara los restos de las mismas manifestaciones que en Las Cenizas, pero en casi completa destrucción.

A pesar de todo se identificaron en El Retiro

siete grupos de piedras tacitas, asociados al mismo tipo de material precerámico, y en uno de ellos restos humanos que probablemente pertenecieron a un cementerio de ese estrato.

También le sirven como prueba las evidencias de los sitios "Los Carabineros de EL Tabo" (Ibáñez, 1939); Papudo (Silva, 1957 y 1964); y Ritoque (Montané, 1964). Todos estos sitios muestran a una población precerámica con un patrón mortuario bien definido, asociado a las piedras tacitas, con uso de colorantes, piedras horadadas, y el quiebre de algunos elementos como parte del ritual mortuario. El nivel cerámico quedó como una interrogante, con muy escasas y poco diagnósticas evidencias.

Finalmente, el Dr. Gajardo postula que las piedras tacitas fueron utilizadas por diferentes poblaciones a través del tiempo, "y que tuvieron aplicación utilitaria y por sobre eso ritual de rendición de culto y ofrendas a los espíritus de los muertos" (ibid:203).

3.1.1 ANALISIS DEL MATERIAL OSEO HUMANO

Después de veinte años de permanecer guardados en bodega, se identificaron los restos muy fragmentados de 36 individuos. La mayor parte de los restantes no pudieron ser conservados por encontrarse en muy mal estado en el momento mismo de las excavaciones, y un pequeño porcentaje se pudo perder durante el largo tiempo que permanecieron guardados. Afortunadamente, los huesos que se conservaron estaban en excelentes condiciones, posibilitando la realización de buenas reconstrucciones, dando un alto grado de confiabilidad a las medidas e índices obtenidos.

Este trabajo de restauración y análisis morfológico constituyó la Práctica de Laboratorio de uno de nosotros (Ramírez, 1980b), cuyas conclusiones recogeremos aquí con el fin de confrontarlas con las del Dr. Gajardo.

Después de realizar un ordenamiento y limpieza de los restos óseos, solamente se pudo restaurar los cráneos de 12 individuos, en el grado que hiciera posible las mediciones, es decir, una muestra correspondiente al 16 % del total de los cuerpos exhumados.

Las mediciones permitieron obtener los siguientes índices: Índice craneano horizontal; Índice promedio de altura y Módulo craneano auricular, de acuerdo con las clasificaciones de Stewart, Martin y Munizaga (cf. Munizaga, 1965:220). También se observaron algunos rasgos de variación discontinua, definidos por Stewart, Hrdlicka y Munizaga como buenos indicadores para la comparación de poblaciones.

La alta frecuencia de un Índice Craneano Horizontal menor a 74.9 (casi el 100%), permite caracterizar a una población marcadamente dolicoide, incluyendo algunos hiperdoli-

coides (25 %), y sólo uno en el límite del rango para los mesocéfalos. Además, los cráneos son altos y de tamaño pequeño (ver TABLA 1). Estas últimas características pudieron ser las que llevaron al Dr. Gajardo a considerar a la población de Las Cenizas como predominantemente mesocéfala.

No se aprecian patologías, excepto una depresión en el techo de la órbita en el craneo 21, que podría corresponder a una masa tumoral encapsulada. Tampoco se aprecian huellas de golpes, osteoporosis ni deformación craneana intencional.

En la TABLA 2 se aprecia que el rasgo de variación discontinua más significativo son las dehiscencias timpánicas, observadas en 8 de los 12 cráneos, es decir, con una frecuencia cercana al 70 %. Este rasgo parece caracterizar a las poblaciones costeras, pudiendo corresponder a una patología. La arteria Emisaria de la Meningea Media aparece claramente en dos casos (16,5 %).

Entre las observaciones preliminares del Dr. Gajardo, había varios indicadores de la presencia en el sitio de al menos dos poblaciones para el precerámico. En primer lugar, aquella caracterizada como típica en Las Cenizas, con entierros genuflexos, puntas apedunculadas, piedras horadadas, manos de moler y uso de colorantes. La otra población, que sería más temprana, estaría caracterizada por individuos con huesos más gruesos, acompañados de un ajuar más tosco y primitivo, en el sector más profundo y en el noroeste del cementerio. Lamentablemente, la falta de evidencia impidió verificar esta posibilidad.

TABLA N° 1
MEDIDAS E INDICES CRANEANOS

Nº	Sexo	Edad	APM	TM	P-P	B-P-P	P-B	ICH	IPA	MCA
8	F	A1	180	129	112	112	125	71.66	72.49	140.33
9	M	A1	175	131	114	109	123	74.85	71.24	138.33
13	M	A2-3	193	(134)	111	122	134	69.43	74.61	149,66
15	M	A2	181	134	115	119	132	74.03	75.55	144,66
19	M	A2	188	135	122	121	136	71.80	74.92	148,00
21	F	A0	178	128	110	120	(132) ^o	71.91	78.43	142,00
22	F	A3	183	(130) _s	(110) _s	110	123	71.03	70.28	141,00
23	F	A0	178	(126) _s	(112) _s	111	124	70.78	73.02	138,33
29	M	A2	190	130	112	112	125	68.42	70.00	144,00
33	F	A0	180	135	112	120	132	75.00	76.19	145,00
34	M	A2	187	125	112	115	127	66.84	73.71	142,33
61	M	A1	186	136	115	113	127	73.11	70.18	145,00

APM - diámetro antero posterior máximo

TM = diámetro transversal máx.

P-P = diám. porion-porion

B-P-P= altura bregma-porion-porion

P-B = altura porion-bregma

ICH= índice craneano horizontal

IPA= índice promedio de altura

MCA= módulo craneano auricular

()= medida estimada

/ /= medida aproximada

o = corrigiendodeformación post-mortem

s = por simetría

Todas las medidas están expresadas en milímetros

TABLA N° 2
 CARACTERES DE VARIACION DISCONTINUA

N°	HA	HI	EMN		DT		OCA		CL		APC
			I	D	I	D	I	D	I	D	
8	-	-	o	-	+	+	-	-	o	-	-
9	-	-	o	-	-	-	-	-	-	-	-
13	-	-	o	o	o	o	o	o	-	-	-
15	-	-	o	-	+	+	-	-	-	o	-
19	-	-	o	o	o	-	o	-	o	-	-
21	-	-	-	-	+	+	-	-	o	o	o
22	-	-	o	o	+	+	-	-	o	-	o
23	-	-	-	-	-	+	o	-	-	-	o
29	-	-	-	-	-	+	-	-	-	-	-
33	-	-	o	-	-	o	-	o	-	-	-
34	-	-	-	o	+	+	-	o	-	o	-
61	-	-	o	-	+	+	-	-	-	-	-

HA = hueso apical

HI = hueso interparietal

EMN= arteria emisaria de la meningea media

DT = dehiscencias timpánicas

OCA= ostema del conducto auditivo

CL = conducto lateral

APC= agujero parietal central

- = ausencia

+ = presencia

o = oscuro

ANALISIS DENTARIO (1)

A pesar de lo fragmentario del material, guardado desde la década del 50, se logró analizar un total de 220 dientes, provenientes en su mayoría de los 12 cráneos medidos. El estudio reveló finalmente que el individuo "tipo" Cenizas corresponde a un adulto, de edad A_0 y A_3 , con 1,1 caries, sufriendo de una osteitis fistulizada y con todos sus dientes desgastados hasta la mitad de su corona (con un promedio de abrasión de 4,02 en la escala de 1 a 10)(Silvia Quevedo, 1976). Por lo tanto tiene muy reducida su capacidad masticatoria, y es portador de una lesión dolorosa y seguramente debilitante por sus reactivaciones.

La caries dentaria está en el 6,36% de los dientes, ubicada exclusivamente en aquellas piezas que por su anatomía facilitan la retención prolongada de alimentos. En general son caries del esmalte, con muy poca destrucción del tejido dentario.

En 8 cráneos de los 12 hay 14 lesiones óseas (osteitis), con evidencia externa. Todas estas lesiones son derivadas de la exposición e infección pulpar producto de una muy rápida abrasión, que impidió la formación de dentina secundaria. (Sicher, 1970).

El diente en pala es poco observable, debido al grado de abrasión en la población estudiada. Solamente un diente de 24 presenta esta característica y en forma muy poco nítida (de acuerdo a los parámetros de Campusano et.al.1972).

El abrasivo presente en la dieta de estos indígenas era de partículas gruesas, ya que las superficies abrasionadas no son totalmente pulidas. Esta fuerte abrasión, unida a una dieta fibrosa y a la resistencia natural de los dientes,

inhibían la formación de caries. La presencia de éstas, aunque en baja frecuencia, se debe a los hidratos de carbono que fermentaron en fisuras y otras zonas retentivas, y a la presencia de las bacterias apropiadas.

La frecuencia de caries aparece como baja, sin embargo, al compararla con algunas poblaciones precerámicas costeras, se acerca más a la frecuencia de una población agroalfarera del norte grande:

- Promedio de dientes cariados por individuo (Rosemberg, et. al., 1969:14)

Las Cenizas	Chinchorro	Tiahuanaco-Atacameño
1,16	0,045	1,92

- Dientes cariados respecto del total de dientes (Quevedo, 1976)

Las Cenizas	Punta Teatinos
6,36%	1,01%

(1) El análisis dentario fué realizado por el Dr. Adolfo Fernández Correa C.D. (1982 Ms)

3.1.2 ANALISIS DEL MATERIAL LITICO

El instrumental lítico tallado que se logró estudiar de la campaña 1955-57 consta de un total de 53 piezas: 26 puntas de proyectil completas, 25 fragmentos de puntas y 2 raspadores de uña.

Las materias primas dominantes son la calcedonia y la andesita, y, aunque las piezas siguen un patrón formal de base recta, se destacan 3 puntas con pedúnculo. Una de ellas se puede apreciar en Lám. 16c .

Se pudo determinar que algunos de estos elementos eran parte de el ofertorio mortuorio fragmentario, que se encontró con los restos guardados de los siguientes individuos:

Individuo 2:	2 puntas de proyectil y un fragmento.
4:	1 punta de proyectil
5:	4 puntas, una preforma y un raspador de uña.
7:	1 punta
9:	3 puntas y 2 fragmentos de puntas
10:	2 puntas
13:	1 punta (también un pendiente de concha)
15:	5 puntas, 1 raspador (y dos punzones de hueso)
21:	2 puntas
22:	1 fragmento de punta y una lasca
29 y 30:	2 fragmentos de puntas.

3.2. CAMPAÑA 1980

Durante el primer trimestre de 1980, un equipo de trabajo integrado por Pilar Alliende, María Pía Galarza, Nuriluz Herмосilla y José Miguel Ramírez, realizó diversos trabajos de terreno en Las Cenizas, con el fin de cumplir con sus Prácticas Profesionales. El análisis de la data obtenida se realizó durante ese año académico.

Se plantearon los siguientes problemas generales:

- Caracterización de la localidad arqueológica de Las Cenizas.
- Caracterización ecológica de la localidad de Las Cenizas.
- Caracterización de la presencia de grupos alfareros en la localidad de Las Cenizas.
- Reevaluación del carácter precerámico del cementerio Las Cenizas.

Metodología:

Con el fin de lograr los objetivos del 1^{er} tema, se realizaron prospecciones en la localidad, detectándose 6 sitios, cuatro de los cuales (I, II, III, IV) corresponden a sitios ya estudiados por el Dr. Gajardo, y dos (VII, VIII) a sitios detectados durante nuestras prospecciones (ver Lam.3). Los grupos V y VI, encontrados en la campaña 1956-57 (Gajardo, 1958-59:170), no fueron reubicados, debido a la espesura del bosque y la zarza, pese a haber dedicado varios días a buscarlos, incluso con la ayuda de su descubridor.

Se realizó un levantamiento con huincha y brújula de la totalidad de los sitios ubicados; se practicó recolección de material superficial en los grupos I, III y VIII, limpieza

de perfiles en los grupos I, III y IV, y excavaciones en los grupos I, III y VIII.

Con el objeto de verificar la estratigrafía general y la afiliación precerámica del cementerio asociado al Grupo I de piedras tacitas (ver Lam.4), se procedió a ubicar un área cercana al sector excavado por el Dr. Gajardo, en donde realizar excavaciones. Se practicó una recolección superficial entre las rocas A, B, C y D. Al despejar una zona no tocada en la campaña anterior, al norte de la roca D, se encontraron las rocas E y F, que también tenían tacitas.

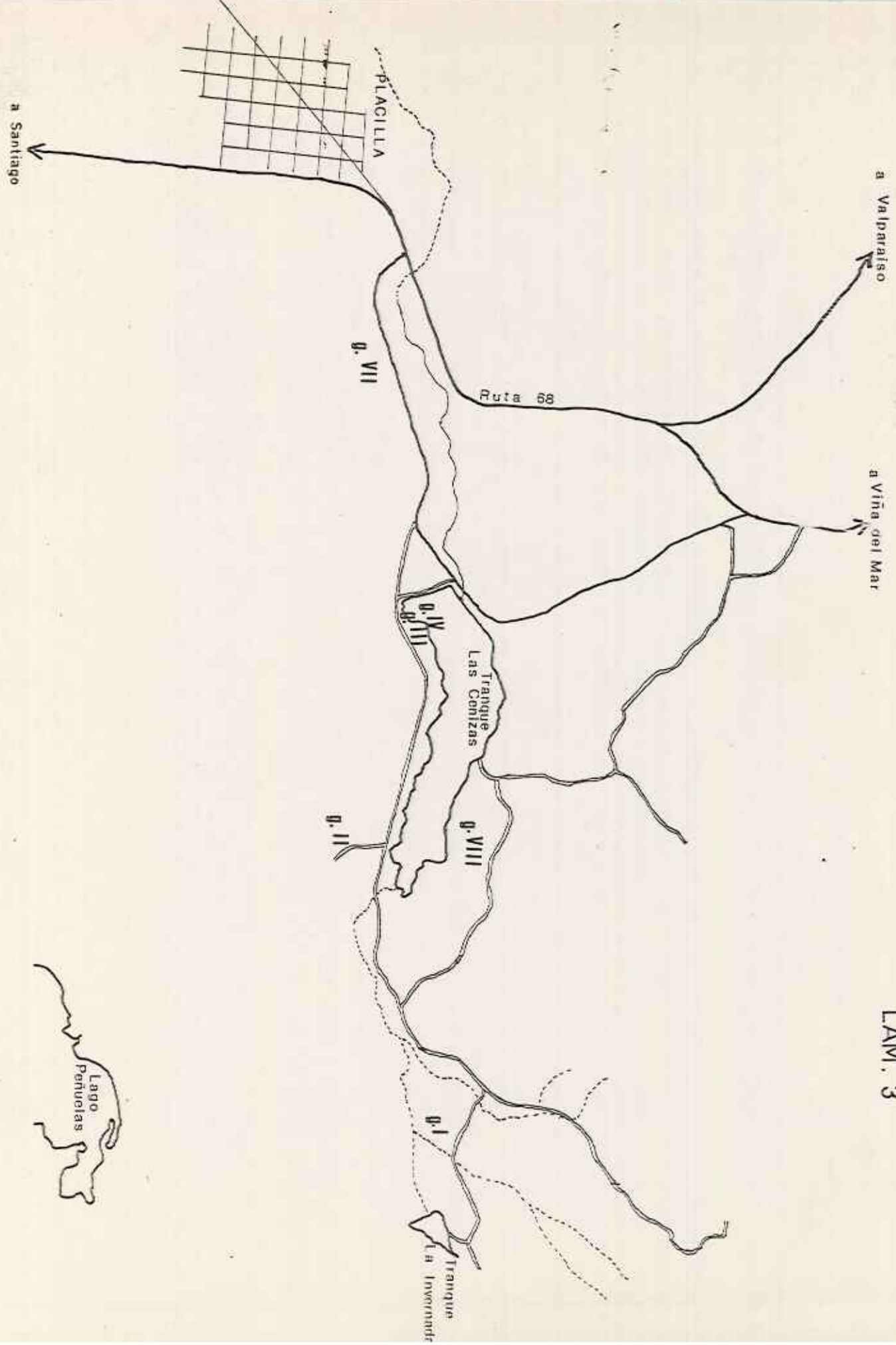
Cruzando un tupido matorral hacia el NE del sector G trabajado por el Dr. Gajardo, en una zona más despejada de zarzas, se realizó un pozo de sondeo de 1 x 1 m. para comprobar la presencia de ocupación humana. La superficie estaba ocupada por una capa de agujas de pino, de unos 5 cm de espesor. Se excavaron solamente 10 cm, debido a la dureza del terreno, descubriendo fragmentos de cerámica monocroma, sin decoración, loza y desecho de talla. En vista de estos resultados, se escogió este lugar para hacer una cuadrícula de 3 x 3 metros, que llamamos M-80 (ya que el Dr. Gajardo habría excavado hasta el sector "L"), al igual que todo este sector de nuevas perspectivas. La cuadrícula se realizó orientando uno de sus lados al Norte magnético, para facilitar los levantamientos, quedando el vértice suroeste a unos 4 metros de una roca, que al ser despejada de vegetación, mostró tener 3 tacitas incipientes y una batea. El interior de la cuadrícula fué subdividido en nueve sectores de 1 x 1 metro, rebajándose parcialmente por separado, según estratos artificiales de 10 centímetros, hasta el piso estéril.

Ya que el área en torno a la roca recién descubierta (M-80) no había sido tocada en las excavaciones de 1957, era la oportunidad de comprobar la relación entre la ocupación cerámica y la roca con tacitas. Para este efecto, se trazó una red

de 48 pozos de 1 m^2 en torno a la roca, con 19 subpozos de menor tamaño (ver Lam.11). La mayor parte de esta red fue removida sólo en su nivel superficial, entre 5 y 10 cm. de profundidad. Por la especial riqueza de materiales que parecían presentar, se excavó hasta los 10 cm de profundidad en el pozo ZK, los 20 cm en los pozos G y K, y se llegó hasta los 40 cm (nivel estéril) de profundidad en los pozos H y L.

Por último, con el objeto de aumentar las evidencias estratigráficas para la ocupación precerámica del Grupo I, se realizaron dos pozos de $1 \times 1 \text{ m}$ en un sector denominado 0-80, entre los antiguos sectores K y H, inmediatamente al noreste del afloramiento principal con tacitas. Estos pozos se ubicaron junto al perfil de la excavación G, que fue limpiado hasta el piso estéril de granodiorita descompuesta, a 1.45 m de profundidad.

En el grupo III de rocas con tacitas se realizaron 4 pozos (C, D, E y F) de 50 cm^2 , y dos limpiezas de perfil (A y B), en los sectores norte y Noreste del sitio, con el fin de obtener un control estratigráfico (ver Lam.6). Este mismo objetivo se persiguió en el grupo VIII (ver Lam.9), al excavar-se 3 pozos (A, B y C) de $50 \times 50 \text{ cm}$, con niveles artificiales de 10 cm, hasta llegar al piso estéril.



LAM. 3

3.2.1 DESCRIPCION DE LOS SITIOS

A continuación, presentamos los sitios descubiertos en la campaña 1980, (I, II, III, IV, VII, VIII), incluyendo su ubicación y descripción, trabajo que constituyó la Práctica de Terreno de María Pia Galarza (1980:8-25).

GRUPO I (Sitio Cementerio):

(Lam.4)

Este grupo se encuentra a 4.700 m de la entrada al fundo Las Cenizas, a 1.500 m del tranque del mismo nombre, y a 700 m del tranque La Invernada, al costado sur del camino que comunica ambos tranques.

Este grupo corresponde a un afloramiento rocoso que ocupa un área de 1.500 m², formado por una gran cantidad de rocas de distintos tamaños. De éstas, 6 contienen tacitas (rocas A, B, C, D, E y F), las cuales varían en altura a la superficie del terreno desde unos cuantos centímetros hasta 2 metros. La orientación del afloramiento es N 70°O.

Las rocas D y A (de aproximadamente 2 m de altura) dejan entre ellas un espacio de aproximadamente 7,50 m (llamado "anfiteatro" por el Dr. Gajardo), en el cual se encuentra la roca central y principal (roca C), además de la roca B y otras que no contienen tacitas y cuya superficie no es horizontal.

Unos 10 metros al norte de la roca D se encuentra lo que llamamos la segunda parte de este afloramiento, que colinda con la excavación G del Dr. Gajardo, y donde encontramos las rocas E y F, que contienen varias tacitas no descritas anteriormente.

Al oeste de este afloramiento hay una antigua acequia de piedra parcialmente tapada por la zarzamora, bordeando por el lado oeste la llamada "roca del pino solitario". Tiene un vértice al SO de las rocas; el brazo principal tiene una orientación N 15°0, y el secundario E 30°S; el ancho del canal varía entre 0.80 en la parte superior y 1 m. en la base, su ancho interior es de 0.30 m, con una altura variable según el terreno (llegando hasta 1,50 m).

Las dimensiones de las rocas que tienen tacitas son las siguientes:

Roca A; (tacitas 1 a 3): 13.5 m de largo x 6,40 de ancho

Roca B; (tacitas 4 y 5): 0,70 m de largo x 0,57 de ancho

Roca C: (tacitas 31 a 49): Corresponde a la roca principal y mide 1,75 m en uno de sus lados con una orientación N 60°0, y 2,30 m. en el otro, que tiene una orientación N 50°0; tiene un ancho de 1.40 m y contiene 19 tacitas.

Roca D: (tacitas 6 a 18): 20.70 m de largo x 7 m de ancho

Roca E: (tacitas 23 a 30): 2,35 m de largo x 1,90 de ancho

Roca F: (tacitas 19 a 22): 2,85 m de largo (zona despejada) x 1.70 m. de ancho.

Las medidas de las tacitas enumeradas son las siguientes:

<u>Nº de la tacita</u>	<u>largo</u>	<u>ancho</u>	<u>profundidad</u>
1	20	x 13 cm	Incipiente
2	23	x 20 cm	Incipiente
3	superficie alisada		
4	2,19 x	2,35 cm	y 26 x 22 cm. Incipiente unidas.

5	14	x	10	cm	Incipiente
6	16	x	11	cm	Incipiente
7	22	x	18		x 5 cm.
8	20	x	18		x 5 cm.
9	25	x	22		x 5 cm.
10	20	x	15		x 2,5 cm.
11	26	x	20		x 2 cm. Se extiende como batea al N, de 30 x 20 cm.
12	20	x	16		x 1 cm. Se extiende como batea: 50 cm (EO) x 30 cm (NS).
13	25	x	20		x 1,5 cm.
14	12	x	14	cm	Incipiente
15	25	x	30		x 1,50 cm.
16	17	x	16		x 1 cm.
17	18	x	20		x 2,50 cm.
18	25	x	27		x 1 cm.
19	28	x	13		x 3 cm.
20	10	x	10		x 2 cm. Separada de 19 por un montículo pulido.
21	14	x	22		x 5 cm.
22	28	x	20	cm	Batea incipiente.
23	21	x	10		x 2 cm.
24	35	x	15		x 1,6 cm.
25	10	x	8	cm.	Incipiente
26	15	x	15		x 13 cm.
27	18	x	11		x 2 cm.
28	25	x	12		x 5 cm.
29	10	x	25		x 1 cm.
30	23	x	25		x 2,5 cm.
31	14	x	12		x 6 cm. Tres surcos la unen a 32.
32	16	x	14		x 10 cm.
33	10	x	10		x 0.5 cm.

34	26 x 16	x 16,5 cm.
35	22 x 20	x 7 cm.
36	26 x 28	x 17 cm.
37	13 x 16	x 6 cm.
38	26 x 23	x 19 cm.
39	15 x 19	x 5 cm.
40	14 x 21	x 6 cm.
41	18 x 13	x 4 cm.
42	8 x 10	x 0.5 cm.
43	30 x 23	x 18 cm.
44	18 x 18	x 14 cm.
45	21 x 21	x 2 cm.
46	20 x 20	x 16 cm.
47	13 x 20	x 4 cm.
48	17 x 17	x 7 cm.
49	13 x 13	x 3 cm.

A 16,60 m. en dirección NE de la roca F, se encuentra otra roca a la que se denominó M-80. Tiene 4 m. de ancho (NS) y 5 m. de largo (EO), con una altura aproximada de 2,50 m. En el sector NO de la roca hay un conjunto de rocas de aproximadamente 1 m de altura que forman un semicírculo. Esta roca era conocida por el Dr. Gajardo (comunicación personal), pero no la mencionó en su informe preliminar. Contiene 3 tacitas y una batea incipiente, cuyas medidas son las siguientes:

<u>Tacita</u>	<u>largo</u>	<u>ancho</u>	<u>profundidad</u>
1	26 x 14		x 1,5 cm.
2	25 x 25		x 2 cm.
3	17 x 15		x 2 cm.
4	30 x 12		x 2 cm. Batea.

Del total de tacitas para el Grupo I (53), hay 21 elípticas (un 39,6%), 5 circulares (un 9,4%), y 27 incipientes

(un 50,9%), esto es, con una profundidad igual o menor a 2 cm.

GRUPO II: (Lámina 5)

El grupo 2 corresponde a un afloramiento rocoso ubicado a 1.400 m del Grupo III, al SE del tranque Las Cenizas, al comienzo de una gran plantación de eucaliptus que data de 1942.

Este afloramiento mide alrededor de 20 m² y está formado por rocas que sobresalen entre 0,30 y 1m. La roca más bajo sólo contiene un tacita (N°18). Hay una roca de aproximadamente 1 m. de altura, fracturada en sentido SO-NE, con una grieta de alrededor de 12 cm de ancho que la divide en 2. La mitad norte de la roca tiene 5 tacitas (1 a 4) y mide 2,04 m en sentido SO-NE, y 1,80 m de ancho. La mitad sur tiene 13 tacitas (5 a 17), mide 2,20 m en sentido SE-NO; en su extremo SO hay un gran eucaliptus, el cual la cubre parcialmente con el tronco y las raíces. Inmediatamente al sur de este eucaliptus (también parcialmente cubierta por él) hay una roca de aproximadamente 2 m de ancho (EO) y 2,40 m de largo (NS), la cual no presenta tacitas. Al costado Oeste de esta roca hay otras rocas más pequeñas sin tacitas. La altura de la roca más grande es de aproximadamente 2,50 m. Las dimensiones de las tacitas de este grupo son las siguientes:

<u>tacita</u>	<u>largo</u>	<u>ancho</u>	<u>profundidad</u>
1a y 1b	24	x 16	x 6 cm. Dos tacitas unidas por el centro, de modo que el lomo se presenta a 5cm de prof.
2	23	x 23	x 2 cm.

3	11	x	8	x	1 cm.
4	21	x	21	x	7 cm.
5	17	x	15	x	5 cm. 5 y 6 están unidas por los bordes, dejando un puente de 3 cm prof.
6	17	x	12	x	3,5
7	11	x	11	x	2 cm.
8	17	x	10	x	2,5 cm.
9	18	x	12,5	x	3 cm.
10	25	x	23	x	3 cm. Circular sobre rebaje elíptico
11	27	x	21	x	9,5 cm. Circular cónica, sobre rebaje elíptico.
12	25	x	21	x	5 cm.
13	16	x	12	x	2,5 cm.
14	20	x	17	x	3 cm.
15	28	x	16	x	11,5 cm Circular cónica con reborde
16	20	x	16	x	4,5 cm.
17	17	x	12	x	4 cm.
18	16	x	11	x	2 cm.

De este total de tacitas, 4 con circulares (un 22,2 %), 10 son elípticas (un 55,5%) y 4 incipientes (un 22,2%).

GRUPO III: (Lámina 6)

Este sitio se encuentra a 1.900 m. de la puerta del fondo, al sur del tranque, al costado norte del camino. Corresponde a un afloramiento rocoso de 221 m² formado por varias rocas -5 con tacitas-, una de las cuales hemos llamado "roca principal", por tener una gran cantidad de tacitas (20) y estar dispuestas de manera más o menos ordenada sobre su superficie siguiendo el contorno rectangular de la roca. Esta

roca mide 3,10 m de largo x 1,70 m de ancho y está orientada en sentido SO-NE.

<u>Tacita</u>	<u>largo</u>	<u>ancho</u>	<u>profundidad</u>
1	22	x 12	x 3,4 cm.
2	14	x 20	x 2,5 cm.
3	22	x 13	x 3 cm.
4	20	x 11	x 1,5 cm.
5	22	x 12	x 1,5 cm.
6	24	x 15	x 4,5 cm.
7	21	x 13	x 2 cm.
8	30	x 21	x 7,4 cm.
9	25	x 17	x 5,4 cm.
10	21	x 13	x 5,6 cm.
11	29	x 20	x 7,4 cm.
12	20	x 20	x 9 cm.
13	33	x 25	x 7 cm.
14	14	x 14	x 2 cm.
15	20	x 20	x 5,5 cm.
16	31	x 21	x 8,5 cm.
17	32	x 19	x 8,4 cm.
18	21	x 17	x 3,5 cm.
19	30	x 18	x 7 cm.
20	15	x 15	x 1,2 cm.
21	22	x 15	x 3,5 cm.
22	20	x 20	x 4 cm.
23	23	x 16	x 13,5 cm.
24	19	x 15	x 1,5 cm.

Tacitas de la Roca Principal:

1	28	x 20	x 6,8 cm.
2	27	x 25	x 10 cm. Semicircular cupuliforme
3	20	x 20	x 1,5 cm. Límite con 4 pulido.

4	32 x 27	x 11 cm. Límite con 5 pulido y rebajado 3 cm.
5	33 x 18	x 9 cm.
6	27 x 19	x 8 cm. Límites con 5 y 7 rebajados y pulidos.
7	33 x 18	x 9 cm.
8	27,5x19,5	x 10 cm.
9	26 x 18,5	x 5,5 cm. Límite con 10 pulido.
10	30 x 23	x 8,5 cm.
11	32 x 24	x 10 cm. Límite con 12 pulido.
12	17 x 16	x 2 cm. Límite con 13 pulido.
13	25 x 20	x 5 cm.
14	38 x 23	x 19 cm.
15	23 x 19	x 2,5 cm.
16	24 x 20	x 7,50 cm.
17	36 x 21	x 6,5 cm. Límite con 18 pulido.
18	29 x 24	x 9,5 cm. Límite con 19 pulido.
19	33 x 22	x 5,5 cm.
20	20 x 17	x 2,5 cm.

Del total de tacitas del Grupo III (44), 3 son circulares (un 6,8%), 34 son elípticas (un 77,3%), y 7 incipientes (un 15,9%).

GRUPO IV: (Lámina 7)

A unos 40 m en dirección NE del grupo III (en dirección al tranque), y a 4 metros de la orilla del tranque Las Cenizas se encuentra el grupo IV.

Este grupo consiste en una sola roca de 2,50 m de largo por 1,20 m de ancho, con una orientación N 110° E. Su altura máxima es de 1,10 m., y su altura mínima de 0,45 m. Tiene 8 tacitas con las siguientes dimensiones:

N° de la Tacita	largo - ancho - profundidad
1	9 x 9 x 2 cm.
2	15 x 9 x 1,5 cm.
3	25 x 28 x 26 cm.
4	18 x 11 x 1,4 cm.
5	8 x 8 x 1,3 cm.
6	17 x 15 x 11 cm.
7	22 x 21 x 18 cm.
8	26 x 15 x 3 cm.

Una segunda roca con una tacita, que quedaría a pocos metros de ésta (Gajardo, 1958-59:170), no pudo ser ubicada, posiblemente por estar sumergida. Del total de tacitas visibles, hay 3 circulares (37,5%), 1 elíptica (12,5%) y 4 incipientes (50%).

GRUPO VII: (Lámina 8)

Este sitio se ubica a 800 m de la puerta de entrada del fondo, 100 metros al costado sur del camino de entrada. Corresponde a varios afloramientos rocosos dispersos, que cubren un área de 525 m² aproximadamente. Tiene como lugar más prominente una gran roca, sin tacitas, de 2,50 m de alto y 3 a 4 m de diámetro. Las rocas con tacitas se encuentran al NE (rocas 2 y 3), al NO (roca 1), y al oeste (roca 4) de esta roca principal.

Dimensiones de las rocas y las oquedades:

Roca 1: de 56 x 46 cm. Tacita única, circular cupuliforme, de 12 x 10 x 4 cm.

Roca 2: de 60 x 80 cm. Tacitas: 1 25 x 20 x 13 cm.

2 10 x 10 x 1 cm.

3 7 x 8 x 1 cm.

Roca 3: Un gran bloque de piedra con una tacita incipiente elíptica de 14 x 10 x 2 cm.

Roca 4: de 4,20 x 2,30 m. Tacita única de 14 x 11 x 2,5 cm.

De las 6 tacitas, una es circular (16,6%), 2 son elípticas (33,3%) y 3 incipientes (50%).

GRUPO VIII: Lámina 9)

Este sitio se ubica en el costado norte del tranque, separado de éste por una pequeña colina. Está a 800 m. de la bifurcación hacia el sur del camino que bordea el límite norte del fundo. Desde el sitio hasta el camino pavimentado hay 2.200 m, y 5.400 a la puerta del fundo.

El grupo corresponde a un gran afloramiento rocoso de 380 m² aproximadamente, y se encuentra en un bosquecillo relictual de boldos, maitenes y otras especies autóctonas (cf. Alliende, 1980a). Hay 6 rocas con tacitas con las siguientes características.

Roca N°1 (tacita 1): Mide 1,50 x 1,20 m y sobresale 0,50 m.

Roca N°2 (tacita 2): Mide 9,20 x 0,80 m. Es una gran roca plana orientada en dirección NO-SE.

Roca N°3 (tacitas 3 a 18): Contigua a la anterior, en la misma dirección, de 7 x 2,20 m.

Roca N°4 (tacitas 19 a 43): Mide 3,40 x 3,50 m, de superficie plana, se inclina progresivamente, hasta caer a pique a una quebrada que corre por su lado sur. La superficie donde se ubican las oquedades está casi enteramente pulida. Roca 4a: adyacente, contiene tacita 44.

Roca N°5 (tacitas 45 a 48): Roca de 3,60 x 1,20, orientada en sentido NO-SE.

Al fondo de la quebrada que rodea las rocas por el sur corre un pequeño arroyo (seco en verano), junto al cual se encontró una piedra horadada con incisiones lineales junto a uno de los orificios.

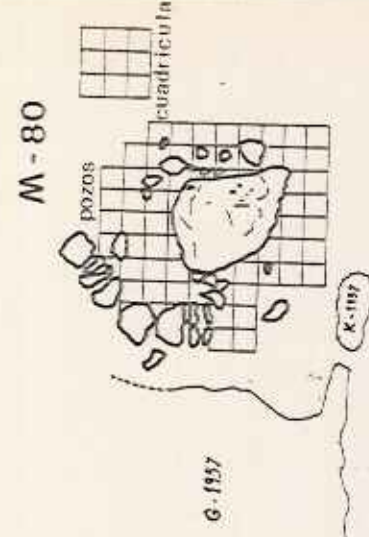
Dimensiones de las tacitas:

N° de la tacita	largo - ancho - profundidad			
1	46 x	26 x	0,5 cm.	Superficie pulida.
2	54 x	26 x	15 cm.	Gran cavidad natural (¿aprovechada?).
3	24 x	17 x	3 cm.	
4	24 x	13 x	4 cm.	Límite con 5 rebajado.
5	19 x	10 x	1,5 cm.	
6	20 x	10 x	0,5 cm.	Superficie pulida irregular.
7	13 x	10 x	1,5 cm.	
8	23 x	13 x	5 cm.	
9	12 x	10 x	0,6 cm.	
10	19 x	19 x	3 cm.	
11	27 x	20 x	6,5 cm.	
12	13,5x	13 x	1,8 cm.	
13	17 x	7,5 x	1 cm.	
14	11 x	9 x	0,50 cm.	Superficie alisada.
15	9 x	9 x	1,5 cm.	
16	23 x	15 x	5 cm.	
17	23 x	17 x	5 cm.	
18	17,5x	10 x	1,5 cm.	
19	22 x	18 x	1 cm.	
20	14,5x	8 x	0,8 cm.	
21	26 x	30 x	5,5 cm.	Circular cupuliforme, dentro de una superficie pulida elipsoidal.

22	18 x 9	x 0,5 cm.	Superficie alisada.
23	20 x 12	x 1,6 cm.	
24	21 x 16	x 2 cm.	
25	20 x 12	x 1,5 cm.	
26	30 x 18	x 7,5 cm.	Circular en superficie pulida elipsoidal.
27	14 x 8	x 0,5 cm.	
28	28 x 14,5	x 4 cm.	
29	20 x 13	x 2,5 cm.	
30	18 x 11	x 1,3 cm.	
31	20 x 10,5	x 2 cm.	
32	19 x 14	x 3 cm.	
33	13 x 21	x 2 cm.	Subcircular cupuliforme, con una separación de 1,5 cm. de 34.
34	25 x 18	x 2 cm.	Tacita doble con una protuberancia entre las dos mitades de unos 3 mm de diferencia.
35	19 x 19	x 12 cm.	
36	22,2 x 11	x 1 cm.	
37	13 x 9	x 2 cm.	
38	15 x 10	x 1,7 cm.	
39	18 x 18	x 11 cm.	
40	20 x 11	x 3 cm.	
41	20 x 11	x 2 cm.	
42	18 x 12	x 1,5 cm.	
43	20 x 13	x 2 cm.	
44	36 x 18	cm Triple, con profundidades de: 2,8 - 2.5 y 6,5 cm.	
45	10,5x 6,5	x 0,6 cm.	
46	13 x 7	x 0,5 cm.	
47	19 x 13	x 1,8 cm.	
48	18 x 10	x 2 cm.	

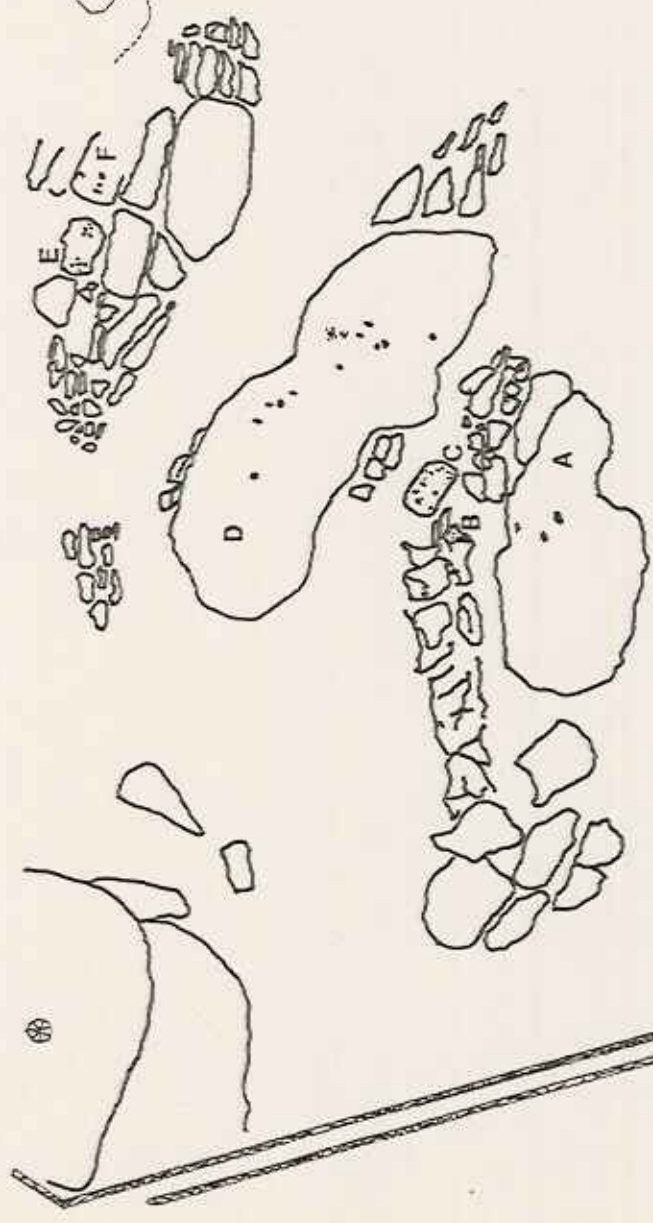
De las 47 tacitas producidas culturalmente, 5 son circulares, (10,6%), 11 son elípticas (23,3%) y 31 son incipientes (66%).

LAS CENIZAS
 Grupo I de piedras
 tacitas



G-1957

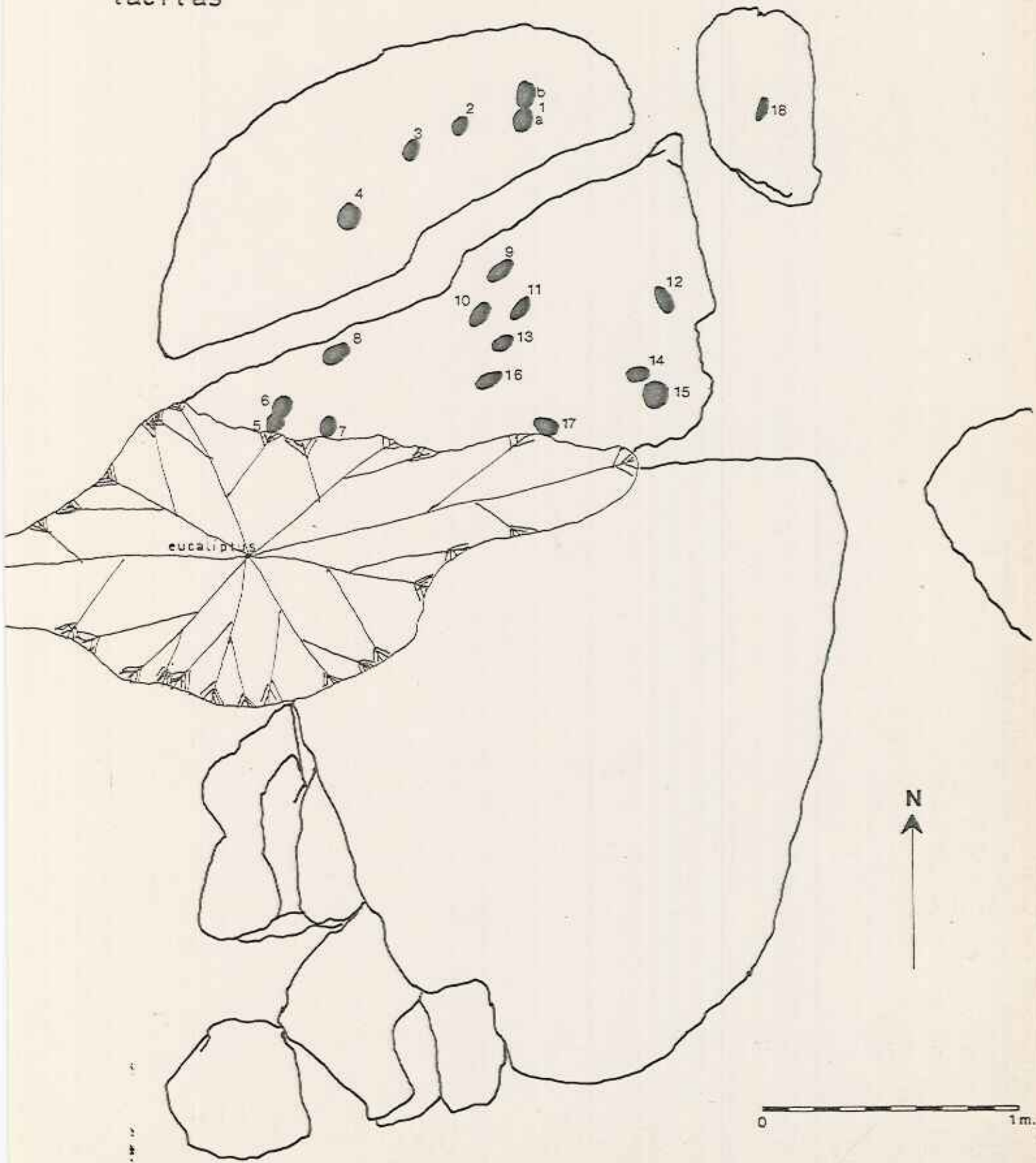
A
 B
 O-80



LAM. 4

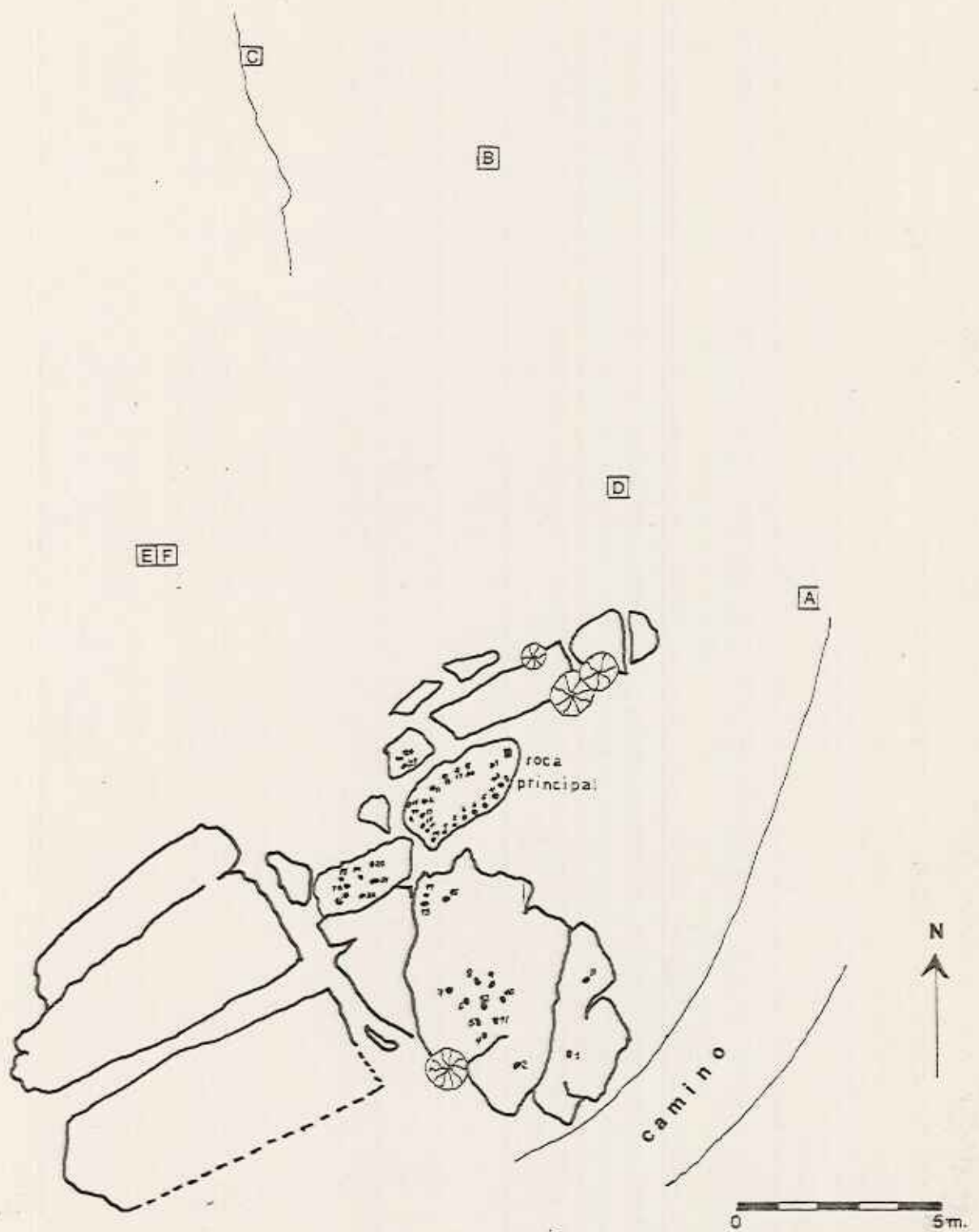
LAS CENIZAS
Grupo II de piedras
tacitas

LAM. 5



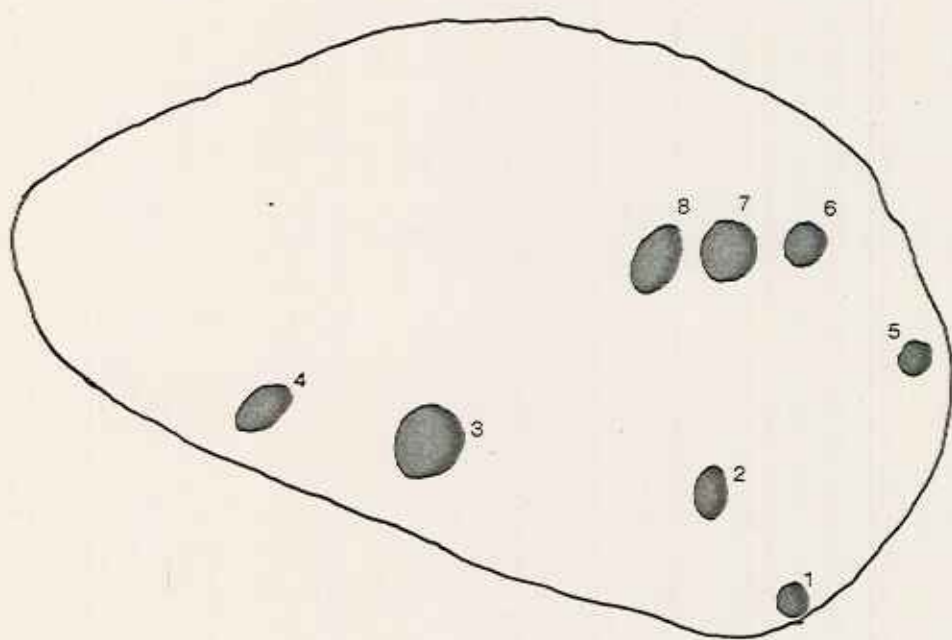
LAS CENIZAS
Grupo III de piedras
tacitas

LAM. 6



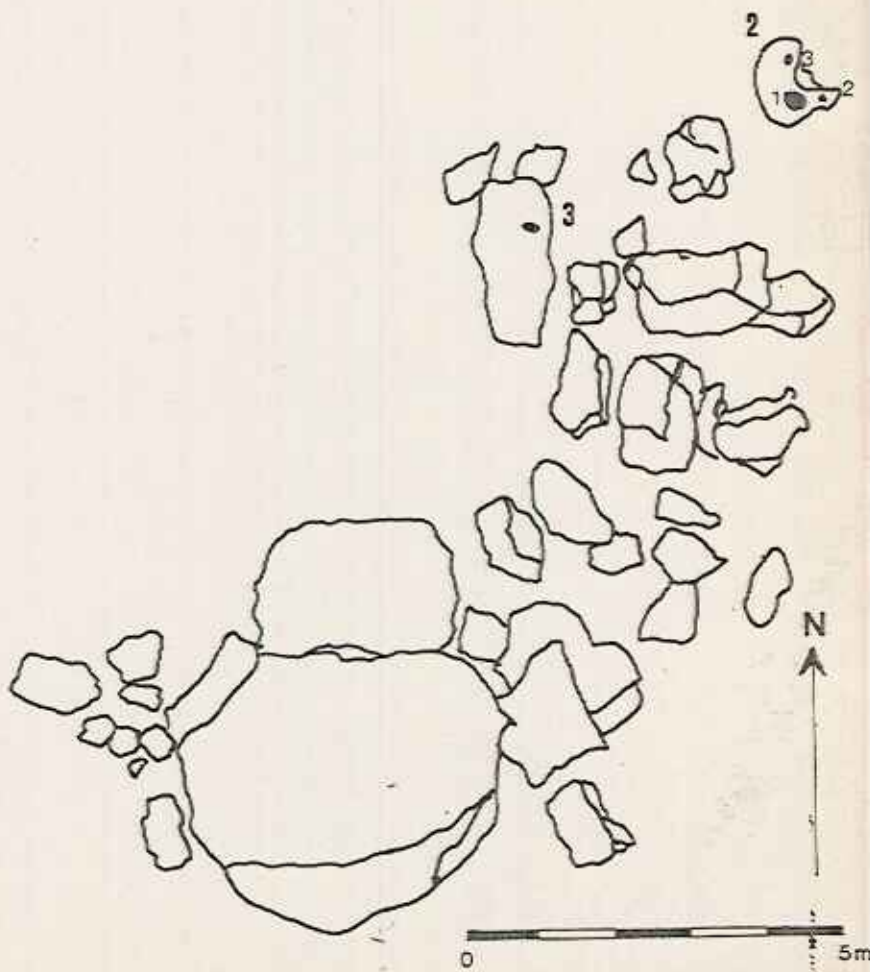
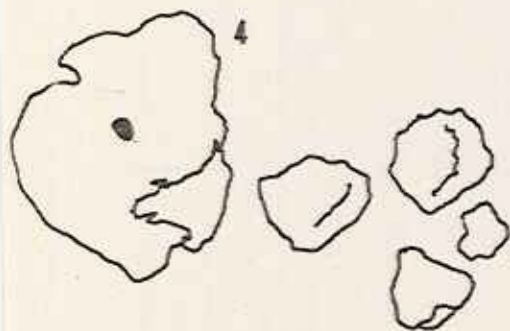
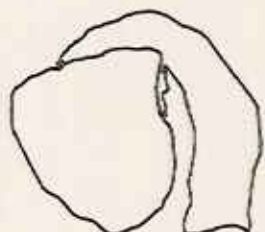
LAS CENIZAS
Grupo IV de piedras
tacitas

LAM. 7



LAS CENIZAS
Grupo VII de piedras
tacitas

LAM. 8



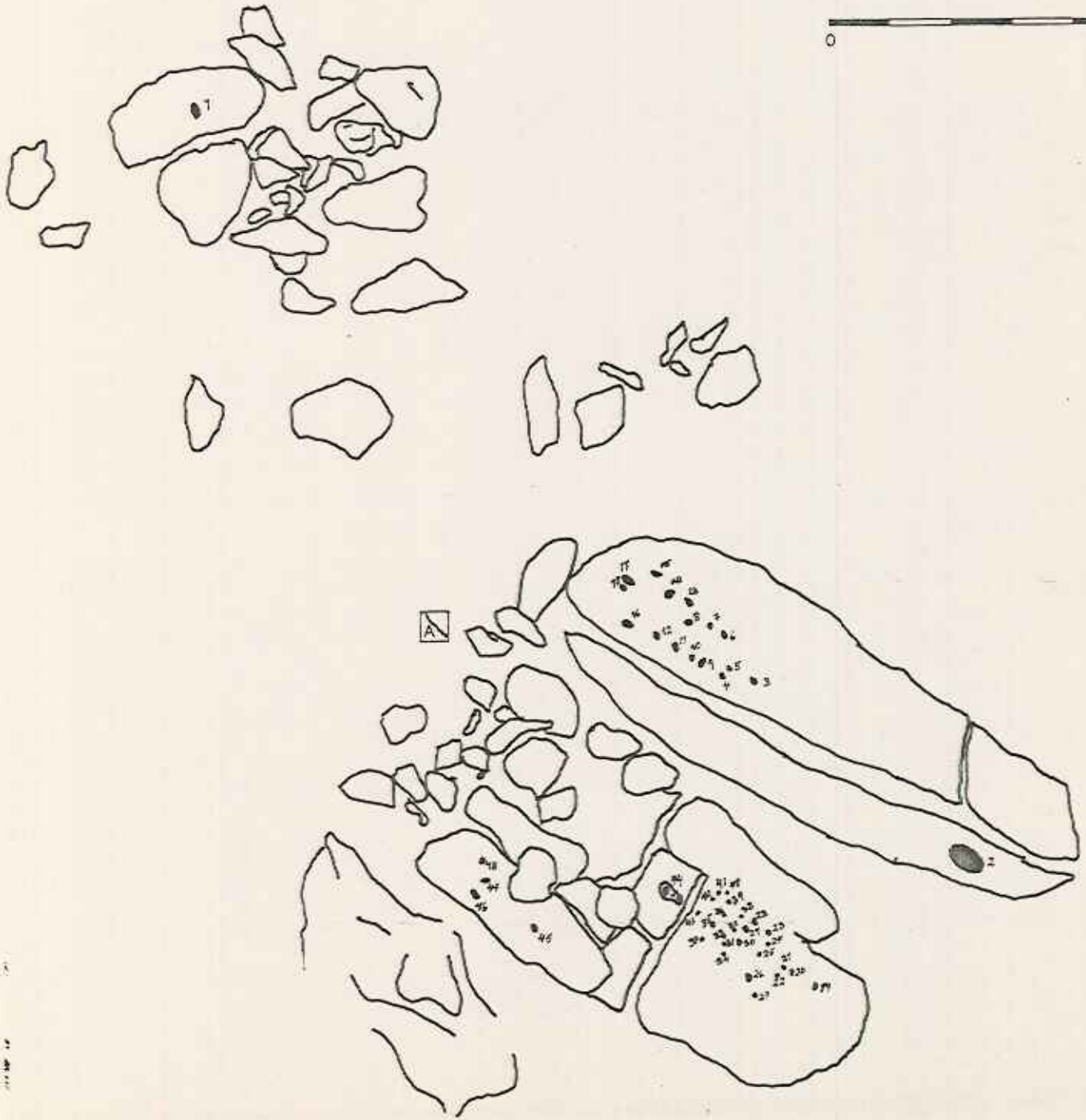
LAS CENIZAS
Grupo VIII de piedras
tacitas

LAM. 9

B
C



0 5m.



3.2.2 RESULTADO DE LAS EXCAVACIONES EN EL GRUPO I.

Las excavaciones en el sector M-80 (ver Lam.4), compuestas por una cuadrícula y una red de pozos en torno a la roca con tacitas, y los pozos del sector O-80, nos permitieron verificar la estratigrafía general y la afiliación precerámica del cementerio excavado por el Dr. Gajardo a fines de la década del 50.

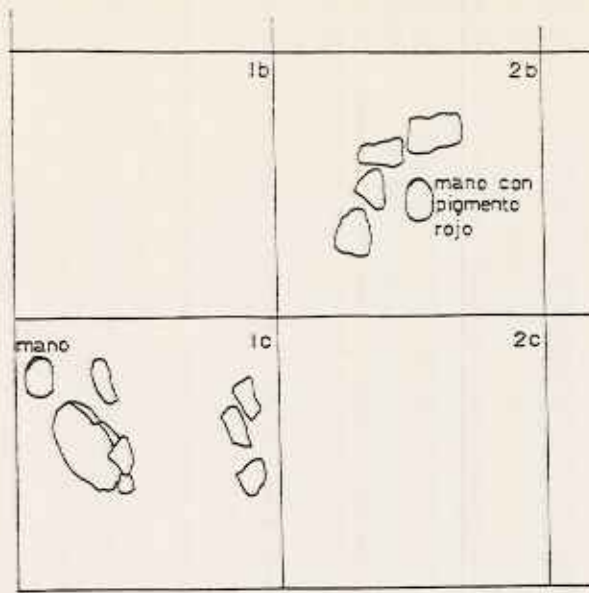
Junto a la roca con tacitas del sector M-80, en la cuadrícula, encontramos desde la superficie una ocupación cerámica cuya potencia no sobrepasa los 40 cm. de profundidad. El material cerámico no es diagnóstico, encontrándose solamente fragmentos de tipo utilitario, monocromo, sin decoración.

En el nivel inferior identificamos una ocupación cerámica, sobre el piso estéril de granodiorita descompuesta, entre los 40 y los 75 cm. de prof. Ligeramente incluido en este piso, apareció el entierro de un probable adulto joven, dispuesto en decúbito lateral derecho, con las piernas muy flectadas sobre el tórax y orientado hacia el norte. EL mal estado de los huesos y la calidad del suelo, alterado por las raíces de los pinos circundantes, impidieron su levantamiento. (ver Lam.10).

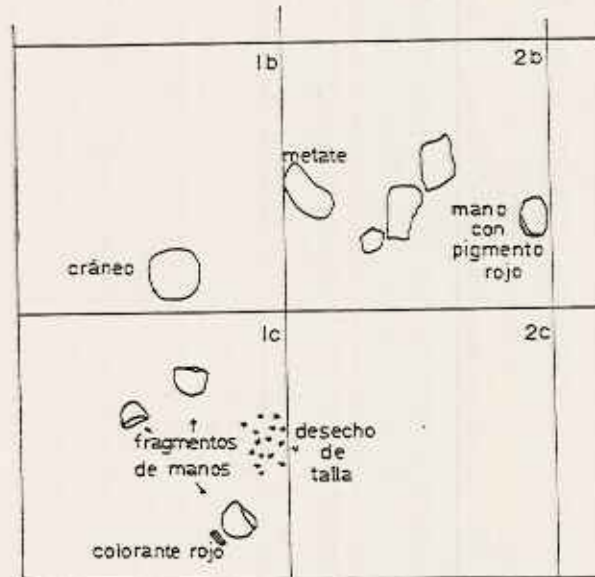
Junto al cráneo, apareció un metate partido por la mitad y una mano de moler entera. Inmediatamente sobre el cuerpo, se habían colocado tres manos de moler quebradas por la mitad y un trozo de colorante rojo. Adosado a la región lumbar del individuo, apareció una curiosa concentración de desecho de talla, compuesta por unas 15 microlascas, en una forma que no se encuentra en el resto de los depósitos.

En cuanto a las características formales de la tumba, se pudo identificar la construcción de un pequeño túmulo de tierra y piedras protegiendo el cuerpo, visualizado a través

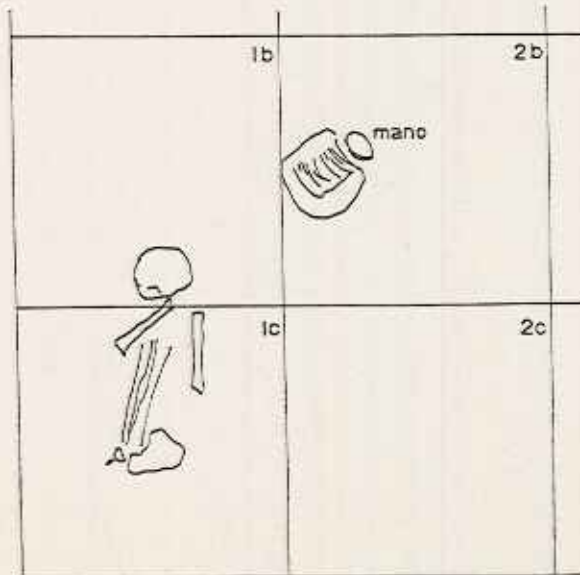
nivel 6



nivel 7



nivel 8



de acumulaciones de piedras de diferentes tamaños a varios niveles sobre el cuerpo, incluyendo verdaderos "emplantillados". Uno de ellos estaba compuesto por cuatro piedras planas, asociadas a una mano de moler con pigmento rojo, sobre el metate quebrado, en dirección al cráneo. Otras piedras naturales de similar tamaño, y otra mayor, también asociadas a una mano de moler, se habían dispuesto a los lados del cuerpo. En el resto de la tierra que cubría el cuerpo se podía apreciar una mayor concentración de clastos de pequeño tamaño.

En la Lam.10 se aprecia claramente la asociación directa entre el cuerpo y tres manos de moler quebradas, mientras otras cuatro formaban parte del relleno del túmulo. Originalmente, el túmulo debió tener una altura aproximada entre 50 cm. y 1 m., y un diámetro cercano a los 2 m.

Un rasgo interesante es la ausencia de puntas de proyectil, lo que, unido a la presencia de un metate quebrado y la abundancia de manos de moler enteras y quebradas, podría indicar que se trata de la tumba de una mujer. Lamentablemente, el estado de los huesos impidió verificar esta hipótesis.

En el sector 0-80, la ausencia de enterratorios nos permitió observar la siguiente estratigrafía: el nivel cerámico se presenta claramente hasta los 30 cm. de profundidad. En los dos niveles siguientes (3 y 4), apareció solamente un fragmento de cerámica en cada uno, mientras se presentan en gran cantidad trozos de barro con improntas de vegetales, algunos de los cuales se encontraban quemados. Estos restos corresponden al llamado "enquinchado", o, más bien, al embarrado de la quincha de las habitaciones que aún se pueden observar en los sectores rurales, como una supervivencia de profundas raíces temporales y con una gran dispersión espacial. Estratigráficamente, este nivel de "enquinchado" se ubica en la base de la ocupación cerámica. Desaparece definitivamente a los 60

de profundidad, al mismo tiempo que aumenta la cantidad de material lítico, representado fundamentalmente por puntas de proyectil apedunculadas y una mano de moler, junto a fragmentos de sustancias colorantes.

En el nivel inferior, a 1.40m. de prof. apareció un fragmento proximal de punta de proyectil, correspondiente a un pedúnculo. Otra punta con pedúnculo, pero completa, apareció en la limpieza de perfil, entre 1 m y 1.40 m de prof.

Un elemento importante desde el punto de vista económico fué el hallazgo en los niveles inferiores, de cascaritas redondas y quemadas, correspondientes a las semillas comestibles de la palma chilena (*Jubaea chilensis*), conocidas como "coquitos".

En el sector M-80 encontramos una roca aislada que presentaba una tacita tipo "batea" y tres tacitas incipientes. La superficie del contorno se mantuvo inalterada gracias a la existencia de un pequeño bosque autóctono relictual y al crecimiento posterior de zarzas que cubrieron totalmente la roca. Esta circunstancia la mantuvo escondida hasta después de realizada la cuadrícula en donde apareció el entierro precerámico, a escasos tres metros en dirección noreste.

La presencia de cerámica fragmentada en la superficie, rodeando la roca, nos indujo a realizar un control sistemático de las evidencias, dado que éste parecía ser el único lugar no alterado del Grupo-I en donde pudiera realizarse un análisis de la relación entre la ocupación agroalfarera y las piedras tacitas.

Se diseñó una red de pozos en torno a la roca, cada uno de 1 x 1 m, con el objeto de controlar exhaustivamente los elementos asociados e identificar probables áreas de actividad, que pudieran explicar la funcionalidad de la roca con

tacitas en tiempos tardíos.

Resultaron 48 pozos de 1 x 1 m, y otros 19 de menor tamaño, en aquellos lugares inmediatos a la roca. El nivel superficial recolectado tenía una potencia aproximada entre 5 y 15 cm, de acuerdo con la densidad de la capa vegetal más moderna, que era mayor en el borde de la roca, y entre la rocas adyacentes.

El registro de las evidencias entregó una abundante y novedosa información para el nivel cerámico. EL material consistía, fundamentalmente, en 1.663 fragmentos de cerámica utilitaria, (ver Lam.11), y luego, en orden de frecuencia: 488 fragmentos de huesos de animales, correspondientes a extremidades y cráneos de mamíferos modernos (vacuno y ovino), muy desmenuzados, (ver Lam.12). Un 27,7% de ellos se encontraba quemado. 332 fragmentos de vidrio, pertenecientes en general a botellas de tipo vinero, pero también a frascos de menor capacidad, (ver Lam.13). Material lítico, consistente en 36 lascas, 81 fragmentos de desecho de talla, 7 núcleos, 9 fragmentos de manos de moler, 2 fragmentos de piedras horadadas y un fragmento de percutor, (ver Lam.14). 50 fragmentos de porcelana, (ver Lam.15b). 41 fragmentos de cerámica colonial pintada, (ver Lam.15a). 17 fragmentos de cerámica colonial vidriada. 8 elementos de metal (un dedal, una hebilla francesa, 2 fragmentos de punta de tijeras y 4 no identificados). 6 fragmentos de conchas de moluscos marinos, correspondientes a dos caracoles (*Tegula atra*), dos cholgas (*Aulacomya ater*) y una ostra perlífera de gran tamaño.

Además, una clase cuya presencia es extraordinaria: el material óseo humano, compuesto por dos fragmentos de cráneo calcinados (frontal y temporal).

Por último, una "miscelánea" compuesta por elementos tales como dos trozos de enquinchado, un fragmento de

tortera de cerámica, un fragmento de vasija de piedra, una cuenta de vidrio y un raspador realizado sobre un fragmento de botella de vidrio, cuya presencia es estadísticamente insignificante pero de gran significación cultural.

Aparte de lo extraordinario de las asociaciones de artefactos, se hizo evidente la distribución diferenciada de éstos en torno a la piedra con tacitas, con dos sectores de depositación más densa y un sector más compactado, con menos materiales asociados. (ver Lam.11). La escasez de evidencias en el sector sur de la roca podría deberse más bien a la alteración producida por la excavación adyacente (excav.K) realizada en la campaña 1956-1958.

En todo caso, tal como se aprecia en las Láminas 11 a 14, la diferenciación en el uso del espacio se evidencia con el sólo registro de cantidades de artefactos, sin distinción de clases. Se observa claramente la escasa densidad de materiales en el interior del pequeño recinto semicircular, abierto al este, junto al borde norte de la roca, así como las densas acumulaciones en el sector inmediato al oeste de la roca, y en el sector oriental, con un área de particular importancia: el sector del pozo ZK. (Lam.11).

En este sector, y especialmente concentrados junto a una roca más pequeña, adyacente a la roca con tacitas, apareció la mayor cantidad de elementos asociados (332), representando a 8 de las 11 clases definidas (ver Tabla 3). Además de la cerámica y el vidrio, cuyos fragmentos correspondían a unas 14 botellas, apareció una clase única: la cerámica colonial pintada. Los 41 fragmentos recogidos en este pozo correspondían a una olla grande con dos asas, alisada y con engobe rojo, cuya decoración característica está formada por bandas horizontales de líneas onduladas en color blanco, sobre el cuello de la pieza (ver Lam.15a).

Junto a estos elementos, los fragmentos de huesos de animales, algunos de ellos calcinados, y el material lítico, indican una asociación muy especial, de clara raíz indígena, pero con utilización de elementos aportados por la cultura europea, especialmente en relación con aquellos que servían para contener alimentos y bebidas, así como las especies animales utilizadas.

Otro extraordinario rasgo indicador de este sincretismo, está representado por un raspador realizado sobre un fragmento del cuerpo de una botella, también del pozo ZK. El fragmento, un hexágono de 57 x 48 mm y 5 mm de espesor, presenta en uno de sus lados, de 23 mm de ancho, un astillamiento irregular continuo, con una profundidad de 7 mm sobre la cara cóncava de la pieza, en un ángulo de 32°.

Si consideramos todos los sectores, además de las asociaciones de artefactos en general, las frecuencias de clases de artefactos muestran claramente una distribución no aleatoria en el contorno inmediato de la roca, sino agrupada, de acuerdo con un patrón claramente establecido.

En el sector norte de la roca con tacitas se profundizaron 4 pozos hasta el piso estéril de granodiorita descompuesta, que en ese sector se encontraba a unos 43 cm de prof. promedio. Los pozos excavados fueron los llamados G, H, K y L, y entregaron abundantes restos culturales.

La cerámica se presenta hasta el nivel inferior, pero allí parece ser intrusiva. El nivel 4 * (30 a 40 cm. de prof.) en el pozo L presentaba solamente un fragmento de vidrio y un fragmento de cerámica utilitaria, junto a material lítico consistente en un fragmento de piedra horadada, un fragmento de mano de moler, un núcleo y una lasca, y material óseo animal moderno muy fragmentado y quemado.

* Se trata de niveles artificiales de 10 cm.

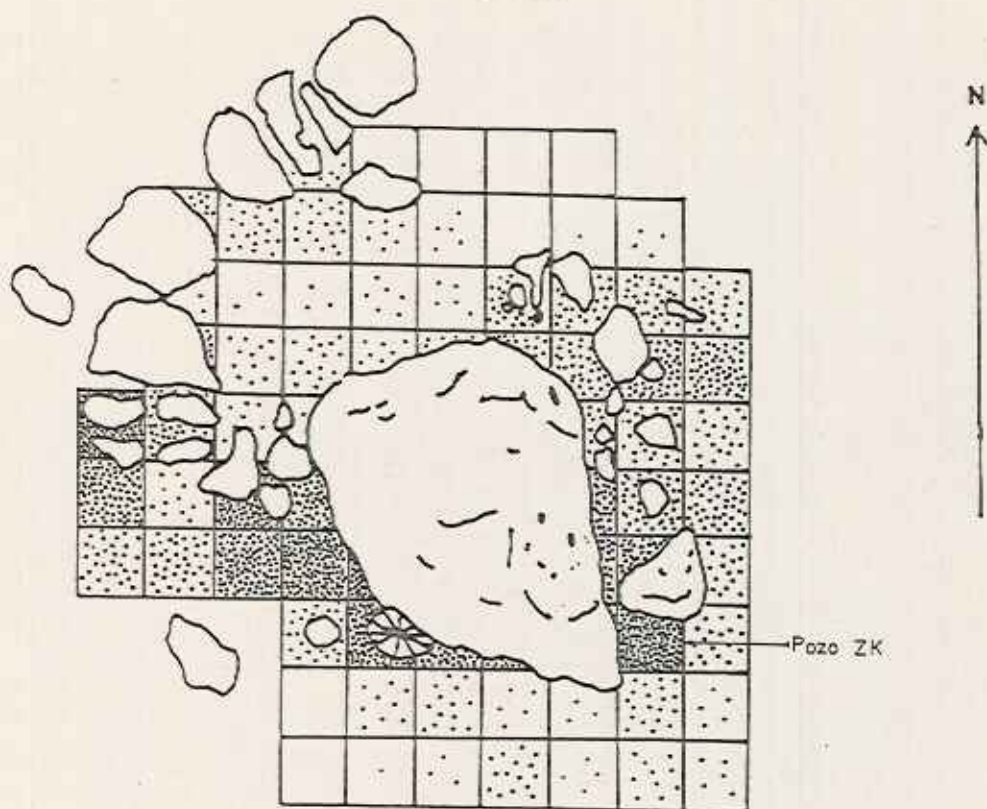
En el nivel 3 (20 a 30 cm de prof.) aparecen 5 fragmentos de cerámica utilitaria y 1 de vidrio, dos manos de moler enteras y dos quebradas, y un fragmento de percutor. EL nivel 2, (10 a 20 cm de prof.), claramente cerámico, muestra una presencia más abundante de material óseo animal, incluyendo el frontal de un vacuno y un fragmento de mandíbula de ovino.

Asociado a estos elementos, apareció un fragmento de mandíbula humana, correspondiente al mentón de un adulto, incluyendo el incisivo lateral y el canino derechos. Un antecedente valioso es que el pequeño y el escaso grado de abrasión (menor de 1), corresponden claramente a una población moderna, muy distinta de la población precerámica que ocupaba el cementerio adyacente, cuyos dientes son notoriamente más desarrollados y con un grado promedio de abrasión igual a 4, con un grado mínimo de 3 en un adulto joven.

En el nivel 1 (0 a 10 cm de prof.) los elementos cerámicos y modernos son más abundantes, incluyendo dos fragmentos de loza, junto a un fragmento de piedra horadada.

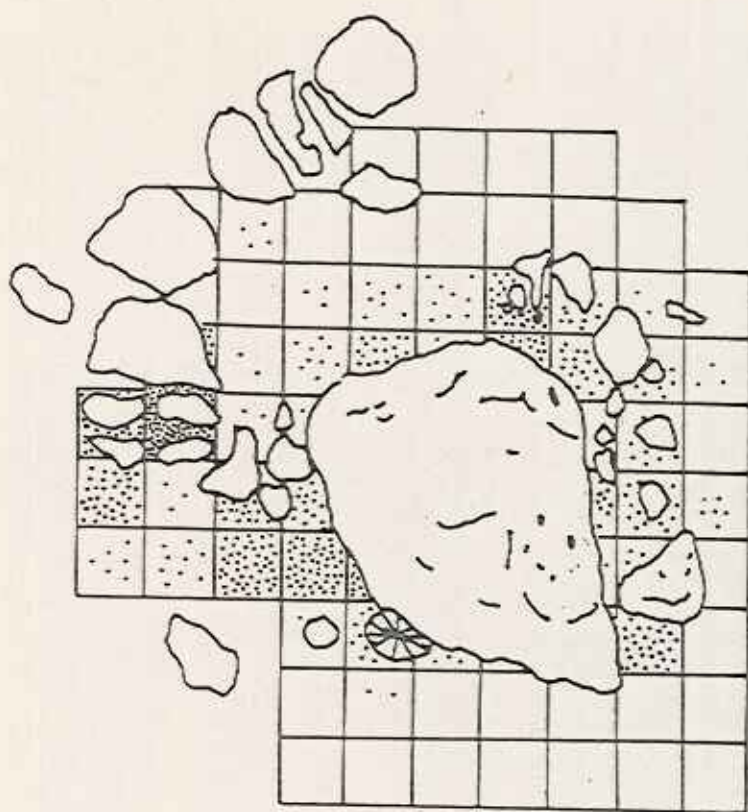
En suma, se puede establecer que en el contorno inmediato de la roca con tacitas se verifica una intensa ocupación cerámica tardía, que cubre prácticamente toda la depositación natural-cultural, con la salvedad de una probable intrusión en el nivel inferior, sobre el piso estéril.

En todo caso, esta ocupación cerámica no puede ser adscrita aún a alguna fase definida del período agroalfare-ro de la zona central, dada la inexistencia de elementos diagnósticos, asignables a alguna fase del desarrollo cultural de la zona. Desde luego, los elementos culturales asociados del nivel superficial corresponden claramente a un período que podemos caracterizar como Colonial-Republicano.



DENSIDAD DE: CERAMICA UTILITARIA

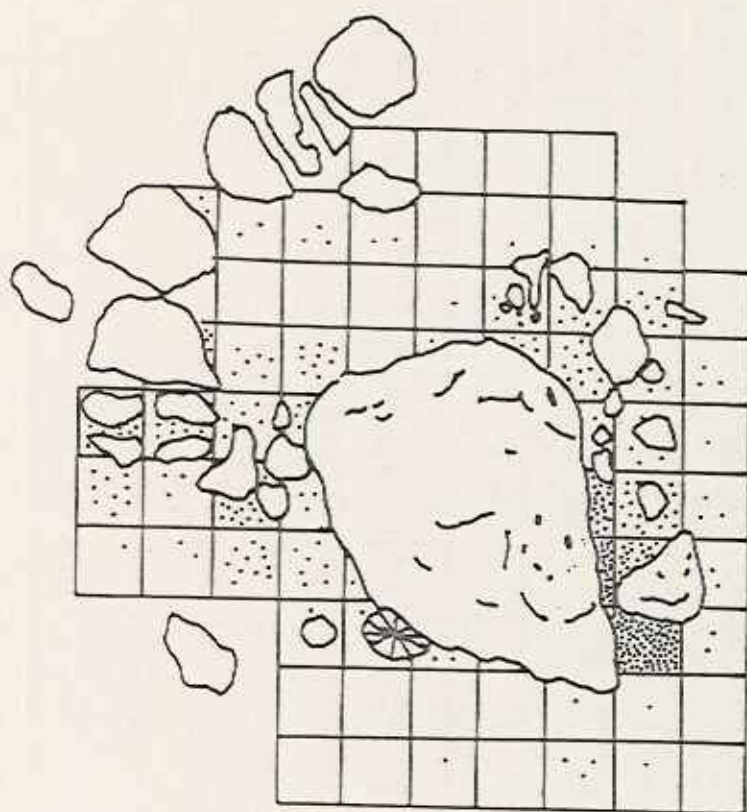




DENSIDAD DE: MATERIAL OSEO ANIMAL



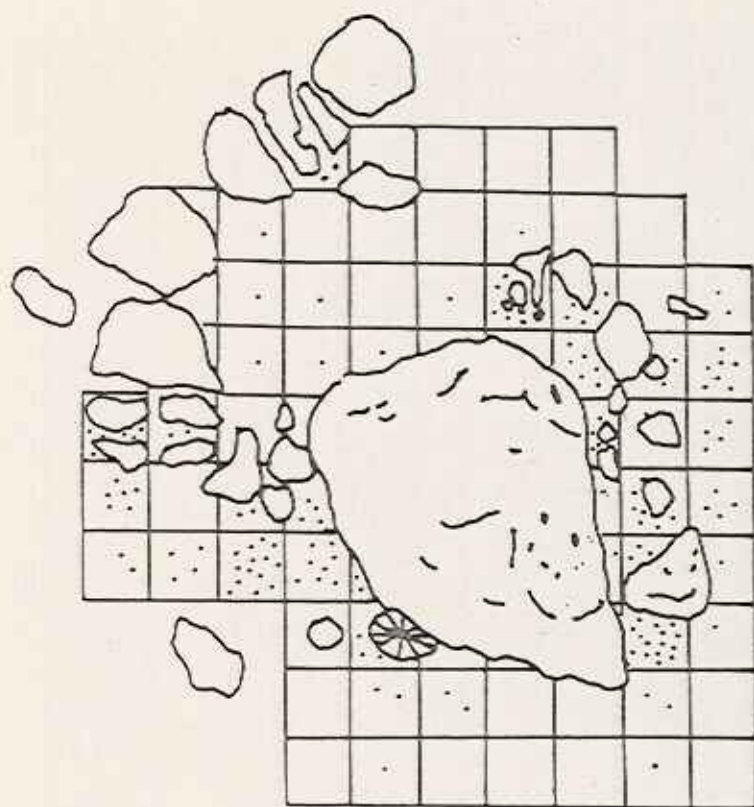
LAM. 12



DENSIDAD DE: VIDRIO



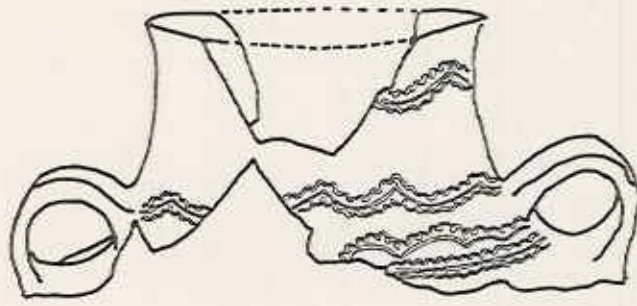
LAM. 13



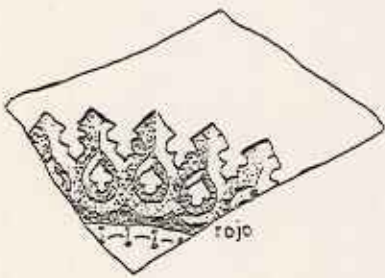
DENSIDAD DE: MATERIAL LITICO



LAM. 14



A. CERAMICA COLONIAL



B. PORCELANA



3.2.3 ANALISIS DEL MATERIAL LITICO

EL MATERIAL LITICO PULIDO:

(Galarza, 1981)

Del estudio de las manos de moler se pueden desprender conclusiones interesantes. Desde luego, sólo se presentan en el nivel cerámico en el contorno inmediato a las rocas con tacitas, y en el nivel acerámico en la periferia, asociado a los enterratorios.

Por otro lado, la relación entre las piezas enteras y quebradas es idéntica para ambos niveles, esto es, se presentan un tercio enteras y dos tercios quebradas.

NIVEL	ENTERAS		QUEBRADAS		TOTAL
Cerámico (M-80)	6	33,3 %	12	66,6 %	18
Precerámico (O-80)	4	33,3 %	8	66,6 %	12

Además, 3 fragmentos de piedras horadadas fueron registradas en el nivel de ocupación cerámico en el contorno inmediato a la roca con tacitas del sector M-80, mientras que la gran cantidad de piezas recolectadas en la campaña 56-58 pertenecían mayoritariamente al ajuar de los entierros precerámicos, en donde se encontraban tanto enteras como quebradas, pero según distribuciones de frecuencias que desconocemos.

EL MATERIAL LITICO TALLADO

(Alliende, 1980b)

Las puntas de proyectil del nivel precerámico (Lam.16) presentan en general un patrón apedunculado, con bases casi siempre rectas, pero también aparecen bases cóncavas o convexas.

En el nivel inferior de los pozos del sector 0-80 aparecieron dos puntas de proyectil con pedúnculo, realizadas en andesita (Lam.16a y b). De la campaña 56-58 se conservan tres puntas pedunculadas, probablemente asociadas a un primer nivel de ocupación.

Las materias primas dominantes son la calcedonia y la andesita (68 %), aunque también se utilizó el cuarzo, el jaspe, la brecha y el sílice feldespato. El análisis de los materiales de la campaña 56-58 entregó proporciones similares, pero entre las materias primas menos frecuentes aparecieron, además, la madera silicificada y la obsidiana.

En nuestras excavaciones apareció solamente un instrumento lítico tallado que no fuera punta de proyectil: un "raspador de uña" realizado en calcedonia, a 1 m. de prof., en el sector 0-80. Otros dos raspadores de uña se encontraban entre los materiales de la campaña 56-58, como parte del ajuar de dos individuos, destacados por la cantidad y calidad de las ofrendas depositadas en el ritual mortuorio . Uno de ellos era un hombre adulto. Lamentablemente, la falta de un registro sistemático de las evidencias impidió realizar un estudio del tratamiento mortuorio diferencial, como un modo de reconocer las categorías definidas por la sociedad, que reflejan su organización social.

⋮



a



b



c



d



e



f



g



h



i

tamaño natural



j



k



l

4. DISCUSION Y CONCLUSIONES

En términos generales, los trabajos realizados recientemente en Las Cenizas y el estudio de sus materiales, han logrado establecer la presencia de dos momentos ocupacionales, uno precerámico y otro tardío. Para el precerámico, se comprueban las conclusiones a que llegó el Dr. Gajardo en 1958: una población precerámica es fabricante de piedras tacitas y piedras horadadas, e iniciadora de una larga tradición asociada a ellas en la zona central. Aparte de una connotación económica, que no puede descartarse totalmente, las piedras tacitas tuvieron un carácter ceremonial, como monumentos funerarios, en torno a los cuales se utilizaron sectores bien determinados, generalmente al norte del afloramiento, como cementerio.

Desde el punto de vista del patrón mortuario, se comprueba la existencia de una tradición de gran fuerza durante el período Arcaico. Lamentablemente, la falta de un control sistemático de las evidencias dificulta el acceso a explicaciones sobre la estructura social del grupo a través del tratamiento mortuario diferencial, orientaciones referidas a puntos geográficos o astronómicos específicos, o muchas otras inferencias posibles, que expliquen más acerca de las creencias, ideas y conocimientos de esa población.

A pesar de esto, las evidencias recogidas en una tumba, aunque sin valor estadístico, permiten documentar la costumbre ritual del quiebre de objetos de uso doméstico sobre el cuerpo al momento del entierro, probablemente en relación con el sexo y edad del individuo.

Las evidencias antropológico-físicas, básicamente a través de un rasgo de variación discontinua (las dehiscencias

timpánicas), dan apoyo adicional a la idea de que la población enterrada en Las Cenizas era de origen costero. Sin embargo, estos cazadores recolectores de la costa muestran un gran énfasis en la recolección de vegetales silvestres y, quizás, como veremos más adelante, habrían logrado ya un nivel de horticultura incipiente.

De acuerdo con este planteamiento, Las Cenizas estaría caracterizando una fase tardía del Arcaico, en donde los recursos del interior constituyen una importante fuente de energía para la población.

En el capítulo de antecedentes medioambientales se dió cuenta de la variedad de recursos potencialmente utilizables por la población. Pudieron recolectar bulbos, frutos, tallos y hojas comestibles, al igual que hongos y gramíneas, y utilizar las fibras vegetales para cestería, cordelería, refugios y vestimenta.

De acuerdo con los datos etnohistóricos, es de suponer que los bulbos silvestres fueron un alimento básico desde tiempos tempranos. En efecto, Bibar (1966:90) afirma que unas "cebolletas" "Son mantenimientos de los naturales cuando les falta la provisión y cuando sus sementeras granan".

También se deben incluir los insectos, de cuyo uso como alimento quedó constancia en la primera crónica del Reino de Chile. Gerónimo de Bibar se refiere específicamente a las "chicharras", que eran recolectadas en verano, y que constituían "buen mantenimiento para los naturales" (ibid:59). Un dato novedoso es que también lo fueron para los propios españoles, quienes debieron hacer uso de tal recurso luego de la destrucción de Santiago, en 1541 (loc.cit.).

La extraordinaria variedad de especies vegetales potencialmente utilizables por la población durante casi todo

el año en los diversos nichos, al mismo tiempo que facilitó el énfasis en la recolección, indudablemente debe haber constituido un factor decisivo en el patrón de movilidad y asentamiento de los grupos que trataban de aprovechar integralmente los recursos del área.

Del mismo modo, la cacería de fauna mayor (guanaco), o de aves de visita estacional, también habrían incidido en estos patrones. En el antiguo ecosistema de Las Cenizas, las aves autóctonas debieron ser las observadas para el estero de Marga Marga (ver p.36-38), dada su localización, la fecha en que se realizaron los estudios y el carácter menos alterado del ambiente en ese entonces.

Aparte de mamíferos como el degú, la vizcacha y otros, las bandas de cazadores-recolectores tuvieron a su alcance gran número de avecillas apetecidas por su carne y sus huevos, su piel, sus plumas y sus huesos. Las evidencias concretas demuestran al menos la caza de mamíferos terrestres, aves zancudas y ánades.

Los recursos del mar utilizados corresponden fundamentalmente a moluscos (loco, taca, chapa, machas, caracoles, apretadores, etc.) y peces. (cf. Gajardo, 1958-59:192).

Sin embargo, la evidencia más concluyente que hace posible postular un consumo muy importante de vegetales, proviene del análisis dentario. En efecto, de este análisis se desprende que la base de la dieta estaba constituida por vegetales ricos en almidón, de características muy fibrosas.

El fuerte grado de abrasión dentaria de esta población puede ser explicado en parte por el consumo de moluscos, tanto como por el consumo de granos duros, y en forma asociada, por el aporte de partículas desprendidas de los instrumentos de molienda. Además, la arena pudo ser incluida al

tostar el grano, de acuerdo con la tradición recogida por el padre Ovalle (1974:62).

La significativa presencia de caries, a pesar del fuerte grado de abrasión dentaria, junto a la gran profusión de instrumentos de molienda, está definiendo un consumo de farináceos más intenso que el de la simple recolección, haciendo factible el planteamiento de una hipotética horticultura incipiente.

Desde el punto de vista de las necesidades de obtención de materias primas líticas, las distancias a recorrer no fueron excesivas. Casi todas las que utilizaron se encuentran en la formación Lo Prado y, con mejor acceso, en el Cerro Vizcacha, 50 km al oriente de Las Cenizas, remontando hasta las fuentes del estero Marga Marga.

En suma, en algún momento del precerámico tardío, para el cual no tenemos fechas absolutas, la población representada en Las Cenizas llegó a un nivel óptimo de aprovechamiento del medioambiente, basado en una tecnología simple, pero capaz de mantener una población bastante densa, en un área relativamente restringida, controlando los recursos del litoral, la sección inferior de los valles y la Cordillera de la Costa.

Morfológicamente, la población inhumada en Las Cenizas se caracteriza por cráneos de tipo dolicoide, con bóvedas altas.

Desde este punto de vista, se asimila al grupo precerámico del Norte Chico (Munizaga, 1972-73), representado por las poblaciones de los sitios de Punta Teatinos, La Herradura, Guanaqueros, Tongoy y Quebrada El Encanto (cf. Munizaga, 1964; 1965-66; 1972-73).

Aunque en Las Cenizas no quedó claramente definida una secuencia de ocupaciones en el cementerio precerámico, rasgos tales como la hiperdolicocefalia de algunos individuos, el instrumental lítico más tosco, las puntas de proyectil con pedúnculo, en sectores bien determinados del cementerio, permitirían postular con relativa seguridad una correlación con el nivel 4 de Cuchipuy, fechado en 6.000 años a.C.

Posteriormente, al igual que en Cuchipuy, en Las Cenizas se define una ocupación más densa, correspondiente a una población dolicoide, enterrada en posiciones más extremas, cubiertos por túmulos de piedras entre las que se incluyen piedras horadadas y manos de moler, frecuentemente quebradas. El ofertorio incluye puntas de proyectil apedunculadas. Las fechas de Cuchipuy dan un rango entre 4.000 y 5.500 años a.C., que podría ser proyectado a Las Cenizas, aunque intuimos que es aquí más tardío, dada la frecuencia de caries, que la acercan más a una población plenamente agrícola.

Por último, las evidencias de la ocupación precerámica dan sustento a la hipótesis de que las poblaciones de cazadores recolectores tempranos del Area Andina Meridional sufren un proceso de evolución local en su aspecto morfológico, expresado en la tendencia a la mesocefalia a partir de un patrón hiperdolicoide, al mismo tiempo que van adquiriendo un mayor dominio sobre el medioambiente, ampliando el rango de los recursos disponibles, generando nuevos patrones de subsistencia, de organización y movilidad, junto al desarrollo tecnológico, a lo largo del proceso denominado Arcaico.

LA OCUPACION CERAMICA DE LAS CENIZAS

En la arqueología de la Zona Central, la transición desde un tipo físico dolicoide a uno braquioide, junto a un agroalfarero temprano, es un problema aún no resuelto satisfactoriamente, a pesar de que las evidencias muestran un salto cultural muy grande entre un período y otro, difícilmente asignable a la misma población.

Sin embargo, en el actual estado de la investigación, y con los nuevos antecedentes aportados por el sitio de Cuchipuy, lentamente se comienza a vislumbrar la posibilidad de una evolución morfológica local, pasando gradualmente de la mesocefalia a la braquicefalia.

Es probable, entonces, que este proceso de cambio no esté asociado a la llegada de una población que se impone a la anterior, desde todo punto de vista, sino a fenómenos culturales más complejos, cuyas explicaciones sólo requerirán de más tiempo.

Lamentablemente, en Las Cenizas no se pudo apreciar una continuidad precerámico tardío-agroalfarero temprano, sino un hiatus temporal muy prolongado, que nos lleva a un momento que hemos denominado Colonial-Republicano. Esto mismo nos obliga a discutir aquí el que se haya adscrito a Las Cenizas al período agroalfarero temprano, de acuerdo con las correlaciones estadísticas realizadas en base a los tipos de tacitas en el Cerro Blanco (Massone, 1978).

Siguiendo el esquema planteado por Claudio Massone (op.cit.) y nuestras observaciones en Las Cenizas, las frecuencias de tipos de tacitas no resultan significativas para adscribir el Grupo I al período agroalfarero. Pensamos que el criterio estadístico es valioso como instrumento de análisis

pero tiene limitaciones que hacen difícil una evaluación objetiva, especialmente cuando se usa en ciencias humanas. Las altas correlaciones obtenidas pueden no tener significación real, porque depende de cómo se manejen los otros datos y del modelo o fórmula que se aplique.

Por otra parte, es también discutible la definición de la categoría de tacita "incipiente", que sería característica del período agroalfarero temprano. Creemos que una categoría como ésta tendría significado si correspondiera al resultado final de una acción específica, de un tipo especial de molienda, y no a una fase inicial de su uso como mortero, como si el trabajo hubiese quedado inconcluso. En este sentido, tal vez sería más significativo definir la "tendencia" que ha quedado impresa en la piedra, esto es, si las huellas incipientes corresponden a una función de molienda vertical, como mortero, o a una molienda horizontal, como metate.

A pesar de estas consideraciones, aún podríamos aceptar las correlaciones establecidas, y pensar que el error proviene del tratamiento de los datos, al tomar información parcial y sin discriminación de áreas. En efecto, de acuerdo con nuestras observaciones, resulta que en el Grupo-I de Las Cenizas existe una clara diferenciación en las frecuencias de tipos de tacitas entre el centro y la periferia del afloramiento. Así, la roca central (roca C) presenta un 63.2% de tacitas elípticas cónicas ("precerámicas"), mientras que en las rocas circundantes encontramos un 70% de tacitas circulares cónicas e incipientes, esto es, asignables según Massone al período agroalfarero.

En otras palabras, si aceptamos las correlaciones de Massone, en el Grupo I de Las Cenizas estarían representadas al menos dos fases en el acercamiento al afloramiento rocoso con el objeto de realizar actividades de tipo ceremonial, siguiendo un patrón de irradiación a partir del centro.

Sin embargo, también es posible que esta diferenciación centro-periferia se haya establecido en una misma fase, debido a la saturación del espacio central -mucho más reducido- haciendo necesario un gradual alejamiento hacia la periferia. La inexistencia en Las Cenizas de una ocupación agroalfarera temprana da mayor base a esta segunda hipótesis, pero el problema no queda completamente superado.

Estratigráficamente, en Las Cenizas la ocupación alfarera se presenta, al menos en algunos sectores adyacentes a los afloramientos principales con tacitas, sobre una gruesa capa de fragmentos de barro con improntas de vegetales ("enquinchado"), correspondientes a las estructuras habitacionales características del período tardío en el Area Andina Meridional, desde Perú hasta la zona central de Chile. Su presencia podría significar una permanencia relativamente estable en el sitio, con carácter permanente o semi-permanente. Aunque esta condición podría estar más relacionada con actividades económicas que rituales, carecemos de los elementos para evaluarla adecuadamente.

EL RITUAL.

A través de la historia de la investigación, muchos autores han intentado dilucidar la función inicial y las diversas reinterpretaciones de las piedras tacitas. Su carácter social parece indiscutible, en tanto sus posibles funciones económico-práctica o ceremonial han sido planteadas de manera excluyente.

De cualquier manera, las teorías que apoyan el empleo religioso o mágico tienen una corroboración etnohistórica, en los casos señalados anteriormente para la zona centro-sur y sur de Chile, en pueblos tardíos de clara extracción araucana (Guevara, 1910; Cañas, 1902; Alvarez, 1960; Casami-

quela, 1972-73; Tournens, 1873).

De los antiguos estudiosos del problema sólo don Francisco Fonck postula una asociación permanente entre las piedras tacitas y un cementerio, incluyendo como ceremonia fúnebre el quiebre ritual de objetos diferenciados por sexo.

Nos sentimos más cercanos, dada la evidencia disponible, a creer, como lo hizo Menghin (1957:11), que las piedras tacitas en general no pueden ser interpretadas "a priori" como un fenómeno funcionalmente unitario a través del tiempo y el espacio. Aunque, evidentemente, las horadaciones fueron realizadas por el uso continuo de las rocas como morteros múltiples, el contexto global tanto de la evidencia etnohistórica y arqueológica en general, como de nuestra data de Las Cenizas, está indicando que esa acción "económica" puede ser sólo parte del complejo ceremonial de los grupos, en el cual se expresaron relaciones entre el mundo terrenal y el espiritual. Lo sagrado y lo profano no son categorías excluyentes, o expresión sucesiva, sino fuertemente inter relacionadas y yuxtapuestas en la cosmovisión indígena.

En nuestro caso, la piedra tacita toma las características de un símbolo reinterpretado.

En efecto, las evidencias de la ocupación tardía en Las Cenizas, aunque fragmentarias, son lo suficientemente concluyentes como para postular la existencia de un sistema ritual que incluía la depositación y quema de ofrendas, el consumo de alimentos y bebidas, el quiebre de objetos sobre o en torno a las rocas con tacitas, y, con cierta cautela, un probable sacrificio humano.

La estructura ceremonial nos es completamente desconocida, dada la falta casi absoluta de referencia etnohistóricas y etnográficas. Sin embargo, la tradición que pudo ser

recogida sobre los ritos en torno a piedras tacitas del río Mataquito, que se realizaron hasta los comienzos del siglo pasado, avalan en gran parte la función ceremonial.

Se podría plantear como hipótesis que la orientación simbólica de los últimos participantes en las ceremonias estaba dirigida a los afloramientos rocosos en sí mismos, como un antiguo lugar de culto, sin que hubiera formado parte del ritual la molienda de alguna clase de ofrenda.

En este sentido, el ritual descrito se conectaría claramente con el culto a las piedras dotadas de características especiales, de factura natural o no, que se verifica en el área pehuenche. Sin embargo, los elementos asociados son equivalentes con aquellos que tipifican los ritos aymara, dentro del área centro-sur andina (cf. Aldunate y Castro, 1981: 147-158; Aldunate, Berenguer y Castro, 1982: 143-145, 151, 166-167).

En efecto, entre los aymara, las ceremonias propiciatorias para comunicarse con los antepasados incluían ofrendas y quemas rituales de animales, alimentos y bebidas. La evidencia arqueológica muestra, junto al lugar de culto, que en el norte no son piedras tacitas, sino otros monumentos ("chullpa", "cajitas", "plazas de sacrificio"), abundante cerámica fragmentada, muchos huesos de animales quemados y muy fracturados, malaquita, conchas marinas. Posteriormente, según la información etnográfica, las ofrendas incluían lanas de colores, huesos de animales, trozos de correas de cuero o cerámica de reciente fabricación. Esta continuidad está claramente documentada hasta hoy, y aunque es evidente una pérdida cualitativa respecto del complejo ritual original, se manifiesta actualmente a través de elementos tales como "vidrios rotos, madejas y vellones de lana, huesos de animales, hebillas, cerámica actual y otros restos a medio calcinar" (Aldunate y Castro, 1981: 158).

En Las Cenizas, el material asociado estaba constituido por abundante cerámica utilitaria fragmentada, huesos de mamíferos modernos quebrados y quemados, trozos de botellas de vidrio, material lítico, fragmentos de porcelana europea, de cerámica colonial, de loza colonial, trozos de metal, conchas de moluscos, y fragmentos de huesos humanos. Todo ello dispuesto en forma no aleatoria, sino de acuerdo a un patrón de utilización del espacio.

La explicación de estas asociaciones sólo podría encontrarse en los documentos coloniales. Estos nos muestran una realidad muy compleja. Desde los comienzos de la ocupación hispánica se aprecia un cambio en la composición étnica de la población indígena asentada en la zona central de Chile, y puede decirse, que en un lapso muy corto se reemplaza la población original por un conglomerado multiétnico, en el que se incluyen componentes extra-americanos. En todo caso, el aporte mayoritario proviene del noroeste argentino, así como de los territorios rebelados del sur.

Es probable que de éstos últimos provenga la tradición ritual que quedó impresa en Las Cenizas, hipótesis avalada en alguna medida por las referencias etnográficas, pero la equivalencia formal que constatamos respecto de los rituales aymara aparece más clara, permitiendo postular que, al menos, corresponde a una expresión que en algún momento se difundió a lo largo del Area Andina Meridional.

Sobre este punto es importante dejar constancia de la falta de referencias documentales sobre la presencia aymara en Chile Central. Esta podría explicarse porque la dominación inca incluyó la adopción de la lengua quechua, de manera que un grupo aymara quechua-parlante pudo haberse tomado como quechua. Sin embargo, hay constancia de la presencia prehispánica de grupos aymara, a través de los topónimos que se conservan hasta hoy, tales como Ligua, Jaururo y, especial-

mente, Quillota, que -según Cuneo Vidal- identifica a gentes de origen collagua, o del Collao (cf. Duque, 1982: 45).

Estos grupos aymara asentados en la zona central corresponderían a mitimaes instalados por el inca, en las áreas ambientalmente más favorecidas. Las primeras referencias acerca de los indígenas del área litoral y serranías costeras -en la microregión que nos interesa-, muestran una población reducida, portadora de una tecnología simple, con un patrón de asentamiento condicionado por una constante movilidad: los guanaqueros y los changos.

Esta situación es alterada a partir del siglo XVI, cuando comienzan a instalarse los primeros españoles y sus indígenas encomendados, traídos especialmente de la zona sur para el trabajo de las minas de Marga Marga, y luego en las faenas agropecuarias en Peuco (Viña del Mar) y Acuyo (Casablanca).

Durante el siglo XVIII el proceso de decadencia de la población aborígen se ve incrementado por un fuerte mestizaje. Sin embargo, la abolición definitiva del régimen de encomiendas, hacia fines del siglo, que se tradujo en un efímero renacer de los "pueblos de indios", en Valparaíso generó un rápido aumento de la población reconocida como indígena, durante la primera mitad del siglo XIX.

A este momento correspondería la ocupación tardía de Las Cenizas, dada la presencia de elementos de origen europeo de la época, en un contexto indígena, tanto desde el punto de vista de los artefactos como de su disposición.

Así, en el sitio "Grupo I" constatamos una supervivencia del culto en torno a las piedras tacitas, cuyo carácter sagrado original sigue siendo reconocido, pero re-interpretado en la estructura ceremonial.

La localidad de Las Cenizas, así como pudieron serlo también los complejos de Quilpué y Mataquito, habría actuado como un foco de atracción para una población dispersa, agraviada y mestizada, pero conservando aún un gran sentido de pertenencia a un pueblo y a una cultura, cuyos máximos mecanismos de identificación y cohesión fueron y siguen siendo, justamente, las acciones rituales en comunidad.

B I B L I O G R A F I A

- ACEVEDO, REBECA "Plantas prehispánicas, silvestres y cultiva-
1957 das". Bol. MNHN, II (16)
- ALDUNATE, CARLOS Y VICTORIA CASTRO
1981 "Las Chullpa de Toconce y su relación con
el poblamiento altiplánico en el Loa Supe-
rior. Período tardío." Tesis para optar
al grado de Lic. en Fil. con mención en
Prehist. y Arq., U. de Chile, Depto. de
Cienc.Soc. y Ant., 206 pp.
- ALDUNATE C., J. BERENGUER y V. CASTRO
1982 "La función de las chullpa en Likan".
VIII Cong.Arq. Chi. (Valdivia): 129-174.
- ALLIENDE, PILAR "Caracterización ecológica de la Localidad
1980 a de Las Cenizas". Informe de práctica de
Terreno, Lic.en Arq. y Prehist. Depto. de
Ant., U. de Chi., Stgo., 25 pp. (MS).
- 1980 b "Análisis de la industria lítica tallada
de la Localidad de Las Cenizas". Informe
de Práctica de Laboratorio, Lic. en Arq.
y Prehist., Depto. de Ant., U. de Chile,
Stgo., 14 pp (MS).
- ALVAREZ, GREGORIO "Las piedras animadas y los espíritus due-
1960 ños de los cerros, lagos y río del Neuquén".
Cuadernos del Instituto Nacional de Investi-
gaciones Folclóricas (Buenos Aires), (I):177-
184.

- AMBERGA, FRAY JERONIMO DE
1917 "Agricultura araucana". Rev. de Chil.
de Hist. y Geog., XXI (25):54-80.
- AMUNATEGUI, DOMINGO
1909-10 "Las encomiendas de indígenas en Chile".
Imp. Cervantes, Stgo., 2 vols.
- ASTABURUAGA, FRANCISCO
1899 "Diccionario geográfico de la República
de Chile". Imp. de F.A. Brockhauss, Stgo.
903 pp.
- BAEZA, VICTOR MANUEL
1936 "Plantas chilenas de fruto comestible". Rev.
Chil. de Hist. Nat., XL:181-187.
- BAHAMONDES, RAUL
1969 "Contextos y secuencias culturales de la
costa central de Chile". V Congr. Nac.
Arq. (La Serena): 257-275.
- BARROS ARANA, DIEGO
1884-85 "Historia General de Chile". Rafael Jover
ed., Stgo., vols. I a IV.
- BARROS, RAFAEL
1925 "Observaciones ornitológicas relacionadas
con la agricultura y la caza". Rev. Chil.
de Hist. Nat. XXIX:238-279.
- 1943 "Algunos restos prehistóricos de la costa
de Curicó". Rev. Univ., U.Cat. XXVII (1):
35-39.

BERDICHEWSKY, BERNARDO

- 1955 "Descripción y clasificación del material lítico de la costa central". Manuscritos sobre arqueología de la costa central, Cen. Ests. Ant., U. de Ch., Stgo., 43 pp(MS).
- 1956 "Descripción de sitios arqueológicos de la costa central". Manuscritos sobre arqueología de la costa central, Cen. Ests. Ant., U. de Ch., Stgo., 22 pp. (MS).
- 1961 "Die kjökkenmøddings der chilenischen zentralküste". V Cong. Int. de Pre y Protohist. (Hamburg, 1958): 93-96.
- 1963 "Culturas precolombinas de la costa central de Chile". Antropología (1): 17-33.
- 1964 a "Informe preliminar de las excavaciones arqueológicas de Concón". Antropología (2): 65-86.
- 1964 b "Arqueología de la desembocadura del Aconcagua y zonas vecinas de la costa central de Chile". III Cong. Arq. Chi. (Viña del Mar): 69-107.

BIBAR, GERONIMO DE

- 1966 "Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile". (1558). Fondo Hist. y Bib. J.T. Medina, Stgo., 214 pp.

BORRIES, EDGAR VON

- 1971 "Sitios arqueológicos precerámicos en la precordillera de la zona central". Bol. Prehist. de Chile, 3(4): 109-119.

BRAVO, ANSELMO

- 1921 "Prehistoria y artes de Colchagua". Inst. Educ. Físc. Colchagua (MS).

BRUGGEN, HELGA y GUILLERMO KRUMM

- 1964 "Informe preliminar de la zona arqueológica de Zapallar". III Cong.Arq.Chil. (Viña del Mar): 181-182.

CAMPUSANO, et. al.

- 1972 "Some dental traits of Diaguitas indian skulls". American Journal of Physical Anthropology, 36:139.

CAÑAS P., ALEJANDRO

- 1902 "La religión en los pueblos primitivos: el culto de la piedra en Chile i cómo se hallaba difundido por el globo". Act.Soc. Cient. du Chili, XII: 193-274.

- 1908 "En la edad de la piedra". Rev.Chil. de Hist.Nat., XII (4):199-225.

CARMAGNANI, MARCELO

- 1962 "Documentos relativos al distrito minero de Colliguay". Bol.de la Acad.Chil. de la Hist., XXIX (67):153-196.

CASAMIQUELA, RODOLFO

- 1972-73 "Nota sobre sitios y piedras rituales del ámbito pehuenche austral". VI Cong.de Arq.Chil. (Santiago): 487-500.

CASTRO, VICTORIA

- 1980 "Introducción a la arqueología de la zona central de Chile". Rev.Chil.de Antrop., 3: 5-10.

CORVALAN, J. y F. MUNIZAGA

- 1972 "Edades radiométricas de rocas intrusivas y metamórficas de la hoja Valparaíso-San

Antonio". Instituto de Investigaciones geológicas de Chile, Boletín N° 28.

- CUNILL, PEDRO
1955 "Documento sobre pueblos de indios en el Obispado de Santiago en 1795". Informaciones Geográficas, V:16-22.
1964 "Géneros de vida de la microregión de Valparaíso a comienzos del siglo XVIII". III Cong. Arq. Chil. (Viña del Mar) : 3-27.
- DI CASTRI, FRANCESCO
1975 "Esbozo ecológico de Chile". Publ. del Minist. de Educ.
- DOMINGUEZ, GONZALO
1965 "Piedras de tacitas y sitios arqueológicos en Farellones, prov. de Stgo." Soc. Arq. de Stgo., 3: 21-25.
- DUQUE, CARLOS
1982 "Presentación étimo-cartográfica de toponimia indígena chilena (V Región)". CLAVA I, 1: 27-55.
- DURAN, ELIANA
1977 "El yacimiento de María Pinto, sus correlaciones y ubicación cultural". VII Cong. de Arq. de Ch. (Altos de Vilches) I:261-275
1980 "Tagua Tagua II, nivel de 6130 años, Descripción y relaciones". Boletín MNHN, 37:75-86
- ESPEJO, JUAN LUIS
1954 "La provincia de Cuyo del Reino de Chile". Fondo Hist. y Bib. J.T.Medina, Santiago, I, 363 pp.
- ESPINOZA, MARCIAL
1916 "Contribución al conocimiento de los hongos chilenos". Bol. del Mus. Nac. de Chile, IX: 65-94.

- 1922 "Dos plantas chilenas de bulbos comestibles".
Rev. Chil. de Hist. Nat., XXVI: 8-16.
- 1926 "Los hongos chilenos del género *Cyttaria*".
Rev. Chil. de Hist. Nat., XXX: 206-256.
- 1929 a "Contribución al conocimiento de los hongos
chilenos". Bol. del Mus. Nac., XII: 127-138.
- 1929 b "Hongo comestible chileno". Rev. Chil. de
Hist. Nat. XXXIII: 74-76.
- ESPINOZA, ENRIQUE "Jeografía descriptiva de la República de
1897 Chile". Imp. y Enc. Barcelona, Stgo., 493
pp.
- FALABELLA, FERNANDA Y MARIA T. PLANELLA
1979 "Curso inferior del río Maipo: evidencias
agroalfareras". Tesis en Lic. en Arq. y
Prehist., Depto. de Antr., U. de Ch., Stgo.,
188 pp.
- 1980 "Secuencia cronológico cultural para el sec-
tor de desembocadura del río Maipo." Rev.
Chil. de Antr. (3): 87-107.
- FERNANDEZ, ADOLFO
1982 "Análisis del aparato masticador de la po-
blación de Las Cenizas". (MS).
- FIGUEROA, GONZALO
1955 "Descripción de los sitios arqueológicos
de Longotoma y Maitencillo". Manuscritos
sobre arqueología de la costa central, Cen.
Ests. Antro., U. de Ch., Stgo., 11 pp.
- FONCK, FRANCISCO "La región prehistórica de Quilpué y su
1910 a relación con la de Tiahuanacu". Soc. Imp.
Lit. Universo, Valparaíso, 53 pp.

1910 b "La lanceta de Quilpué". Bol.Mus.Nac.
de Chile, II (1): 49-65.

FONCK, FRANCISCO y HUGO KUNZ

1889 "Napfchensteine". Verhandlung des Deutschen
Wissenschaftlichen vereines zu Santiago.II.

1893 "Ein Beitrag zur kenntniss der Seinzeit
in Mittern Chile". Verhandlung des Deutschen
Wissenschaftlichen vereines zu Santiago.
II: 272-305.

FONTECILLA, ARTURO

1933 "Algunos restos prehistóricos de Papudo".
Rev.Chil. de Hist. Nat., XXXVII: 106-110.

FREZIER, M.

1902 "Relación del viaje por el Mar del Sur
a las costas de Chile i el Perú durante
los años 1712, 1713 y 1714". Imp.Mejía,
Santiago, 176 pp.

GAJARDO TOBAR, ROBERTO

1939 "Piedras tacitas o de mortero del valle
de Casablanca". Rev.Chil. de Hist.Nat.
XLIII: 41-44.

1958-59 "Investigación acerca de las piedras taci-
tas en la zona central de Chile". An. de
Arq. y Etn., U.Nac. de Cuyo, Mendoza,
XLV-XV: 163-204.

GALARZA, MARIA PIA

1980 "Caracterización de la localidad de Las
Cenizas". Informe de Práctica de Terreno,
Lic.en Arq. y Prehist., Depto. de Ant.
U.de Ch., Stgo., 27 pp. (MS).

- 1981 "Análisis del material lítico pulido de la localidad de Las Cenizas". Informe de Práctica de Laboratorio, Lic. en Arq. y Prehist. Depto. de Ant., U.de Ch., Stgo., 28 pp.(MS)
- GARCILASO DE LA VEGA, INCA
1943 "Comentarios Reales de los Incas". Emecé, 2 vols.
- GAY, CLAUDIO
1846 "Historia física y política de Chile". Documentos I. 531 pp.
1852 "Historia física y política de Chile. Documentos II. 526 pp.
- GONGORA y MARMOLEJO, ALONSO DE
1862 "Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575". Col. de Hists. de Chile, II.
- GONGORA, MARIO
1956 "Documentos inéditos sobre la encomienda en Chile". Rev. Chil. de Hist. y Geog., 124: 113-176.
1959 "Notas sobre la encomienda chilena tardía". Bol. de la Acad. Chil. de la Hist., XXVI (61): 26-51.
1970 "Encomenderos y estancieros. Estudio acerca de la constitución aristocrática de Chile después de la Conquista: 1580-1660". U. de Chile, Valparaíso, 231 pp.
- GONZALEZ DE NAJERA, ALONSO
1889 "Desengaño y reparo de la guerra de Chile". Col. Hists. de Chile, XVI.
- GONZALEZ LEON, BION
1974 "Sitios arqueológicos en la alta cordillera

de Los Andes, zona central". 7 pp. (MS).

GONZALEZ POMES, MARIA ISABEL

1966 "La encomienda indígena en Chile durante el siglo XVIII". Santiago.

GOODALL, J.D., A.W. JOHNSON y R.A. PHILIPPI

1946 "Las aves de Chile. Sus conocimientos y sus costumbres". Platt Establecimientos Gráficos, Buenos Aires, 2 tomos.

GRAHAM, MARIA

1956 "Diario de mi residencia en Chile en 1822". Ed. del Pacífico, Santiago, 250 pp.

GUEVARA, TOMAS

1890 "Historia de Curicó". Imp. Victoria, Stgo., 321 pp.

1910 "Folclore Araucano". An. de la U. de Ch., CXXVII (68): 239-626.

1925 "Chile Prehispánico". Balcells y Co., U. de Ch., Stgo.

1929 "Historia de Chile. Chile Prehispánico". Balcells y Co., 2 tomos.

HERMOSILLA, NURILUZ

1980 "Caracterización de la ocupación cerámica de Las Cenizas". Informe de las Prácticas Profesionales, Lic. en Arq. y Prehist., Depto. de Ant., U. de Ch., Stgo., 27 pp. (MS).

HOFFMANN, ADRIANA

1978 "Flora silvestre de Chile. Zona Central". Edics. Fundación Claudio Gay, Stgo., 253 pp.

HOUSSE, P. RAFAEL

1953 "Animales salvajes de Chile. Su vida y costumbres". Edics. de la U. de Ch., Stgo., 186 pp.

- IBAÑEZ, JUAN "Dos piedras tacitas de El Tabo". Rev.
1939 Univ., XXIV (1): 179-181.
- ICSA, INGENIEROS CONSULTORES
1980 "Estudio de proposiciones de potencialidades
de desarrollo integral de la Reserva Fores-
tal Lago Peñuelas". Encargado por CONAF.
- IRIBARREN, JORGE "Yacimientos de la Cultura del Anzuelo de
1960 Concha en el Litoral de Coquimbo y Atacama"
Publ. del Mus. y de la Soc. Arq. de La Se-
rena, Boletín II: 8-14.
- 1962 "Correlaciones entre las piedras tacitas
y la Cultura El Molle". Publ. Mus. y Soc.
Arq. de La Serena, Boletín 12: 39-45.
- JAFFUEL, FELIX y ANASTASIO PIRION SS.CC.
1921 "Plantas fanerógamas del valle de Marga
Marga". Rev. Chil. de Hist. Nat., XXV:350-
405.
- 1927 "Aves observadas en el valle de Marga
Marga". Rev. Chil. de Hist. Nat., XXXI:
102-115.
- JARA, ALVARO "Importación de trabajadores indígenas en
1956 Chile en el siglo XVII". Rev. Chil. de Hist.
y Geog., 124: 177-212.
- 1981 "Guerra y Sociedad en Chile". Ed. Universi-
taria, Stgo., 255 pp.
- KALTWASSER, JORGE, ALBERTO MEDINA y JUAN MUNIZAGA
1980 "Cementerio del período arcaico en Cuchi-
puy". Rev. Chil. de ANTROP. (3): 109-123.
- 1982 a "El Hombre de Cuchipuy". Rev. Chil. de
Hum. (1): 87-94.

- 1982 b "Cementerio del período arcaico en Cuchipuy". VIII Cong. Arq. Chil. (Valdivia): 275-280.
- KELLER, CARLOS "Los orígenes de Quillota". Bol de la Acad. Chil. de la Hist., XXVI (61): 97-130.
- 1959
- 1976 "Michimalonco, Pedro de Valdivia y el nacimiento del pueblo chileno". Soc.Hist. y Arq. de Aconcagua, San Felipe.
- 1978 "Historia de Curimón y de su convento de San Francisco". Arancibia Hnos. Stgo.110pp.
- KIRKPATRICK, F.A. "La encomienda sin tierras". Rev. Chil. de Hist. y Geog. (102).
- 1943
- LARRAIN GANDARILLAS, TORIBIO
- 1939 "Sobre las aves de rapiña". Rev. Chil. de Hist. Nat., XLIII: 116-123.
- LARRAIN, CARLOS "Viña del Mar". Ed. Nacimiento, Stgo., 280 pp.
- 1946
- 1952 "La encomienda de Pullally". Bol. de la Acad. Chil. de la Hist., XIX (47): 97-134.
- 1963 "Papudo. Breve relato cronológico". Bol. de la Acad. Chil. de la Hist., XXX (69): 137-160.
- LATCHAM, RICARDO
- 1915 "Costumbres mortuorias de los indios de Chile y otras partes de América". Imp. Barcelona, Stgo., 322 pp.
- 1924 "La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos". Publ. del Mus. de Etn. y Ant. de Chile, III (1, 2, 3): 245-868.

- 1928 "La prehistoria chilena". Soc. Imp. y Lit. Universo, Stgo., 238 pp.
- 1929 "Las piedras tacitas de Chile y Argentina". Rev. Univ., XIV (5 y 6): 492-517.
- LEON ECHAIZ, RENE "Historia de Curicó". Rev. Chil. de Hist. y Geog., 119: 138-194.
- 1952
- 1957 "Prehistoria de Chile Central". Tall. Graf. Poblete, Talca.
- 1959 "Nuevas investigaciones arqueológicas de Chile central". Bol. de la Acad. Chil. de Hist., XXIV (60): 36-48.
- 1976 "Prehistoria de Chile Central". Ed. Fco. de Aguirre, Buenos Aires, 122 pp.
- LILLO, GINES DE "Mensura General de Tierras, 1602-1605". Imp. Universitaria, Stgo., tomo II, 373 pp.
- 1942
- LLAGOSTERA, AGUSTIN "Ocupación humana en la costa norte de Chile asociada a peces locales-extintos y a litos geométricos: 9680 ± 160 AP". VII Cong. Arq. de Chile: 93-113.
- 1977
- LOOSER, GUALTERIO "Nothofagus, Cyttaria y MYzodendron". Rev. Chil. de Hist. Nat., XXXI: 288-290.
- 1927
- LUDEMANN, EDUARDO "Observaciones sobre piedras de tacitas". Rev. Univ., XXXIX (1): 81-84.
- 1944
- MARIÑO DE LOBERA, PEDRO "Crónica del Reino de Chile" (1594). Col. de Hists. de Chile, 456 pp.
- 1865
- MASSONE, CLAUDIO "Cerro Blanco: Antropología de un asentamiento". Rev. Chil. de Hist. Nat., XXXIX (1): 81-84.
- 1978

miento humano". Tesis Lic. Antr. Soc., Dep-
to. Ant., U. de Ch., Stgo., 143 pp.

MEDINA, ALBERTO, RUPERTO VARGAS Y CIRO VERGARA

1964 "Yacimientos arqueológicos en la cordillera
de la provincia de Talca, Chile". III Cong.
Arq. Chil. (Viña del Mar): 219-234.

MEDINA, ALBERTO Y CIRO VERGARA

1969 "Nuevos trabajos y conclusiones sobre el
yacimiento Altos de Vilches". V Cong. Nac.
de Arq. (La Serena): 431-466.

MEDINA, JOSE TORIBIO

1882 "Los Aborígenes de Chile". Gutenberg, Stgo.,
427 pp.

1952 a "Los Aborígenes de Chile". Fondo Hist. y
Bib. J.T.Medina, Stgo., 416 pp.

1952 b "Cosas de la Colonia. Apuntes para la cró-
nica del siglo XVIII en Chile". Fondo Hist.
y Bib. J.T.Medina, Stgo., 500 pp.

MELLAFE, ROLANDO

1959 "La introducción de la esclavitud negra
en Chile". Estudios de Historia económica
americana. Trabajo y salario en el período
colonial 2. U. de Chile, Stgo., 287 pp.

MENGHIN, OSVALDO

1957 "Las piedras tacitas como fenómeno mundial".
Bol. del Mus. y Soc. Arq. de La Serena,
(9): 3-12.

MOESBACH, P. ERNESTO WILHELM DE

1936 "Vida y costumbres de los indígenas arauca-
nos en la segunda mitad del siglo XIX".
Imp. Universitaria, Stgo., 459 pp.

- MONTANE, JULIO
1964 "Fechamiento tentativo de las ocupaciones humanas en dos terrazas a lo largo del litoral chileno". III Cong. Arq. Chil. (Viña del Mar): 109-124.
- 1968 "Primera fecha radiocarbónica de Tagua Tagua". Not. Mens. MNHN., (139): 11.
- 1969 "Fechado del nivel superior de Tagua Tagua". Not. Mens. MNHN., XIV (161): 9-10.
- MOSTNY, GRETE
1957 "La momia del Cerro El Plomo". Bol. MNHN, 27, 188 pp.
- 1971 "Prehistoria de Chile". Universitaria, Stgo., 183 pp.
- MUNIZAGA, JUAN
1965 "Skeletal remains from sites of Valdivia and Machalilla Phases". Smithsonian Contribution to Anthropology, 1: 219-233.
- 1972-73 "Síntesis de la antropología física del Norte Chico". VI Cong. de Arq. Chil. (Santiago): 345-351.
- MUÑOZ PIZARRO, CARLOS
1966 a "Flores silvestres de Chile". Edics. de la U. de Chile, Stgo., 265 pp.
- 1966 b "Sinopsis de la Flora Chilena". Editorial Universitaria, Stgo.
- MURILLO, ADOLPHE
1889 "Plantas medicinales du Chili". Imprimerie de Lagny, Paris, 234 pp.
- NAVAS, LUISA EUGENIA
1973 "Flora de la cuenca de Santiago de Chile". Ed. Universitaria, Stgo.

- NIEMEYER, HANS
1960 "Algunas piedras tacitas en Aconcagua y Coquimbo". Rev. Univ., XLIV-XLV: 117-122.
- NUÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑAN, FRANCISCO
1863 "Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile". Col. de Hists. de Ch., III.
- OJEDA, GERARDO
1979 "Estudios de la Cultura Piedra Tacita". 11 pp. (MS).
- ORTIZ, OMAR
1963 "Sitios arqueológicos en la costa de la provincia de Maule". Antropología 1: 89-101.
1964 "Investigaciones en los conchales de Reloca, Maule". III Cong. de Arq. Chil. (Viña del Mar): 59-62.
- OVALLE, ALONSO DE
1888 "Histórica relación del Reino de Chile". Col. de Hists. de Chile, XII y XIII (1646).
- OYARZUN, AURELIANO
1910 "Los kjoekkenmoedinger o conchales de las costas de Melipilla y Casablanca". Soc. Imp. y Lit. Universo, Stgo., 32 pp.
1927 "Los aborígenes de Chile". Rev. Univ., 12 (8): 1002-1115.
- PATRON, PABLO
1912 "Influencia del dominio peruano en Chile". 4º Congreso Científico, Stgo. Tomo III: 101-180.
- PHILIPPI, R.A.
1869 "Elementos de botánica". Imp. Nacional, Stgo., 513 pp.
- PINTO, ANDRES
1976 "Arqueología colonial en la cuenca de Santiago. Un sitio de encomienda tardía". Tesis Lic. Arq. y Prehist., Depto. Antr., U. de

Ch., Stgo., 184 pp.

PONCE DE LEON, CARLOS

1954 "Quillota y su etnología durante la Colonia".
Bol. de la Acad. Chil. de la Hist., XXI
(50): 129-137.

PORTER, CARLOS Y ALBERTO EDWARDS

1899 "Herborizaciones en la provincia de Valparaíso. Excursión a El Salto en Noviembre de 1898". Rev. Chil. de Hist. Nat., III: 29.

PUGA BORNE, FEDERICO

1921 "El chuño de ligtu". Rev. Chil. de Hist. Nat., XXV: 313-320.

QUEVEDO, SILVIA

1976 "Estudio de un cementerio prehistórico, exploración de sus potencialidades demográficas y socioculturales". Tesis de Lic. en Arq. y Prehist., Depto. de Ant., U. de Ch., 225 pp.

QUEVEDO, SILVIA y PATRICIO URQUIETA

1975 "Abrasión dentaria en un grupo preagrícola de la costa chilena". Antropología Nueva Epoca. (2).

RAMIREZ, JOSE MIGUEL

1980 a "Re-evaluación del carácter precerámico del cementerio de Las Cenizas". Informe de Práctica de Terreno, Lic. en Arq. y Prehist., Depto. de Ant., U. de Ch., Stgo., 18 pp (MS).

1980 b "El material óseo humano del cementerio precerámico de Las Cenizas, V Región". Informe de Práctica de Laboratorio, Lic.

en Arq. y Prehist., Depto. de Ant., U.
de Ch., Stgo., 8 pp. (MS).

RAMON, JOSE ARMANDO DE

- 1959 "Un testimonio sobre la situación de los
indígenas de Aconcagua, Quillota y Choapa
a comienzos del siglo XVII". Bol. de la
Acad. Chil. de la Hist., XXVI (60): 168-192.
- 1960 "La encomienda de Juan Cuevas a la luz
de nuevos documentos (1574-1583)". Bol.
de la Acad. Chil. de la Hist., XXVII (62):
52-107.

REICHE, CARLOS

1901

"Los productos vegetales indígenas de Chile".
Bol. de la Soc. de Fomento Fabril, XVIII(8).

RIVERA, MARIO

1978

"Cronología absoluta y periodificación en
la arqueología chilena". Bol. Mus. Arq.
de La Serena. 16: 13-14.

ROSALES, DIEGO DE

1877-78

"Historia general del Reyno de Chile".(1674)
Valparaíso, 3 vols.

ROSEMBERG, C., J.VILLAVICENCIO y A.ALVAREZ

1969

"El progreso de la civilización y las enfer-
medades dentales". Rev. Orbita. LI (3):
14-32.

SAG

1977

"Caza deportiva". Boletín divulgativo (46).

SALAS, EMILIA

1955

"Estudio y clasificación de la cerámica
de la costa central". Manuscritos sobre
arqueología de la costa central, Cen. Ésts.
Ant., U.de Ch., Stgo., 45 pp.(MS).

- SAN MARTIN, HERNAN
1964 "Información preliminar sobre arqueología de la costa de la provincia de Concepción y provincias vecinas". III Cong. Internac. de Arq.Chil. (Viña del Mar): 63-67.
- SANGUINETI, NORMA
1972 "Notas sobre arqueología de Campo de Ahumada". An. Mus.Hist.Nat. de Valpo. 5: 271-279.
- SANTA CRUZ, ALCIBIADES
1942 "La alimentación de los mapuches antes de la Conquista". Bol. de la Soc. de Biol. de Concepción, XVI: 5-10.
- SCHAEDEL, R., B.BERDICHEWSKY, G.FIGUEROA y E.SALAS
1954-56 "Manuscritos sobre arqueología de la costa central". Cen.Ests. Ant., U.de Ch., Stgo. (MS).
- SCHIAPPACASSE, VIRGILIO y HANS NIEMEYER
1964 "Excavaciones de un conchal en el pueblo de Guanaqueros (Prov. de Coquimbo)". III Cong. Int. de Arq. Chil.: 235-262.
1965-66 "Excavaciones de conchales precerámicos en el litoral de Coquimbo, Chile (Qda. Romeral y Punta Teatinos)". Rev.Univ. L-LI: 277-314.
- SICHER, H. y E. DU BRUL
1970 "Oral Anatomy". Mosby Co., U.S.A.
- SILVA GALDAMES, OSVALDO
1978 "Consideraciones acerca del período Inca en la cenca de Santiago, Chile Central". Bol.Mus. Arq. La Serena, 16: 211-243.

- SILVA OLIVARES, JORGE
1957 "Noticias sobre investigaciones en piedras tacitas". Publ. Mus.Soc. Arq. La Serena, 9: 24-26.
- 1964 "Investigaciones arqueológicas en la costa de la zona central de Chile, una síntesis cronológica" III Cong. Arq. Chil. (Viña del Mar): 263-273.
- 1980 "Valparaíso prehispano". Valparaíso Visión Muldidisciplinaria. Fac.Ed.Let., U. de Ch., Valpo.: 67-72.
- SILVA O., J., JAIME RODRIGUEZ y CLAUDIO HENRIQUEZ
1981 "Desarrollo indígena de la zona central de Chile". Publ. Mus. Quilpué - I. Munic. de Quilpué. Expo. I, 23 pp.
- SILVA VARGAS, FERNANDO
1962 "Tierras y pueblos de indios en el Reino de Chile". Estudios de Historia del Derecho N°7, U. Cat. Stgo., 171pp.
- STEHBERG, RUBEN
1975 "Diccionario de sitios arqueológicos de Chile central". Publ.Ocas. MNHN, 17: 96 pp.
- 1976 "Un sitio habitacional alfarero temprano en el interior de la Quinta Normal, Santiago, datado en 180 años a.C." Anales Universidad del Norte, Antof., 10: 127-140.
- 1977 "Diccionario de sitios arqueológicos de Chile central. Apéndice 1975-77". Bol. MNHN, 35: 165-174.
- THAYER OJEDA, LUIS
1934 "Contribución demográfica para la historia de Valparaíso. Imp. y Enc. Roma, Valpo. 34 pp.

- 1936 "La población de Valparaíso durante los primeros tres siglos de su existencia". Universitaria, Santiago, 8 pp.
- THAYER OJEDA, TOMAS
1917 "Ensayo crítico sobre algunas obras históricas utilizables para el estudio de la Conquista de Chile". Soc.Imp. y Lit.Barcelona, Stgo., 463 pp.
- THROWER, NORMAN J. W. et. al.
1977 "Chile-California Mediterranean Scrub Atlas". Dowden, Hutchinson D. Ross.Inc.
- TORO, HAROLDO Y MYRTHA GUZMAN
1967 "Contribución al estudio de las aves de Chile". Bol. de Ciencias Biológicas, I (1): 47-71.
- UHLE, MAX
1915 "Investigaciones en Constitución y las piedras tacitas". Rev. Chil. de Hist. y Geog., 18: 493-494.
- VASQUEZ DE ESPINOZA, ANTONIO
1948 "Compendio y descripción de las Indias Occidentales". Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology, Miscellaneous Collections, Washington. 108 pp.
- VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN
1869 "Historia de Valparaíso". Imp.Albion de Cox i Taylor, Valpo., 2 tomos.
1881 "La edad del oro en Chile". Imp.Cervantes, Stgo., 491 pp.
- VILLALOBOS, SERGIO
1980 "Historia del pueblo chileno". Inst.Chil. de Ests.Hum., Stgo., I, 229 pp.

WILLEY, GORDON Y PHILIP PHILLIPS

1958

"An introduction to American Archeology". vol.2. Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs. New Jersey.

YACAS, ACADEMIA LICEO LA LIGUA

1977

"Informe de Expediciones". (MS).

1978

"Informe de expediciones". (MS).

ZAPATER, HORACIO

1973

"Los aborígenes de Chile a través de los cronistas y viajeros". Ed. Andrés Bello, Stgo., 184 pp.